

Carpeta 171-15

DISCURSO

LEÍDO EN LA

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

EN LA SOLEMNE INAUGURACIÓN

DEL CURSO ACADÉMICO DE 1920 A 1921

POR EL DOCTOR

D. Quintín Palacios Herranz

CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE DERECHO



VALLADOLID
Talleres tipográficos CUESTA
Macías Picavea, 58 y 40



Valladolid



DISCURSO

LEÍDO EN LA

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

EN EL ACTO SOLEMNE DE LA INAUGURACIÓN

DEL CURSO ACADÉMICO DE 1920 A 1921

Handwritten notes:
171
1921



Carpeta 171 / 15 BiCe



1>0 0 0 0 4 6 5 0 9 9

10115

DISCURSO

LEÍDO EN LA

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

EN LA SOLEMNE INAUGURACIÓN

DEL CURSO ACADEMICO DE 1920 A 1921

POR EL DOCTOR

D. Quintín Palacios Herranz

CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE DERECHO



VALLADOLID

Talleres tipográficos CUESTA

Macías Picavea, 38 y 40

Excmo. Señor:

Señoras y Señores:

Con verdadero temor subo a esta tribuna donde la elocuente voz de los maestros en todos los ramos de la ciencia, ha demostrado en solemnidades académicas como la que hoy nos congrega, lo vasto de su saber en los fértiles campos del conocimiento.

El último de todos vosotros, por imperiosa disposición reglamentaria, ocupa hoy este sitio, que a no ser forzado, de otra suerte no hubiera llegado hasta él, que a tanto tampoco llega mi atrevimiento. Vosotros que poseéis la perfectibilidad del conocer, asomándoos a los luminosos mundos de lo escible, sabréis disculpar a quien como yo, amante sí de la verdad, pero tropezando con la inmensa dificultad de poseerla, llega hasta este elevado sitio para llevar en día tan solemne la voz de la Universidad.

Muchó dudé acerca del tema que hubiera de ser objeto de este trabajo. La realidad de la vida me puso en condiciones de tratar un asunto interesante, que se desenvuelve ante nosotros y que merece que los hombres amantes de la sabiduría fijen en él su atención.

Todos vosotros, por lo que a diario comunica la prensa, conocéis cómo hoy se agitan en el mundo cuestiones de una importancia verdaderamente transcendental. Parece que están próximos aquellos días proféticos de la Apocalipsis, y la humanidad, esta pobre y desgraciada humanidad, después de tanta y tanta lucha

como supone el progreso que en todos los órdenes de la vida alcanzó, legados por pasadas centurias, está destinado a vivir y morir en un proceso hacia atrás, descendente, como vivieron y murieron aquellos hombres de las cavernas, de que nos hablan las civilizaciones incipientes.

El mundo se conmueve hoy en una penosa y catastrófica sacudida: Las pasiones y los instintos imperan; la sed insaciable de goces terrenales es su único deseo, y en vez de la antorcha luminosa de la razón que guíe al hombre en el camino de la vida, ese hombre creado a imagen y semejanza de un Dios con el destello de la divinidad en su alma y con el amor en su corazón, cruel y pasional se abandona al azar, dejando que la materia surja potente, dominándolo todo, acabando con aquella verdad santa y bendita que convierte al hombre en «el rey de la creación», en vez de siervo de su instinto.

En vuestro inmenso saber, todos conocéis dónde está el origen de los males que al hombre afligen: Un orden moral invertido, venido al mundo en mala hora, de cuya paternidad pueden mostrarse orgullosas las doctrinas filosóficas inspiradas por las escuelas materialistas, han dado origen al estado catastrófico en que desgraciadamente nos hallamos.

A poner remedio a ese mal, si aún le hay, volviendo los ojos a Dios, Verdad y Bien infinito, se dirigen estas líneas, que me dan motivo para hablaros hoy desde este sitio, sobre tema de tanto interés como la posición histórica de la doctrina del socialismo científico, que al abandonar el terreno de las hipótesis, sobre las cuales un día se fundara, dejó de ser utopía; y al encarnar en la realidad, tomando cuerpo y figura como grupo de doctrinas pertenecientes a las ciencias prácticas, ha cristalizado en la vida, derivando instituciones y leyes de un gran pueblo. Los principios falsos que contiene dicha doctrina amenazan invadir al mundo entero, e infiltrando en el cerebro del hombre todo lo que es objeto de la misma, le lleva en una evolución descendente que desespera y desalienta, manteniendo absurdas orientaciones que hacen imposible la vida humana.

Mi objeto, pues, es contrastar el principio con la consecuencia, la ley con el fenómeno, para que vosotros que sabéis más que yo, busquéis en la ciencia soluciones que encaucen los destinos del hombre, llevándole por otros derroteros que le hagan más feliz en la tierra, alentándole para que continúe la obra prodigiosa de la civilización, que parece hacer hoy un alto en su marcha progresiva.

Pero antes de desenvolver mi tema, permitid que desde este sitio dedique un recuerdo a sabios y queridos compañeros, que se alejaron de nosotros después de haber consagrado toda su vida a la ardua tarea de la función docente.

Partió para la región celestial de los creyentes el inteligente y querido compañero don Víctor Santos, que durante muchos años explicó en esta Facultad de Medicina la asignatura de Higiene. Quien tan concienzudamente penetró en los dominios de esta ciencia y tan a satisfacción cumplió en la vida sus deberes individuales y sociales, Dios habrá premiado sus méritos, concediéndole la posesión de la Verdad eterna. Los que en este centro fueron sus compañeros le ofrendan en este día un piadoso recuerdo.

Por dignidad y por honor, decía una ley del Digesto, dejó de colaborar con nosotros en la tarea científica, el sabio clínico don Nicolás de la Fuente Arrimadas. De fama verdaderamente envidiable gozó y goza, para dicha nuestra, tan competente compañero. Legión forman hoy sus discípulos, que le deben una reconocida competencia científica, que hace sólidas reputaciones, y miles de enfermos que deben la reintegración de su salud al doctor Arrimadas, publican *viendo* lo que deben a tan preclaro maestro de la ciencia médica. Su suficiencia acreditada en el dominio de diversos ramos del saber humano, fué más allá, y ya gobernando esta escuela, ora en funciones de legislador, con cuya investidura le honró la Universidad, o ya en cualquiera otra actuación de aquella su actividad, mostró siempre condiciones excepcionales de capacidad científica. ¡Que Dios prolongue su vida, para que su consejo, sabio y prudente, nos sirva de guía a los que aún estamos en el servicio activo de la enseñanza!

Por otros motivos dejaron de pertenecer a este Claustro nuestros queridos compañeros los doctores don José Yanguas Messia y don Claudio Sánchez Albornoz; ambos buscando nuevos horizontes donde desplegar su docta competencia; hoy forman parte del Claustro de la Universidad de Madrid, honrándole con su eminente prestigio científico.

Pérdidas dolorosas son las que por uno u otro motivo ha tenido la Universidad, compensadas con la incorporación a la misma del doctor don Misael Bañuelos García, joven inteligente y culto que en el anterior curso, en reñidas oposiciones, ganó la cátedra de Anatomía en esta Facultad de Medicina. Es un honor para nuestra querida Universidad la colaboración de tan sabio compañero.

De propósito he dejado para la terminación de esta primera parte de mi discurso, el acontecimiento más fasto que en el curso que acaba de expirar señalan los anales de la Universidad.

Me refiero a la incorporación al Estado de nuestra Facultad de Historia.

Frescas aún en vuestra memoria las palabras dirigidas al Claustro por nuestro sabio y querido Rector, el día de su toma de posesión, en las que con la elocuencia que él sabe hacerlo y que a todos nos impresionó, afirmó que al ser designado por el Gobierno de S. M. para ocupar tan elevado cargo, traía dos propósitos: crear en este centro de cultura la Facultad de Historia y que la Universidad saliera de su recinto, acometiendo la empresa «de la extensión científica universitaria». ¿Cómo se ha cumplido ese programa? vosotros lo sabéis... Maestros de todos los ramos del saber, ocuparon en los cursos pasados la tribuna de la Universidad, y sus interesantes conferencias atrajeron un público culto, ganoso de aprender cuanto aquéllos enseñan.

Por decreto firmado por S. M. el Rey, tan amante de la cultura patria, nuestro primer centro de enseñanza cuenta con una Facultad más. La fecha de 7 de agosto de 1920, en que aquél se firmó, enlazada con la de 20 de marzo de 1916, en que el excelentísimo señor Rector tomó posesión de su cargo, constituyen la mayor gloria de la Universidad vallisoletana; anillo de hierro y oro que

unió la incertidumbre de aquella fecha (1916) con la certidumbre de tan hermosa realidad (1920).

Permitidme, señores, que desde este sitio tribute al sabio Rector el homenaje de mi admiración y entusiasmo.

Satisfacción inmensa debéis experimentar en este día, excelentísimo señor, en que veis cumplido el anhelo de tener en este Centro una Facultad más, que difunda y extienda el saber y la cultura. Bajo el roble que campea en nuestro escudo universitario, se amparó vuestra voluntad firme y decidida; con el lema de «querer es poder», conseguisteis un florón más para nuestra cartela y el título de hijo predilecto de esta gloriosa Universidad, que fué vuestra madre y os educó en las severas máximas del cumplimiento del deber, que hoy la devolvéis, mostrándola cómo los hijos de este Centro saben cumplirle.

Creo interpretar fielmente la opinión de todos mis compañeros, tributándoos en estas líneas cariñoso homenaje de gratitud en nombre de ellos y de la ciudad de Valladolid, cerrando con un caluroso aplauso todo lo que no pueden expresar mis palabras, que sería mucho si yo supiera hacerlo. ¡Cuando el corazón siente, los labios enmudecen!... (1).

(1) La Universidad tiene contraída una especial deuda de gratitud con el excelentísimo señor don Natalio Rivas, ministro de Instrucción pública, que confeccionó el presupuesto en que el Estado se hizo cargo de los gastos de esta Facultad.

Asimismo la deben a las excelentísimas Corporaciones, Diputación y Ayuntamiento de Valladolid, por la subvención con que atendió esta enseñanza.

I

Filosofía materialista y filosofía positiva, que ambas guardan entre sí íntima relación, se dan cita para afirmar no sólo en el terreno puramente científico, sino también en el práctico, todo ese movimiento que amenaza apoderarse por completo de la sociedad en sus múltiples y variados elementos.

Su principio de «todo lo que existe es materia o movimiento evolutivo de la materia», verificándose ese movimiento por la razón de existencia de leyes universales, que son tan inmanentes como la materia misma y como lo es la misma fuerza; derivando de aquí que las transformaciones y evoluciones se verifican lo mismo en el mundo sideral que en el mundo moral, en que el hombre actúa con su inteligencia y libertad mediante su entendimiento o pensamiento, «que no es más que un efecto del cerebro» (1).

De estos principios, como todos sabéis, parte el materialismo para negar la espiritualidad e inmortalidad del alma humana, la vida futura, el libre albedrío, conduciendo, por fin, a fijar que la acción humana no es libre, sino que fatal y necesariamente opera obedeciendo a leyes necesarias e inmutables que el hombre obedece lo mismo que los animales o las plantas: el acto humano, ni es bueno ni es malo, no hay ni mérito ni demérito; la virtud y el vicio son vanas palabras que no tienen existencia real o positiva; ambas ideas nacen de preocupaciones sociales.

(1) Broussais.—*De l'irritation et de la folie.*

El positivismo, que funda toda su teoría en el desarrollo progresivo de la humanidad a través del espacio y del tiempo, dando extraordinario valor a la experiencia y a la observación, que es el camino seguro para constituir la ciencia que investiga mediante *el procesus*, hechos, fenómenos y leyes que descubren la verdad (1).

No entra en nuestro propósito hacer la crítica del materialismo en el aspecto filosófico, porque a tanto equivaldría como a hacer un tratado de filosofía; escritores con autoridad científica reconocida, han hecho brillantemente su refutación.

Pero como el socialismo científico se funda en estos principios

(1) *Sociología y ética*.—Más de la mitad de la obra principal de Comte (los tres últimos volúmenes, que son también los más compactos) trata de la ciencia social, la sociología (como la llama con una palabra creada por él, que ha hecho fortuna a pesar de todos los escrúpulos filológicos). Comprende una parte esencial de la psicología, toda la economía política y la ética, así como la filosofía de la Historia. Del mismo modo que Comte protesta contra la tendencia a tratar de la psicología del individuo, sin tener en cuenta el desenvolvimiento espiritual de toda la especie, igualmente protesta contra la tendencia a aislar la economía política y la ética de la sociología general, y el desenvolvimiento ulterior de estas ciencias le ha dado razón en eso. Y ni la psicología, ni la economía política, ni la ética se pueden tratar si no se tiene en cuenta el hecho de que el progreso humano está determinado por la Historia. En todos los diversos dominios científicos, Comte señala las relaciones de la estática y de la dinámica. El mundo es considerado estáticamente en la geometría; dinámicamente en la mecánica. En física y en química, las fuerzas se consideran primero en equilibrio, luego en actividad. En el dominio orgánico, la estática está representada por la anatomía, que estudia la estructura de los órganos; la dinámica por la fisiología, que estudia las funciones. En la sociología hay, por una parte, una estática social, que estudia las condiciones constantes de la existencia de la sociedad, y por otra, una dinámica social que tiene por objeto el estudio de las leyes del desenvolvimiento progresivo de la sociedad; la idea fundamental de la primera, es el orden; la de la segunda, el progreso. Estática y dinámica están estrechamente unidas, porque el orden y el progreso se condicionan recíprocamente, lo cual no han sabido entender ni la escuela reaccionaria ni la escuela revolucionaria. (*Historia general de la Filosofía*, de Alberto Schweigler, traducida por Eduardo Ovejero).

del materialismo, al afirmar esta teoría que no existe dualismo alguno entre la materia y el espíritu, es decir, que todo lo que existe es materia o formas evolutivas de la materia, y que la unidad real y verdadera del mundo consiste en su materialidad, concluyendo, como consecuencia, que fuera de la naturaleza y del hombre nada existe, estando aquél y ésta en constante proceso de evolución para derivar o deducir la inexistencia de leyes eternas y permanentes.

El socialismo científico, pues, consiste en la constante evolución del fin material, que es el económico, y en la evolución constante de las instituciones y de las relaciones sociales, constituyendo esa constante evolución la producción de la riqueza, que Marx llama *la estructura*; estructura económica de la sociedad que en cada momento histórico forma la base que sostiene y explica toda la superestructura de las instituciones jurídicas, políticas, religiosas y filosóficas, y de todas las otras manifestaciones históricas en cada época.

La moderna sociología refuta esta tesis en que se funda el socialismo científico, y otros escritores de autoridad científica tan notoria como Seligman (1), se apartan del pensamiento de Marx, recabando para la ciencia materialista histórica un puesto completamente independiente al que ocupa en la ciencia el socialismo científico, afirmando aquellos que sostienen (Marx o sus discípulos) que por la evolución histórica materialista sólo es perseguido el fin económico, han sufrido una lamentable equivocación al interpretar erróneamente la concepción materialista de la Historia, y que por consecuencia aquellas instituciones que cristalizan en este erróneo concepto, parten de falsos supuestos, que la realidad de manera imperiosa les pondrá de manifiesto.

Y como el objeto de este trabajo es estudiar las funestas consecuencias a que ha dado lugar la instauración del comunismo en los pueblos orientales de Europa, por empeñarse en afirmar como

(1) Seligman es un docto profesor de Economía política y Hacienda de la Universidad de Columbia (Nueva York).

fin humano el material de lo económico, pasamos a formar como a modo de inventario en que se describen los valores científicos que le contradicen, las opiniones que en tan transcendental asunto sustentan eminentes sociólogos y jurisconsultos, cuyo tema expon-dremos contando de antemano con vuestra benévola atención.

El estudio de los fenómenos que se refieren a la vida humana y que constituyen el contenido de las ciencias sociológicas, aportan datos y suministran predicados que descubren los elementos constitutivos de la vida social, tal como se viene produciendo, afirmando que sus leyes sirven de punto de partida y de justa precisión en su desenvolvimiento, e impidiendo que nuevas doctrinas reformadoras puedan venir a la vida acompañadas de los penosos dolores que producen su encarnación y alumbramiento.

El señor Sánchez Román (1), refiriéndose al sabio sociólogo español señor Sales y Ferré, afirma que la ciencia sociológica se refiere en cuanto al contenido y extensión de su concepto a la vida humana, y que el doble aspecto que ofrece la vida, común a todos los órdenes de la misma, el de lo concreto y el de lo general, o sea el fenómeno y la ley, se aplica igualmente a la humana, que pasa incesantemente de un hecho producido a otro por producir, sin otra diferencia respecto a los demás órdenes de la vida, que la de tener el sujeto conciencia más clara y extensa que cualquiera otro de su actividad, resultando de aquí una doble función en el estudio de la vida humana: «la histórica propiamente dicha y la sociológica; la primera, que aquilata la verdad de los hechos conocidos merced al método de investigación, examen de fuentes y estudio comparativo de aquéllos para llegar a concertarlos y ordenarlos conforme con la realidad. La segunda, o sea la sociológica, atendiendo preferentemente a lo general, y por un método de inducción, parte de hechos averiguados y conocidos a las leyes que rigen su producción, que son las mismas que regulan la marcha general de la vida humana».

(1) Sánchez Román.—Discurso leído en su ingreso en la Academia de Ciencias morales y políticas.

Por consecuencia, la sociología, dice este ilustre catedrático, no es ciencia particular ni está su órbita en el terreno de las ciencias particulares, porque eso sería tanto como poner en peligro su sustantividad e independencia, ya que en sí es una ciencia cuya característica es la generalidad, que abarca y es objeto de su contenido, la combinación, funcionamiento e influencia de todos los factores y elementos sociales.

La ciencia sociológica, en cuanto cae dentro de su órbita el fenómeno económico, es indudable que puede resolver los problemas que a él mismo se refieran, y mediante sus leyes generales, afirmadas por la inducción de los hechos averiguados, explica las leyes también generales que regulan la marcha de la vida humana en ese estudio de lo económico, que no es siquiera el único de las sociedades ni menos el fundamental.

Derívase de esta tesis, que el socialismo científico parte de un falso supuesto, al solucionar o pretender solucionar los problemas de la vida del hombre solamente teniendo en cuenta el factor económico, prescindiendo, como dice el señor Azcárate (1), de todos los demás fines de la humana actividad. Podrá, dice este ilustre maestro de la ciencia del derecho, fijar el influjo que puede tener en la vida humana, uno de los fines, pero considerarlo exclusivo y único, eso es un absurdo. En las épocas de la Historia o en pueblos determinados, uno de los factores ha predominado sobre los demás, pero los demás se han desenvuelto paralelamente o subordinados al predominante. «En la Edad Media influyó el fin religioso, y con él se afirma que la sociedad se reunía en la Iglesia y la Iglesia en el Papado» (2). Tras el Renacimiento del siglo xv, el *sumum sapientiae* concentra en él el deseo de la humanidad desdoblado la Teología y la Filosofía, y después de la reforma orienta a ésta en nuevas derivaciones durante el siglo xvii para llegar a la renovación de todas las ciencias en el siglo xviii, de donde «surgieron las revoluciones inspiradas en los nuevos conceptos del hombre, de la sociedad, del

(1) Contestación al discurso del señor Sánchez Román.

(2) Azcárate. Discurso citado, pág. 123.

derecho y del Estado». El orden económico parece el fin primordial de la sociología de los actuales tiempos, merced a los impulsos del hombre de producir riqueza y crearse un bienestar terreno, distinto al de los tiempos pretéritos. Las concreciones de la ciencia económica han venido al mundo indicando la solución del problema de modo distinto según la manera de satisfacer el hombre sus múltiples necesidades; y así vemos que cuando se practicaba la pequeña industria, el fin económico no ejercía un influjo determinante en la actividad humana, el trabajo manual era escaso, escaso también el capital, y pequeño el mercado donde el obrero trabajaba y cambiaba sus productos bajo el viejo sistema del artesanado. Dice Henry George (1): «el artesano, si bien es cierto que hacía su labor pesada y larga, en cambio había compañerismo, variedad y el placer que proviene de la pericia creadora y la sensación de ver las cosas creciendo hasta tomar una forma acabada». «El artesano trabaja en su propio hogar, allí tiene su fábrica, y al lado de él, junto al patrono, el oficial o el aprendiz trabajan en común siempre presididos por el cariño, por el amor que se profesan los que juntos hacen la misma labor y a quienes no arredra, ni el esfuerzo, el cansancio o la fatiga en razón a que ante todo y sobre todo están los fraternales vínculos que le animan con la discusión, la broma y la amistad». «Como aprendiz (2), aspira a convertirse en oficial, como oficial tiende a convertirse en dueño y tomar aprendices para él». «Con poco capital, escasas herramientas y algunas materias primas, era independiente. No le asustaban las leyes del mercado, porque la retribución del trabajo era por él fijada, ya vendiendo directamente sus artículos, ora cambiándoles. La terrible pesadilla del obrero moderno, del obrero empleado en la fábrica o en el taller de la gran industria, de no poder satisfacer sus necesidades o las de su familia, nunca aparecía sobre él como siniestro espectro que llevara aparejada el hambre o la miseria». George debió añadir a esta descripción, tan bien dibujada, estas palabras: «El artesano creía en Dios».

(1) *Problemas sociales*. Traducida por B. Argente.

(2) Henry George. Obra citada.

Comparad, pues, al obrero artesano con el obrero de la gran industria, y encontraréis en seguida distinta solución al problema obrero. En aquélla el gozo, el contento, el modesto disfrute en el domingo del salario percibido o la ganancia obtenida por el trabajo, disfrutándole con la mujer y con los hijos; la salud corporal, la alegría del vivir. Es verdaderamente idílico y conforta el ánimo la descripción que hace George del herrero de la era industrial, que ahora va desapareciendo. La reproduzco con gusto, porque a muchos de nosotros, los que estamos en las lindes que proyectan los muchos años de vida, os recordarán escenas imborrables de la niñez: «Ved—dice el autor citado—al forjador, de negro y blanco, porque el obrero completo trabajaba igualmente el acero. La forja daba igualmente al camino o a la calle. Al través de sus puertas abiertas, podía contemplar los trozos de Naturaleza; veía a cuantos pasaban. Los transeuntes se detenían a preguntar, los vecinos para contar u oír las noticias; los chicos para ver el resplandor incandescente y volar las rojas chispas. Ya herraba el forjador un caballo; ya ponía las yantas a una rueda; ya forjaba o templaba una herramienta; ya soldaba un morrillo roto o golpeaba con gracioso arte sobre una placa para el fondo de una chimenea o cuando no tenía que hacer otra cosa convertía el hierro en clavos». ¿Cómo en este tiempo podía decirse que el fin económico era el único de la humana actividad y el que absorbía la vida entera de los mortales? Quien tal dijera, seguramente—afirman los economistas—padecería una incomprensión de lo que representa en la vida presente el indicado fin, que parece absorberlo todo y someter a él los demás. ¿Pero podrá afirmarse que lo descrito no era fin económico también?

En este sentido —sigue diciendo Azcárate—, el fin económico no aparece bien determinado; éste se presenta más bien en los actuales tiempos en que se crea la gran industria. Ved cómo su influjo lo absorbe todo y cómo los demás fines humanos se oscurecen ante el paso gigantesco de la producción de riquezas no soñadas, concentrando las mismas en las manos de unos pocos para hacer más desesperada la condición de los demás. Páranse los hombres de ciencia

a examinar el problema, e incurren en el notorio error de creer que sea este sólo el fin de la humana actividad. Y una orientación doctrinal filosófica y económica a la vez aparece en el mundo, y de manera maravillosa pero atrevida pretende encontrar la solución del problema en el goce y disfrute del bienestar social. La escuela materialista histórica, de la que más adelante hablaremos, es la que sienta la doctrina de referencia.

Ved, pues, cómo los fenómenos sociales se desenvuelven en aquella característica histórica que se asigna a la ciencia de la sociología y cómo esta ciencia explica por la segunda de las que se fijan en su concepto y contenido, que forma el proceso que el fenómeno sigue, hasta llegar a asentar la ley general que le regula.

Pero el campo de acción de esta ciencia no son sólo los fines antedichos, sino también es materia propia de la misma todo cuanto se relaciona con la diversidad de fines de la humana actividad, influyendo sobre la misma los principios contenidos en otras ciencias, no sólo las que se dicen que corresponden al orden práctico, sino también las especulativas, con inclusión de la metafísica y la lógica, porque, como sigue diciendo Azcárate (1), «la primera característica de la sociología imprime sentido y dirección a las ciencias particulares, y la segunda, con su ordenación y evolución del método, influye en todas, hasta en las más concretas y de utilidad más positiva».

Asimismo el orden ético, que es tanto como la influencia que ejercen o pueden ejercer en el fin humano las costumbres. No puede ser indiferente para el mismo, el que la moral se inspire en el criterio de que la bondad o malicia de los actos humanos se fije en un órgano físico donde resida el sentido moral (escuela materialista), aunque haya cierta analogía entre el organismo y el alma, o en la escuela utilitaria que atribuye a la sensibilidad y al cálculo el criterio de la moralidad, pensando como sinónimas la moralidad y el placer, haciendo que la acción sea más buena cuanto más placer produzca o que esté contenido este orden ético en la razón que

(1) Discurso citado.

afirma el conocimiento de la ley como un hecho primitivo que orienta al que le sucede en el orden práctico.

En tal sentido no es indiferente para la vida el orden ético (1), ya se halle unido con indisoluble lazo a la religión o emancipado o independiente de ella. Es lo cierto, que para que tenga una realidad en la vida y pueda hacerse efectiva la sanción social, ese orden ético ha de afirmarse en el sentido de que sea recto, eficaz, igual y consecuente, que no lo será si carece de esas condiciones. «Así se dice que todos los problemas sociales encierran en sí problemas de moral».

Benito Malón, uno de los intelectuales del socialismo en Francia, ha dado tal importancia al factor moral, que no se ha recatado en recomendar a sus amigos los socialistas, que inspiren todos sus actos, para conseguir sus reivindicaciones, en la más acrisolada ética, y así les dice en su obra en la que trata del socialismo integral: «Tengo la convicción profunda, y no cesaré de inculcárselo a mis amigos los socialistas, que la reivindicación económica de los proletarios, no podrá realizarse sino apoyándose en las fuerzas morales, como irradiación interna que son éstas de la naturaleza humana».

El derecho es otro factor importante que integra el problema a resolver por la sociología, influyendo de tal manera en la vida humana y en sus fines, que no se concibe pueda prescindirse del mismo. Qué más, si hasta las leyes más injustas y odiosas de los tiempos no se concebiría su vigencia a no haberse adaptado de algún modo al estado especial de la conciencia pública en la época en que se dictaron.

Y difícilmente podrá asegurarse, si las que hoy están vigentes, o por lo menos parte de las que están y rigen las modernas sociedades, no hayan «en lo futuro de abolirse o modificarse (2), siendo consideradas en lo porvenir como bárbaras e injustas».

(1) Discurso citado.

(2) López Moreno, *Tratado de Procedimientos judiciales*.

¿Qué duda cabe—sigue diciendo Azcárate (1)—que el Derecho influye en la vida? El derecho de propiedad, el de familia, el de sucesión y el de obligaciones, ¿cuántas y cuántas modificaciones puede sufrir según que sea o no reconocida la personalidad; la propiedad, sea pública o privada, exista o no la sucesión hereditaria, y se consagren o no preceptos a la libertad de contratación? ¿Y el Derecho público según los cambios o modificaciones del Estado, ora que se amplíe o restrinja el concepto esencial del mismo, que sea el Estado policía o el Estado providencia, que sea, en fin, constitución en el concepto individualista o en el social?

No hay que decir el Derecho penal con su concepto de delito y pena, y el procesal con la organización de su justicia y Tribunales, según que ésta sea administrada por la clase profesional o técnica o la popular.

De tal importancia es este factor en la vida, que la base de la libertad humana en él se da, o restringida o amplia, según las instituciones jurídicas existentes en un país.

Nuestro gran hombre público don Cristino Martos, daba tal importancia a aquéllas, que hacía consistir la esencia de la libertad política de los pueblos en determinadas instituciones, y muy especialmente en lo que esto se refiere a la institución del Tribunal del Jurado, y otro gobernante español y estadista ilustre, Cánovas del Castillo, hacía consistir la libertad en la justicia técnica o profesional, fundándola en los más severos principios de la suficiente independencia e inamovilidad del poder judicial; bases seguras donde se asientan las libertades del hombre.

Por último, la política y el arte son factores tan poderosos, que ejercen a su vez en la vida una influencia tan decisiva que ellos por sí solos imprimen direcciones en el fin humano; para probarlo, la misma Grecia lo suministra: Atenas y Esparta fueron dos países de constitución política distinta.

Sir Thomas Erskine May, citado por Azcárate, señala la posición de estos dos pueblos, contrastando singularmente su estructura

(1) Azcárate, discurso citado.

por la diferenciación de constitución política. «La libertad—dice May—fué el principio fundamental de Atenas; la restricción, el empeño de la otra; en la una, fué alentada la individualidad y lo fué también el genio; en la otra, todos los hombres fueron sometidos a un tipo común; en la una, era el gobierno abierto, público, libre, popular; en la otra, cerrado, secreto, reservado; era la vida en la una, intelectual, expansiva, simpática, alegre; en la otra, triste, egoísta, estrecha y monótona; en la una, el hombre era guiado hacia un altísimo ideal; en la otra, era sometido a un mecanismo social artificial; en la una, se favorecía el comercio con los extranjeros; en la otra, predominaba un exclusivismo bárbaro». El ateniense tenía una concepción más exquisita del arte en razón a su perfectibilidad como hombre, asociando a su vida las exquisiteces de aquél, haciendo del fin artístico un fin educador para sus costumbres, y su sentido optimista se ve en sus obras literarias y una observancia sugestiva en sus juristas y políticos.

En tal sentido se expresa Macaulay, cuando dice (1) «que el ateniense podía conversar todas las mañanas con Sócrates y oír cuatro o cinco veces cada mes a Pericles; veía las comedias de Sófocles y Aristófanes; se paseaba entre las esculturas de Fidias y las pinturas de Zeuxis; se sabía de memoria las canciones de Esquilo y oía recitar en las calles las hazañas de Aquiles o la muerte de Argos; era legislador, discutía las cuestiones internacionales, de guerra, de impuestos, etc.; era soldado bajo una disciplina liberal y generosa; y estaba, finalmente, como juez, obligado a pesar diariamente la fuerza de los opuestos argumentos, cosas que no eran en sí mismas una condición para formar pensadores exactos o profundos, pero sí para dar rapidez a la percepción, delicadeza al gusto, fluidez a la palabra y distinción a las maneras».

Así, pues, como se ve, los sociólogos en la ciencia de la sociología dan importancia a todos los fines humanos y resuelven paralelamente los arduos problemas que se presentan en la vida.

(1) Azcárate, discurso citado.

Pero hay quien desconociendo toda la importancia que tiene, ha creído que el fin humano es única y exclusivamente el económico, y claro es que al formular tal postulado incurre en graves errores; errores que han fundado escuela, y de ellos parten para llevar las más atrevidas soluciones a los problemas que hoy se plantean en la vida relativos a los conflictos sociales de actualidad, y que pasando del cerebro de sus autores a la práctica y encarnando en la realidad, derrocan instituciones seculares sustituyéndolas por otras, atrevidas y utópicas, que pretenden llevar en su seno con un más acentuado progreso económico, auroras de libertad entre los celajes de una igualdad absoluta en lo humano.

Pero aun cuando solamente fuera el fin económico el fin de la vida del hombre, condensándole todo en la célebre frase de Feuerbach (1): «el hombre es lo que come», habría que distinguir en este orden económico, como sigue diciendo Azcárate (2), tres elementos: el técnico, el social y el jurídico.

(1) Feuerbach publicó su *Esencia del Cristianismo*, en la cual intentaba demoler las bases idealistas o trascendentales de toda teología. En esta obra afirma Feuerbach, que la naturaleza existe independientemente de la Filosofía; que en realidad no hay nada más que naturaleza y hombre, y que nuestras concepciones religiosas son producto de nosotros mismos, no siendo por otra parte sino un producto de la naturaleza. Feuerbach mostró al propio tiempo a los jóvenes hegelianos que, por importante que pueda haber sido la política hegeliana, la idea absoluta no era la base, sino el producto.

Feuerbach dió origen a dos escuelas antagónicas en la esfera social y política, aunque en su filosofía materialista, más bien «naturalista», había un abolengo decididamente idealista en su doctrina ética.

Su doctrina acerca del amor, como base de toda religión, condujo al llamado socialismo «verdadero o filosófico» del 40 en Alemania. Los primeros socialistas habían aceptado el sentido de Saint-Simón y Fourier. Ahora sostenían que lo que hacía falta era aplicar el «humanismo» de Feuerbach a las relaciones sociales, con objeto de proclamar la rápida regeneración de la humanidad. Los jefes de los socialistas filosóficos, Kral Grun y Moses Hess, dominaron por algún tiempo el movimiento social en Alemania. (Seligman, *Interpretación económica de la Historia*, con prólogo de Posada, págs. 95 y 96, traducida por Sempere).

(2) Azcárate, discurso citado.

En el primero habrán de estudiarse por las ciencias físico-químicas en relación con las reglas de la *tecnología*, todos los inventos y progresos que los procedimientos de fabricación de cada uno de los productos establecen los principios de las ciencias matemáticas y naturales, verdades de orden social de las cuales se ocupa la Economía política en su concepto de economía pura; en el segundo, el elemento social que explica el mecanismo de la producción y de la circulación, tratando de la división del trabajo, de las máquinas, de la moneda, del crédito, de los bancos, de los medios de transporte y de comunicación y de las múltiples combinaciones del comercio, y en el tercero, en cuanto es regulada la vida económica por este elemento, en el cual el Estado tiene una participación directa en la esfera propia de la competencia del Derecho y en sus manifestaciones o divisiones del Derecho en público y en privado.

Lo mismo en la esfera de acción de una u otra manifestación del Derecho, está ese elemento jurídico formando parte del orden económico, pues en cualquier aspecto que aquél sea examinado, aparecerá claro y patente la entrada en el mismo del factor que forma el elemento jurídico. En el Derecho internacional público, la Economía política confirma con argumentos positivos las relaciones jurídicas de los Estados, en la diversa situación en que pueden hallarse *de paz, de guerra y de neutralidad*, demostrando con sus reglas los beneficios económicos de la paz, los daños de las guerras políticas y comerciales, proponiendo para todos aquellos casos en que la guerra sea inevitable, sabios y prudentes consejos para evitarles, y hasta pudiéramos transigir con Scialoja (1) «que llegará un tiempo en el cual podría verse realizada la justicia internacional basada solamente en un cálculo económico», dando, claro es, preferencia al elemento jurídico.

En el Derecho privado, y muy especialmente en el civil y mercantil, se ve bien claro el lazo que une a la Economía con las doctrinas comprendidas en el primero, en cuanto se refieren a instituciones económicas como la propiedad y otros derechos reales, las

(1) Scialoja, *Economía sociale*.

sucesiones hereditarias, los contratos onerosos, etc., y con el segundo, cuando se ocupa de instituciones económicas tan interesantes como las sociedades, monedas, títulos e instituciones de crédito, transportes, seguros, quiebras, etc., que no se pueden comprender bien en el aspecto económico sin conocer su verdadera naturaleza jurídica.

Los juristas Savigni y Kimes con sus investigaciones, el primero acerca de la teoría de la moneda y el segundo sobre estudios mercantiles, confirman esta doctrina (1).

De donde resulta que no se puede prescindir en el orden económico del científico ni del jurídico, concepción que es superior al materialismo del fin humano, cuya concepción materialista es más bien, dice Azcárate, hija de «un idealismo crítico refinado».

Mas para algunos escritores, las ciencias morales y jurídicas son ciencias vanas y falsas, por la impotencia de sus medios determinadores; así, dice Sorel, refiriéndose a los socialistas posibilistas, cuando deducen de estas ciencias los principios contenidos en la posición doctrinal en que se colocan, que no hay leyes de tal género en esas ciencias que expliquen satisfactoriamente todo lo que tienda a prever exactamente lo porvenir. «Que es una candidez derivada del concepto que se tenía en el siglo pasado, de que sólo porque la Astronomía calculaba las tablas lunares, o las Matemáticas fijaban la de logaritmos, ya las demás cosas eran susceptibles de relacionarse con una ley matemática, pensando en este supuesto que todas las demás tienen principios fijos e inmutables, por derivarse de las físicas; y pensar, sigue diciendo, que se posee así el alto grado perfectivo, como también que se practicaba la ciencia por el mero hecho de mostrar una doctrina de modo claro, sencillo y didáctico, partiendo de principios contra los cuales no se subleva el buen sentido, y que además pueden comprobarse por

(1) Una obra de Eniert, que deduce la teoría de la letra de cambio del estudio de sus modernas funciones económicas, fué en parte, al menos, el fundamento de la ley de cambio alemana, la cual inició la reforma, hoy casi generalmente admitida, de ese ramo importantísimo del derecho mercantil. (Cossa, pág. 45).

algunas experiencias comunes; eso es un absurdo. Tal supuesta ciencia, es pura charla».

Esta es la posición doctrinal en que se coloca Sorel para negar los principios inmutables en que descansa toda ciencia y poder refutar a los oportunistas que creen interpretar mejor la doctrina de Marx, no dando tan solamente importancia al elemento histórico, base en que se colocan los que con Sorel piensan, para fijar la doctrina de que el fin humano es solamente el económico y éste está contenido en categorías históricas, que presuponen la evolución ascendente del hombre.

Por otra parte, tal aserto daría al traste con lo que constituye el concepto general que de la ciencia tenemos en el sentido de que es conocimiento de la verdad adquirido por la certeza y evidencia mediante los medios que la razón suministra al hombre. Por eso no llamamos ciencia a las noticias de que no tenemos seguridad, aun cuando sean ciertas y evidentes, sino son obtenidas y demostradas por el raciocinio (1), «determinando las causas no sólo de su conocimiento, sino de su certeza».

Bergson afirma (2) «que no se ha precisado bastante lo débil que es el alcance de la deducción en las ciencias psicológicas y morales... Hay que recurrir con urgencia al buen sentido, es decir, a la experiencia continua de lo real para curvar las consecuencias deducidas y adaptarlas a las necesidades de la vida... *La deducción no se logra en lo moral sino metafóricamente*, para deducir que el contenido de la ciencia moral es falso.» Principio evidentemente absurdo, si tenemos en cuenta cómo formamos los juicios morales. Mendizábal dice (3) «que esta formación resulta de la apreciación exacta de los hechos concretos, del conocimiento de las reglas de nuestra conducta y de la aplicación adecuada que de ellas hacemos»; lo primero no es más que la expresión del particular en el hecho concreto, y en este caso entra en funciones nuestra

(1) Urráburu, citado por Mendizábal.

(2) Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*. Bergson, *Evolution cretice*.

(3) Mendizábal, obra citada, página 64.

sensibilidad, que entrega a la inteligencia todos aquellos elementos que necesita para su labor propia. Descubierta el hecho por la inteligencia con todas sus características, circunstancias y condiciones, hacemos abstracción de lo individual del caso, y nos formamos una idea general de él; con esa idea general acudimos a los preceptos de la moral y vemos en cuál de ellos está contenido el caso de que se trata; nos sujetamos a la regla que a él se refiere, y desde ese momento constituye para nosotros una regla de conducta que venimos obligados a cumplir. Mendizábal cita como ejemplo de la formación del juicio moral en el título que a él se refiere, el caso del padre anciano e imposibilitado que necesita alimentos, y antes de llegar a esta conclusión, dice: «Primero, debo conocer la persona y circunstancias individuales en que se halla; segundo, de la observación del caso concreto formar la siguiente idea general: un padre anciano e impedido y pobre pide alimentos a un hijo que puede dárselos; con esta idea recorro al código de las leyes morales, y en ellas se ve una que impone a los hijos el deber de socorrer a sus padres; conocida esta prescripción aplicable en un todo al caso de que se trata, diré: debo dar alimentos a mi padre». Con este ejemplo tan sencillo caen a tierra los postulados anteriores formulados por Sorel y Bergson, y habrá que admitir la influencia de la moral en el fin humano, deducción que niegan los mismos al suponer la carencia de sus leyes.

En lo anteriormente expuesto, se ve claramente que los fines de la vida humana son múltiples y variables en relación con la naturaleza del hombre, pero también habéis visto cómo algunos escritores propenden a reducir aquéllos a uno sólo, que es el material, concluyendo de una vez para siempre con el dualismo entre el espíritu y la materia y dando sin rodeos el imperio del mundo al materialismo (1).

Feuerbach, al afirmar que «la materia no es el resultado del espíritu, sino que el espíritu es el producto más noble de la materia, creó el materialismo puro, pero como la naturaleza se movía,

(1) Cathrein, *El socialismo*, versión española por el P. Aznarez.

al concepto se le argüía de totalmente falso, y tratándose de encontrar las leyes del movimiento dentro del sistema materialista, se dió con todas aquellas que influyen en el desarrollo de la historia del hombre, con lo que al parecer se resolvía el problema con un solo concepto: «el materialismo histórico».

Marx y Engels son, según Bernstein, los que elevaron al socialismo del estado utópico en que se hallaba, al de verdadera ciencia, fundándole en la teoría materialista histórica, que prescinde de las ideas abstractas para afirmar que las condiciones de producción son las que ponen en movimiento el proceso evolutivo y las que determinan la dirección del fin humano y social. En tal sentido, afirma Engels, «los hombres no sólo viven en la naturaleza, sino también en sociedad, y ésta tiene también su historia progresiva no menos que la naturaleza».

Toda la teoría marxista se funda, pues, en esta concepción materialista de la Historia y su ideología, es decir, el conjunto de las ideas morales, religiosas, jurídicas, filosóficas y políticas, tienen su razón de existencia en las relaciones de producción y en el cambio de productos. Al cambiar éstas tienen necesariamente que cambiar aquéllas, de donde resulta que la ideología no subsiste por sí, porque no tiene como fundamento principios eternos e invariables, sino que al contrario, partiendo de lo material que forma su base económica, que cambia necesariamente con las condiciones de la producción, aquella ideología se transforma asimismo y se viene abajo más o menos rápidamente.

Tal doctrina, como se ve, está influida por la filosofía materialista, que niega los eternos principios contenidos en la eterna Verdad, cuya teoría hace imposible la ciencia, en razón a que su objeto propio es lo necesario e inmutable, y por consecuencia, no se contenta sólo con estudiar lo transitorio y mudable, sino que desea averiguar las causas o leyes generales por las que se rigen los fenómenos, deduciendo de los primeros principios, las últimas consecuencias.

El materialismo histórico, como doctrina filosófica, no es una teoría nueva, sino que es una reproducción de teorías que remontan

su origen a los principios del siglo XVIII. Para algunos escritores es anterior a esta fecha. De Greef afirma que tal descubrimiento no es, ni mucho menos, una novedad científica, y que basta para convencerse de ello abrir la historia del materialismo de Lange o una historia cualquiera de sus doctrinas, ya políticas o económicas, que así lo acredita.

Casi todos los economistas de la escuela fisiócrata y de la escuela inglesa y francesa, Smith, Ricardo y Malthus, lo mismo que Mahly y Morelli y más tarde Owen, todos han atribuido a los factores económicos una influencia preponderante, y mucho antes que ellos, Harrington, el autor de la *Oceana* había dicho que todas las formas sociales están modeladas sobre la forma de la propiedad (1).

Otros antes que Marx, dice Kovaleusky, especialmente refiriéndose a la autoridad de Lorenzo Stein, que este autor ha considerado fundamentalmente el orden político como enteramente ligado al económico (2).

Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que Carlos Marx da a esta teoría un carácter eminentemente científico. En las páginas 30 y 31 de su obra *El Capital*, dice: «todas las formas sociales de cualquier orden que sean y de cualquiera manera que se manifiesten en la vida, están apoyadas en la base real de la producción, y mejor aún en la que él llama *la técnica de la producción* (3)», de tal modo que ésta, forma *la estructura económica* de la sociedad y sirve de fundamento positivo a otras formas que él llama *superestructura* jurídica y política; deduciendo de aquí que el elemento económico es el primero y fundamental, siendo los demás secundarios o sintomáticos.

Parece que el pensamiento capital de Marx, al hablar de esta concepción materialista, no reviste una forma grosera de satisfacer

(1) Sánchez Román, discurso citado.

(2) Sánchez Román, discurso citado.

(3) Para Marx constituye la esencia de esta escuela materialista histórica no el conjunto de lo económico, sino ante todo y sobre todo la técnica de la producción; en su obra *Miseria de la filosofía* dice: «que las relaciones de producción forman un todo».

el hombre sus más apremiantes necesidades, antes bien adquiere un valor y un carácter «económico». En su respuesta a la *Filosofía de la Miseria* de Proudhon, dice que las «relaciones sociales están íntimamente ligadas a las fuerzas productivas», y en su crítica de la Economía política, dice que las relaciones de producción de toda sociedad forman un «todo», para significar sin duda que las nuevas fuerzas productivas de los hombres al cambiar su modo de producción le modifican no sólo en sí mismo, sino en todas sus relaciones sociales.

Para Marx (1) las fuerzas productivas son el fundamento y la

(1) Carlos Marx nació en Tréveris el 5 de mayo de 1818, de padres judíos, quienes en el año 24 entraron con sus hijos en el protestantismo. Estudió Derecho y después Filosofía. En 1841 se estableció como profesor privado en Bonn. y al año siguiente se encargó de la redacción del diario liberal democrático *Rheinische Zeitung*, donde estuvo poco tiempo. Contrajo matrimonio con Jenny de Westphalia, y se trasladó a París donde se dedicó al estudio de la Economía y del socialismo. En París hizo conocimiento con Federico Engels, quien fué su inseparable compañero y colaborador. Expulsado también de Francia por sus artículos exaltados, se trasladó a Bruselas, donde el 1848 publicó con Engels la *Miseria de la Filosofía*, respuesta a la *Filosofía de la Miseria* de Proudhon. En el mismo año apareció el manifiesto comunista redactado por Marx y Engels, por encargo de la Liga comunista, que termina con el grito de guerra del socialismo moderno: «Proletarios de todos los países, uníos». Un año después Marx se traslada a Colonia, donde también fué expulsado, trasladándose definitivamente a Londres, donde se ocupó de sus estudios y trabajos literarios. En 1867 publicó el primer tomo del libro *El Capital*. El segundo y tercer tomo les publicó su amigo y colaborador Engels. Según el plan primitivo, debía seguir el cuarto tomo, pero éste no se publicó. En 1864 funda la Asociación internacional de trabajadores, que dió por resultado la primera revolución comunista en 1871.

El docto catedrático de esta escuela, señor Gay, escribe en una de las notas de su discurso de apertura del curso de 1910 a 1911, que ha oído afirmar a Gustavo Schomoller en la Universidad de Berlín, que Karl Marx no poseía ni un átomo de conocimientos económico-históricos alemanes. La experiencia económica inglesa que recogió Marx sobre la industria algodonera en Inglaterra, la generalizó a todos los países de organización capitalista, influido por ese método deductivo propio de los economistas clásicos que fueron los maestros de Marx hasta el extremo de constituir muchas de sus concepciones, la del valor de Smith, por ejemplo, el pie forzado de alguna crítica suya.

base de todo lo que constituye la vida humana, por esto afirma en la misma obra de *Miseria de la filosofía*, que en la producción social «y en sus medios de existencia los hombres mantienen relaciones determinadas, necesarias, independientes de la voluntad: relaciones de producción que corresponden a un cierto grado de desenvolvimiento de las potencias materiales de la producción. El conjunto de esas relaciones forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se eleva la superestructura jurídica y política y a la cual corresponden ciertos modos de pensar sociales. El modo de producción de la vida material determina el modo de actividad social, política e intelectual. Por tanto, pues, no es la conciencia del hombre la que explica su manera de vivir, sino por el contrario su existencia social es la que explica su conciencia». En su crítica de la Economía política, sigue afirmando «que en la Economía es donde se debe buscar la anatomía de la sociedad civil que instauró la revolución francesa», y en la relación inmediata «entre el propietario de las condiciones de la producción y los productos inmediatos, encontramos siempre el más íntimo secreto, el fundamento culto de la estructura social y además de las formas políticas» (1).

Para Seligman el antecedente de la teoría en el aspecto filosófico tiene su base en la doctrina de Buckle, que si bien es cierto que Buckle y Marx coinciden en los principios establecidos por la filosofía de Hegel, les separan notables diferencias en todo lo referente a las ciencias económicas, puesto que Buckle se halla en este sentido de completo acuerdo con las doctrinas mantenidas por la escuela inglesa (2).

Carlos Marx estaba dotado de condiciones mucho más aptas que el filósofo Buckle, razón por qué éste no podía admitir los principios de la evolución en materia económica que son incompatibles con el tratamiento histórico de la sociedad.

Además Marx poseía una vasta cultura y una preparación filosófica envidiable; discípulo de Hegel, de quien era un firme

(1) De la obra de Seligman, prólogo de Posada, página 23.

(2) Seligman, página 91.



creyente, manejaba a maravilla su dialéctica de la afirmación, negación y negación de la negación, que constituyen la tesis, la antítesis y la síntesis y que forman el desenvolvimiento o proceso de la razón por la unión de los opuestos; idea o desenvolvimiento que Hegel aplicaba en su célebre aforismo: «Todo lo que es real, es racional, y todo lo que es racional, es real»; y siguiendo Marx el método hegeliano, a las doctrinas económicas intentó demostrar, como dice Seligman, cómo toda la estructura de la sociedad es modificada por las relaciones de las clases sociales, y cómo estas relaciones dependen a su vez de los cambios económicos antecedentes. Y he aquí el fundamento o génesis de la escuela que hoy se conoce con el nombre de «Interpretación económica de la Historia» (1).

A la muerte de Hegel se dividen los jóvenes hegelianos, y Marx forma resueltamente en la izquierda, o sea con los jóvenes radicales, y aun allí tiene cierta independencia, y manejando la dialéctica y método del maestro, consistente en la idea del proceso, llegaron a prescindir de la pureza de la doctrina, mientras que los ortodoxos continuaron fieles a la idea absoluta y llegaron a ser los más reaccionarios.

(1) Pareto, según Seligman, entiende que el principio científico contenido en el concepto materialista de la Historia, ha tenido dos interpretaciones, la sabia y la vulgar; la primera, que consiste en explicarlo todo por las condiciones económicas de un pueblo en razón a que su historia está delimitada por esas condiciones. Engels, discípulo y colaborador de Marx, trata de explicar en último análisis todos los hechos históricos *mediante la estructura económica subyacente*; pero Marx, se acerca más a la interpretación popular, que en el fondo resulta mucho más favorable para la explicación de su doctrina, ya que en ella comprende todos los fenómenos sociales como dominados e influidos por las condiciones económicas. Este es el punto de partida y la posición de Marx en esta escuela.

La escuela materialista histórica ha sido también conocida con el nombre de determinismo económico; según Greef, en su obra el *Materialismo histórico*, entiende que los hechos humanos ocurren siempre bajo la acción causal de determinados influjos según su ley propia. Todos los historiadores y filósofos que han sostenido que las sociedades son determinadas en sus instituciones y en su actividad por un medio físico, geográfico, climatológico, antropológico, etc., pueden considerarse como materialistas (Herodoto, Tucídides, Aristóteles, Bodin, Montesquieu).

En tal sentido afirma el mismo autor que por consistir en la idea del proceso la importancia de este método dialéctico, en cuanto supone que «en la realización del hecho, las conclusiones del pensamiento y del obrar humano no son finales», y sigue diciendo que «traducido esto al lenguaje político y social, constituye la base de las aspiraciones de los elementos liberales y progresivos de la comunidad». Por eso Hegel jamás llegó a estas conclusiones radicales de su teoría, porque aunque en su lógica pone en claro que en la verdad no es uno mismo el proceso dialéctico, sin embargo, colocaba como resultado de su total filosofía la concepción de «la idea absoluta».

Ahora bien; aplicada esta doctrina tal como la expone el autor a las ciencias político-sociales, se ve claro que sus conclusiones se inspiran en un sentido conservador moderado, y por consiguiente no puede afirmarse que la doctrina de Marx, en lo que se refiere al orden económico, tenía su base filosófica en la doctrina hegeliana. Más bien se aprovechó del método y dialéctica que le ofrecía la filosofía para llegar a formular sus postulados económicos inspirados en el materialismo de Ynerbach (1).

Pero se le atribuye a Marx, con verdadero fundamento, la paternidad de los principios contenidos en la escuela denominada el economismo histórico. Y a este efecto dice Posada que la fórmula de Marx y Engels es la interpretación de la Historia en el sentido objetivo, esto es, según «el proceso mismo del encadenamiento causal de los sucesos que se desenvuelven en el espacio mediante el *medio* y en una serie de *momentos*, el tiempo, y en tal sentido el momento de la doctrina a que se alude es culminante en razón a que supone los antecedentes precisos que fijan la evolución del pensamiento racional científico de la Historia. Podrá en tal sentido reflejar una crisis en el pensamiento humano desde el punto de vista

(1) Hegel, en su obra *Filosofía del Derecho*, publicada en 1821, no niega los fundamentos del Estado moderno; pide la representación popular, la libertad de la prensa, la publicidad del juicio y la autonomía de administración de las corporaciones (obra de Alberto Scheveglar, traducida por Eduardo Ovejero, pág. 399).

de la acción práctica, es cierto; pero no hay que olvidar «que el marxismo es ante todo socialismo, y socialismo influyente en el desarrollo objetivo de la Historia misma que quiere interpretar» (1).

Toda la teoría sociológica marxista está contenida en doctrinas sistemáticamente enlazadas, cuyos fundamentos más salientes están en las teorías de la plus-valía, la lucha de clases y el materialismo histórico.

El derecho al producto íntegro del trabajo, constituye, por decirlo así, el nervio del marxismo, pero realmente donde apoya Marx su posición económica derivada de la del materialismo histórico, está en su obra *El Capital* y en la doctrina de «la lucha de clases».

Para interpretar esencialmente lo que constituye el nervio del pensamiento marxista como fundamento o explicación de que la escuela materialista histórica no es la que le sirvió de base para su doctrina, basta, dice Posada (2), leer un pasaje del prefacio escrito por Engels a una de las ediciones del manifiesto de 1847, editado en Londres en el año de 1883. El prefacio dice: «La idea fundamental que llena el manifiesto, es la de que la producción económica y la diferenciación social de los hombres que en cada época histórica resulta de ella, necesariamente forman la base de la historia política e intelectual de cada época. Así ocurre que, después de la disolución de la antigua propiedad común del suelo, la Historia ha sido una historia de lucha de clases, entre clases explotadas y explotadoras, dirigidas y directoras, cualquiera que haya sido el grado de desenvolvimiento que por lo demás alcanzasen unas y otras». Parece claro que en estas frases se halla el contenido de toda la idea de relación que existe entre el fenómeno social y el encadenamiento causal, que constituye la realidad histórica, y para serlo así es necesario que se manifieste el influjo positivo de los factores exteriores, que son aquí la producción económica; y a virtud de esos fenómenos productivos, diversos en el tiempo, se forman clases sociales diferentes; no cabe duda que este es el

(1) Posada, obra citada.

(2) Posada, obra citada.

encadenamiento causal que constituye el *proceso* y que responde fundamentalmente al objeto y contenido de la Historia.

Posada, sin embargo, entiende que esta tercera fórmula del marxismo no recibió en la doctrina del maestro del socialismo científico todo el desenvolvimiento sistemático. Más bien que expresado el concepto, fué vislumbrado y estaba en el pensamiento de Marx (1), y más aún como una hipótesis sociológica de otros postulados económicos.

Para Seligman no cabe duda que Marx tenía en su pensamiento latente la concepción materialista histórica, y lo explica diciendo: para ver este lado del socialismo científico, como encuadrado en la doctrina de la escuela, hay que referirla a otras doctrinas económicas anteriores al manifiesto o coetáneas con él».

Hacia el año que Marx escribió su manifiesto con el lema de «Proletarios de todos los países, uníos», Marx, dice aquel autor, había hecho un estudio más completo de la historia económica «y hallábase tan convencido de la verdad de su nueva teoría», que comenzó a crear su doctrina frente al antiguo socialismo, arremetiendo furioso y violentamente contra la persona que entonces gozaba de notoria fama en cuestiones económicas y podía considerarse como el principal representante del socialismo. Pedro José Proudhon (2) escribió la *Filosofía de la miseria*; le contestó

(1) Bernstein, dice de Marx, que era más iluminado que apóstol. Citado por Sánchez Román en su discurso.

(2) Pedro José Proudhon (nació en Besançon en 1809, muerto en Passy en 1865), que comentó, en uno de sus primeros escritos (*Q'est ce que la propriété*, 1840) la conocida frase la propriété c'est le vol, ya adoptada por Brisot de Warville (1780), ocupa un puesto eminente en la historia del socialismo. Dotado de ingenio agudo y paradójico, adornado, como autoritario, de varia, pero no profunda cultura, se complace en la investigación de contradicciones reales y aparentes que halla en la sucesión de los fenómenos económicos, y saca argumento para lanzar inculpaciones a los jefes de las diversas escuelas de economistas, de socialistas, y especialmente de comunistas, que él combate con polémicas violentas y groseras, sostenidas con las armas de la dialéctica hegeliana, estudiada por él superficialmente por consejo del socialista Carlos Grün (1817-1887), su traductor.

Marx con la *Miseria de la filosofía*, y en ella expone el concepto teórico de que las instituciones económicas son categorías históricas, y que la Historia, para responder a su propio objeto y contenido, enseña a los hombres, por el estudio de sus hechos, que todos se basan en lo económico, es decir, «que la Historia ha de

J. P. Proudhon, *Système des contradictions économiques, ou philosophie de la misère*. París 1846. Dos volúmenes.

Contrariamente a la ambiciosa aspiración «destruam et aedificabo», Proudhon se muestra tan experto en la crítica del comunismo y del socialismo fantástico (Saint-Simon, Fourier), místico (Leroux) y autoritario (Blanc), cuanto pobre y aun inferior a sus mismos adversarios en las proposiciones. Su banco de cambio (llamado más tarde banco del pueblo), a diferencia del de Owen (labour exchange bank) (1832-34), y del otro intentado en Marsella por Mazel (1830-1845), debía no sólo facilitar las permutas en natura, sino emitir también bonos de circulación, que los socios adherentes del banco tenían obligación de recibir como dinero, y que habilitaban a los portadores para disponer de productos y de servicios valuados en horas de trabajo. De este modo Proudhon creía llegar al crédito gratuito, defendido por él en su célebre polémica con Bastiat (*Intérêt et principal*, 1850), sin notar que sus bonos, del todo inútiles para proporcionar el crédito gratuito, habían sido emitidos descontando títulos de personas solventes, se convertían en papel moneda de la peor especie, se lanzaban gran número y sin las necesarias garantías. Se haña (como ya en los sansoninianos y en los escritores ingleses antes citados), si bien con otras palabras, también en las contradicciones de Proudhon la teoría del mayor valor producido por el obrero en beneficio del empresario, que será el punto de partida del llamado socialismo científico, fundado, según algunos, por Rodbertus (Wagner, Rodolfo Meyer, Adler, etc.), y según otros, por Marx (Engels), que se disputan sin razón la paternidad.

Mucho más ingenioso y original es en Proudhon las tentativas, también irrealizables, de conciliar la antinomia entre la libertad y la igualdad, mediante la anarquía, que según él no es el desorden, sino la verdadera libertad (igualdad de condiciones violada), por cualquiera especie de gobierno y violada inútilmente, porque la justicia, lo mismo que la verdad científica, no tiene necesidad de la sanción de la fuerza. Enemigo de la propiedad privada (*exploitation du faible par le fort*), la quería sustituir no ya con la propiedad común (*exploitation du fort par le faible*), sino con la posesión (no bien definida) de los instrumentos de la producción y con el garantizar al obrero el producto integral del trabajo, conservando la economía individual, la concurrencia y, por tanto, la herencia, aun cuando reducidas a más ligeras proporciones. La mejor crítica de la utopía de Proudhon, fundada en el más

interpretarse a la luz del desenvolvimiento económico» (1). Proudhon sostenía «que las categorías económicas no son otra cosa que las expresiones teóricas, las abstracciones de las relaciones sociales de la producción»; y Marx, en una admirable catilinaria le replica con las siguientes palabras: «Proudhon, tomando las cosas a la inversa, no ve las relaciones reales, sino las encarnaciones de esos principios, de estas categorías que dormitaban, según nos dice también el filósofo, en el seno de la razón impersonal de la humanidad» (2).

«Proudhon el economista ha comprendido perfectamente que los hombres hacen el paño, el lienzo y las telas de seda en relación determinada de producción. Pero lo que no ha comprendido es que estas relaciones sociales determinadas son productos de los hombres, ni más ni menos que el lienzo, la seda, etc. Las relaciones sociales se hallan íntimamente ligadas con las fuerzas productivas. Al adquirir nuevas fuerzas productivas, los hombres mudan su sistema de producción, y al mudar el nuevo sistema de producción, o sea la manera de ganarse la vida, mudan todas sus relaciones sociales. El molino de mano nos dará la sociedad con el señor feudal; el molino de vapor la sociedad con el capitalista industrial.

«Los mismos hombres que establecen las relaciones sociales, conforme a su productividad material, producen también los principios, las ideas y las categorías, conforme a sus relaciones sociales.

«De suerte que estas ideas, estas categorías, son tampoco eternas, como las relaciones que expresan, siendo *productos históricos y transitorios*».

En una palabra, que lo que Marx sostiene en este pasaje de su

desenfrenado individualismo), se halla en las interpretaciones bien diversas de la anarquía, dadas por los nihilistas rusos (Bakunin, Kropotkin) y por los socialistas revolucionarios como Reclus, Most y otros muchos, y también en el hecho que el mismo Proudhon la sustituyó más tarde con el federalismo. (Cossa. *Economía Social*).

(1) Seligman. obra citada, página 112.

(2) Marx se burla donosamente de Proudhon, diciendo de él que «había usurpado en Francia la reputación de buen filósofo alemán, y en Alemania la de excelente economista francés».

obra, es que todas las relaciones sociales están íntimamente unidas con las fuerzas productivas, o en otros términos, que a medida que cambian los medios de producción, mudan también los hombres sus relaciones sociales; en el ejemplo del molino de mano y en el molino de vapor, se patentiza de modo claro la relación que existe entre las fuerzas productivas en la mudanza de las relaciones sociales.

En otros pasajes de la obra aludida, se hacen análogas manifestaciones para deducir que no hay leyes eternas que rijan las relaciones sociales, y que todas estas relaciones en que las fuerzas productivas se manifiestan, «corresponden más bien a cambios determinados en el hombre y en las fuerzas productivas»; al hacer aplicaciones de la doctrina, refuta todos los axiomas económicos de la escuela clásica por su obstinación en sostener como instituciones económicas lo que sólo podría comprenderse como categorías históricas. «Todas las instituciones económicas—dice Seligman (1)—, el cambio, la moneda, el mecanismo en la división del trabajo, no son, para Marx, más que fuerzas productivas que ligan las relaciones sociales; en suma, que la vida social en todo tiempo, desde los más antiguos a los presentes, aun a pesar de los cambios, mudanzas y transformaciones por que pasaran todos los pueblos, «no son más que el resultado de una evolución económica».

En toda ocasión en que Marx puede sustentar esta doctrina como principio, lo manifiesta de manera tan concluyente que no deja lugar a duda. En unos artículos publicados allá por los años de 1849 sobre «Trabajo, salario y capital», vuelve a sentar el postulado de «que todas las relaciones de sociedad dependen de los cambios de la vida económica, y más particularmente de las formas de producción» (2).

«Así—dice—, con el cambio en las relaciones sociales, esto es, en las relaciones sociales de producción, mediante los cuales el individuo produce, y con la alteración y desarrollo de los medios

(1) Seligman, obra citada.

(2) Posada, obra citada.

materiales de producción, las facultades productoras se transforman también. Las relaciones de producción colectivamente, constituyen aquellas relaciones sociales que llamamos sociedad; una sociedad con grados definidos de desenvolvimiento histórico... La sociedad antigua, la sociedad feudal, la sociedad burguesa, son simples ejemplos de este resultado colectivo de las complejas relaciones de producción, cada una de las cuales señala una importante etapa en el desenvolvimiento histórico de la humanidad.»

En otros títulos, contenidos en diversidad de artículos publicados en Francia bajo el epígrafe de *La lucha de clases*, llega a las concepciones más atrevidas en relación con la Psicología, que él llama Psicología social; consecuente con los principios que constituyen la característica de su doctrina, llega a hacer la afirmación (1) que los ideales de la vida, lo mismo que los de cualquier individuo, por eminente que sea, dependen de causas sociales y económicas. Seligman deduce este principio de un pasaje de Marx, donde dice «que sobre las varias formas de propiedad, sobre las condiciones de la existencia social, elévase una completa superestructura de sensaciones, de ilusiones, de modo de pensar y aspectos de la vida varios y específicamente formados. Todas las clases son adaptadas y moldeadas según sus cimientos materiales y sus correspondientes relaciones sociales. El individuo en quien ellas convergen a través de la tradición y de la educación, es capaz de imaginar que constituyen la causa real determinada y el punto de partida de su acción».

En otros, sostiene «que los hombres hacen su propia historia», no la que ellos quieran crear o aquellas que ellos quieran elegir, sino las que les fueron legadas y que hasta ellos llegaron de pretéritos tiempos, «siéndoles transmitidas por pasadas generaciones.» «La tradición de las generaciones muertas—dice—pesa como una montaña sobre el cerebro de los vivos».

En toda su doctrina se manifiesta bien patentemente la importancia que da a las fuerzas productivas materiales que constituyen

(1) Seligman, obra citada.

la base de la estructura económica de la sociedad, base sobre la cual descansa el edificio jurídico y político y al cual corresponden formas definidas de la conciencia social. «El modo de producción de la vida material, determina de una manera general el proceso de la vida social, política y espiritual». Lo mismo sucede cuando habla de los antagonismos de las nuevas con las viejas fuerzas productivas, a quienes da o concede un carácter de temporalidad en la lucha, desapareciendo éstas para dar paso a las nuevas, y cambiando, por consiguiente, la superestructura total. «Considerando estos cambios—dice—, debemos distinguir entre la transformación material en las condiciones económicas de la producción que la ciencia natural nos enseña y las jurídicas, políticas, religiosas, estéticas o filosóficas; en suma, las formas ideológicas en las cuales los hombres llegan a tener conciencia de este conflicto y a explicársele».

En su gran obra *El Capital*, parece que Marx no se detiene tanto a fijar estos principios, aunque la idea de los mismos es manifiesta, y así, dice Seligman (1), «que si Marx no formula esta ley, constantemente la presupone». Cuando se publicó el tercer tomo de *El Capital*, es cuando el maestro vuelve a insistir sobre su teoría, haciendo resaltar su importancia. He aquí cómo Marx expresa su pensamiento: «En la relación inmediata del dueño de las condiciones de la producción con los productores inmediatos—relación cuyas formas corresponden siempre naturalmente a un estado dado en los métodos y condiciones del trabajo y, por tanto, a su productividad social—, es donde encontraremos el secreto íntimo, las bases recónditas de toda la estructura social y también de las formas políticas... Esto no impide que las mismas bases económicas, en todo lo que tienen de esencial, muestren en la vida una infinidad de variaciones y grados, debidos a distintos hechos empíricos, condiciones naturales, relaciones de raza y a un sinnúmero de influencias históricas externas, todo lo cual tan sólo puede comprenderse mediante un análisis de estas condiciones, según la misma experiencia las revela.»

(1) Seligman, obra citada.

Los intérpretes de la doctrina de Marx, a partir de esta fecha, dan una superior importancia al elemento histórico, sin desconocer el teórico, de tal manera, que toda la base del sistema descansa en este orden y le rige todo, apreciando que es su característica la teoría de la Historia que lleva el nombre de concepto materialista de la Historia (1); «sólo por él—dice Engels—debemos a Marx dos grandes descubrimientos: la concepción materialista de la Historia y la divulgación del secreto de la producción capitalista por medio del aumento del valor».

«Ahora bien—dice Cathrein—, conviene distinguir dos cosas en esta concepción de la Historia; primera, esa teoría general de la Historia, y segunda, su aplicación en favor del socialismo. De esta distinción deduce el autor que los socialistas que siguen las doctrinas de Marx, tienen que apoyarse, para ser consecuentes, en el concepto materialista de la Historia, es decir, presuponer la realidad histórica y edificar sobre esa base, pero habrá otros que interpretando la teoría de esta escuela a la luz de los principios teóricos en que se funda, y fundiendo en el crisol de una reacción verdaderamente química sus postulados para obtener su pureza, no se verán forzados a deducir las consecuencias que han deducido Marx y sus discípulos.

Seligman ha recogido las objeciones que se hacen contra la escuela, y basándonos en su autoridad científica, hemos de exponerlas con sucinta brevedad, con el propósito de hacer una síntesis de la teoría de la interpretación económica, para deducir de la misma las consecuencias que nos interesan formular en la tercera y última parte de este trabajo.

También el señor Sánchez Román y don Adolfo Posada se hacen cargo de estas observaciones en notables trabajos por los mismos publicados, y unos y otros nos sirven de fuente de conocimiento en el contenido de esta parte del discurso.

La primera observación, y quizá la más interesante en el orden filosófico, es que la doctrina contenida en la escuela materialista

(1) Seligman, obra citada.

histórica es una teoría fatalmente opuesta a la doctrina del libre albedrío, que olvida la importancia de los grandes hombres en la Historia. Para Seligman esta observación es infundada. En su posición de filósofo evolucionista, discípulo de Spencer, se hace cargo de la objeción para restarla importancia; consecuente con la doctrina de Spencer, afirma en todo momento que las leyes de la evolución de la conducta humana, son objeto de la moral; el hombre para esta escuela, según Mendizábal (1), no es más que un grado superior en la evolución ascendente de los seres, y Seligman, consecuente con su doctrina, niega a la concepción materialista de la Historia, la de que sea una doctrina fatalista opuesta a la del libre albedrío.

Nos llevaría demasiado lejos y tendríamos que dar una mayor extensión a este trabajo, combatir la teoría spenceriana y la de su coetáneo Huxley en la doctrina de «libertad y necesidad». Basta a nuestro propósito fijar que ésta ha sido refutada como materialista en razón a que Darwin y Hacquel se consideran sucesores de Spencer y de su teoría.

En esta teoría la libertad es una pura ilusión, ya que si se decide a obrar en uno u otro sentido, es porque hay ciertas causas que obran sobre el organismo; estas causas obedecen a influencias exteriores, y el hombre se halla también afectado por las inspiraciones que recibe. Averiguar estas causas, dice Seligman, es función de la ciencia, y lo que hasta ahora sabemos, es que cada hombre es lo que es, por la influencia del medio, pasado o presente. La voluntad, según la teoría, consiste en el conocimiento del motivo predominante. Al medio social le dan los pensadores de esta escuela una importancia extraordinaria, llegando a suponer que el hombre es debido a su pasado y su presente; por consiguiente, para poder predecir lo que es la acción humana, había que acudir a este medio social y precisar hasta lo que fuesen los antepasados del hombre que lo produce, en el pasado y en el presente; la determinación de esta acción estaría influida por las circunstancias,

(1) Mendizábal, obra citada.

tradiciones, maneras y costumbres de la sociedad en que vive. Si se negara el medio social, se negaría también la existencia de disciplinas morales, entre otras, el Derecho, la Economía y aun la Ética, porque la ley social no es otra cosa, dicen, «que el promedio de millones de decisiones de sujetos que se suponen libres, que componen una comunidad determinada y donde puede descubrirse una cierta tendencia general o uniformidad en la acción y cuyas variaciones son tan ligeras que no perjudican el valor esencial de la regla general» (1).

Tampoco se niega la existencia del grande hombre en la Historia; lo que sucede es que su aparición tiene que coincidir con el medio social; es decir, cuando este medio esté preparado para recibirle; porque si la sociedad no está dispuesta para su recibimiento, ese grande hombre histórico no aparecerá, calificando de visionario y loco a aquel que surgiera sin estar preparada la sociedad para ese momento. Consecuencia de esta doctrina es suponer que las gigantescas figuras de la Historia, que conmovieron mundos, que transforman creencias, cambiando religiones, que conquistaron imperios y que descubrieron nuevos horizontes, donde el pensamiento humano vagara, bañándose en los luminares de las ciencias y de las artes, su aparición no fué obra del azar, sino del medio social, que de antemano venía preparándose para acogerles y recibirles.

Y, por último, aseverar que el medio social o la interpretación económica, como formando parte interesante de aquél, es incompatible con el libre albedrío, es un error crasísimo; es decir, que afirmar que la interpretación económica de la Historia es fatalista o determinista, es un absurdo; los órdenes sociales, dicen, son órdenes humanos; en ellos se agitan y mueven los hombres, y el hombre es un sér inteligente y libre, capaz de dirigir su voluntad y decidirse a obrar y elegir socialmente. La ley social se basa en la observación, y los hombres, en relación de lo que es fruto de la experiencia, elegirán una regla de conducta en armonía de lo que se entienda como mejor para conseguir su bienestar; en este

(1) Seligman, obra citada.

sentido afirman que las condiciones sociales son creadas por los hombres, y dado cierto orden de las mismas, la comunidad decidirá la manera de obrar; los hombres podrán alterar o cambiar esas condiciones, y entonces cambiarán también las ideas de la comunidad. De modo que en este sentido no hay nada que sea opuesto al progreso, porque en esas condiciones sociales, en ese medio social, están en último término, en virtud de *su acción o de su reacción*, la regla o norma de conducta para obrar o no en el sentido que éstas impriman la responsabilidad de esa corriente general que afirma la inteligencia social.

Frente a esta doctrina está la del espiritualismo, que afirma que la evolución es una hipótesis no demostrada por sus partidarios y contradicha por la ciencia; que la libertad nos atestigua que el sentido íntimo es necesario e indispensable para la formación del juicio moral, y por último, y como argumento de mayor importancia, es el de que la materia es incapaz de pensar, los actos humanos no están influídos por el medio social, que es una causa exterior que no puede modificar la voluntad, porque ésta, lo mismo que la inteligencia y la libertad, intervienen en los actos humanos propiamente dichos, «y si alguno de estos requisitos falta, podrán llamarse actos del hombre, pero no actos humanos, porque no son hechos por el hombre con el pleno dominio de sus facultades» (1), y que siendo la libertad una propiedad exclusiva de la voluntad, en virtud de la cual los bienes limitados no pueden fijar la dirección de sus actos, y el medio social un factor limitado, éste no puede influir en la libertad. Un bien limitado no puede satisfacer una tendencia sin límites; esto aparte de que se podría dar el caso de que las condiciones sociales cambiaran de tal modo que en vez de aspirar al bien y regular el acto humano, se alejara de aquél o le negara, ya que en las costumbres o la tradición, pudiera darse semejante fenómeno. La Historia, maestra de la vida, manifiesta que muchas veces en la costumbre o en la tradición los factores o elementos externos han producido leyes verdaderamente absurdas. Unos legisladores han

(1) Mendizábal, pág. 69.

prohibido el matrimonio entre parientes; otros, lo han preceptuado hasta como obligatorio entre los hermanos; unos, han proclamado la unión de un solo hombre con una mujer; otros, han hablado de la monogamia absoluta o sólo la sucesiva; otros, establecen la poligamia, la poliandria o la comunidad de mujeres. En algunas legislaciones hay diversos principios en que descansa el parentesco en la paternidad y en la filiación. En unas sociedades pertenecen los hijos a la madre, al tío materno, etc., siendo por completo extraños al padre; en otras, para nada se tomó en cuenta a la madre; aquí, dominó el principio de la agnación; allí, el de la cognación; en unas partes, la fraternidad uterina; en otras, determinada única y exclusivamente por los vínculos privados. ¿Qué de cambios y transformaciones no ha sufrido el derecho hereditario, y cuáles y cuántas no han sido las transformaciones del derecho de propiedad? Común en unas partes, individual en otras; cuándo libre, cuándo vinculada. Y ¿a cuántas mayores y nuevas mudanzas no estará expuesto este nuevo derecho, según impere el factor económico individual o social? Por esta razón, si se tiene en cuenta la influencia de estos factores sociales que constituyen el fondo del medio social, que derivan de la ley del mismo nombre, se puede llegar al absurdo de creer en la bondad de determinadas instituciones condenadas por la Historia y en las que se ha demostrado de una manera patente que fueron hijas del error o de las preocupaciones de los hombres que vivieron en pasadas centurias; de donde se deduce que no puede concedérsele esa importancia tan extraordinaria que supone la escuela evolucionista.

Seligman entiende que esta escuela no es fatalista, y en una nota de su interesante obra, tantas veces aludida en este trabajo, se hace cargo (1) de la afirmación hecha por el profesor James, que atribuye el más pernicioso e inmoral de los fatalismos a las conversaciones de la escuela sociológica contemporánea en lo que toca a

(1) El profesor James expone con mucho acierto los peligros del medio social como influyente en la ley social, pues puede llegarse a la afirmación de los mayores absurdos, incluso a la sanción del mal social, si la comunidad vive en ese ambiente.

los promedios y causas generales atribuidos al medio social, y manifiesta con todos los respetos que esto revela «un extraordinario desconocimiento de la ley social», y De Greef argumenta que idealistas y materialistas pueden admitir la necesidad en todas las fases de la evolución, por lo que no puede confundirse el materialismo con el determinismo: el determinismo no tiene que ser ni materialista, ni idealista, ni fatalista, ni partidario del libre arbitrio; Marx y Engels son deterministas a pesar de su idealismo, puesto que ellos no son partidarios de más hecho social que el económico o más bien la producción y su técnica, prescindiendo por completo de otros valores sociales que según Worms son complejísimo y determinantes en los fines de la vida, y no hay para qué ocuparse del fundamento filosófico de la doctrina. Worms resume la teoría realista de Marx en estas dos tesis fundamentales: 1.^a De todos los factores propiamente sociales del desenvolvimiento de la humanidad, el factor económico es el más importante, porque es el que determina todos los demás (1); es la base cuya superestructura constituye éstos, el contenido del cual ellos son la forma. 2.^a En la organización económica lo que más importa es la composición del útil de la producción; ella explica en última instancia todo el movimiento de la vida social.

Estos postulados de Worms y de Seligman nos conducen a pensar si el socialismo científico es o no producto de la escuela materialista histórica. Para Seligman, no cabe duda, que una cosa es el socialismo científico, y otra la interpretación materialista de la Historia, «lo que hay—dice—es que se da el caso de que Marx fundó el socialismo científico, y si por esta curiosa frase entendemos en teoría la *plus-valía* y las conclusiones que de ella surgen, claro es que Carlos Marx creó también la interpretación económica de la Historia». Muchos de sus discípulos así lo han entendido también, afirmando que el idealismo histórico en sus diversas manifestaciones teológicas, racionalista y materialista, es la concepción de las clases burguesas, mientras el materialismo viene a ser la de las

(1) Sánchez Román.

clases trabajadoras. Esta teoría precisamente se convierte en argumento en contra, y para Seligman, no cabe duda, que existen notables diferencias entre el socialismo científico y la interpretación económica de la Historia, porque aun admitiendo todos los principios contenidos en la doctrina marxista, como, por ejemplo, la transformación del Estado, la desaparición de la propiedad privada del capital, la lucha de clases, etc., ninguna de estas concesiones lleva necesariamente al socialismo, porque la Historia se encargaría de llamar la atención de cómo el factor económico proclamado como rey por las escuelas individualistas, cómo la propiedad privada, el capital privado, etc., han ejercido una saludable influencia en el progreso humano, aun cuando muchos de estos principios estén a punto de sufrir transformaciones útiles y necesarias para llegar a acentuar en los mismos la necesidad de una intervención social: el mismo Bernstein (1) discrepa del punto de vista de Marx cuando afirma que enfrente de las teorías que tratan de la naturaleza humana (2) como una cosa determinada e inmutable, la crítica socialista ha demostrado los grandes cambios que en el curso de las edades ha experimentado aquella naturaleza humana; pero es preciso no olvidar que cuando se trata de masas tan enormes como las naciones modernas, no se puede esperar un rápido cambio de dicha naturaleza humana, sino a continuación de muy serias revoluciones económicas, pues los supuestos económicos no son más que una parte del *medio* social que influye en el carácter humano de una manera determinante. Es preciso tener en cuenta una multitud de factores, porque a las condiciones de producción hay que añadir las de agrupación territorial, repartición local de la población, relaciones internacionales, etc., y termina diciendo que el *materialismo histórico* no niega el movimiento propio de los factores políticos e ideológicos; combate únicamente la incondicionalidad de este movimiento individual y demuestra que la evolución de las bases

(1) Está considerado como neo-marxista, y por tanto excomulgado por la religión comunista.

(2) *Socialisme historique et social democratie*. Traducción francesa.

económicas en la vida social, ejerce finalmente sobre la evolución de estos factores una influencia preponderante». En suma, que hacer derivar el socialismo científico de la interpretación económica de la Historia, es interpretar torcidamente los hechos sociales unidos a la causa que les produce, porque ésta nos explica cómo se pasan centurias para que se cambien o modifiquen los hechos económicos, y cómo éstos van transformando lentamente la sociedad.

Cuando de una manera rápida se desenvuelven, la humanidad se expone a dar un salto en las tinieblas, trayendo aparejadas conmociones y trastornos difíciles de evitar y lastimar en lo más hondo cuanto de noble tiene la humana naturaleza, deteniendo o retardando la civilización y el progreso.

De hecho el socialismo es una teoría teleológica de lo que debe ser, mientras que la Historia es descripción de lo que ha sido; ambas, dice Seligman, son independientes, y yo digo más, confirmando la doctrina en que precisamente se la atribuye a la teoría sus puntos de contacto con el socialismo, el de que ojalá así fuera, porque si la ley científica que ambas escuelas dictasen era cierta, si su teoría fuera verdadera, si los principios fueran incontrastables, la voluntad del hombre tendría que someterse a sus dictados más imperiosos, aun cuando desagradase o no algunos de sus corolarios; otra cosa, dice Posada (1), «sería revelar una lamentable incapacidad para comprender las más elementales condiciones del progreso científico.» Pero no, no es el socialismo para este autor hijo legítimo de la materialista histórica; aquél no da importancia más que al factor económico, y de hecho los escritores que hoy día realizan las más afortunadas investigaciones de la interpretación económica, no pertenecen al socialismo, aun cuando esto no quiere decir que ambas teorías no guarden entre sí íntimas relaciones y que ambas puedan ser igualmente erróneas. Puede suceder que el socialismo científico sea erróneo en sus principios y sus corolarios falsos; pero esto no quiere decir que la interpretación económica de la Historia sea asimismo falsa. Del hecho que una doctrina sea

(1) Posada, obra citada.

inaceptable, no debe seguirse que las otras no sean admisibles (1). La interpretación económica está en campo abierto, la investigación científica no ha terminado, los hombres que inquieran la verdad, que la buscan, que la desean, pueden ir a beber en sus fuentes. ¿La encontrarán? Es cuestión, dice el autor citado, «que no puede decidirse hasta después del estudio de otras cuestiones más importantes».

Dentro del mismo socialismo hay pensadores profundos y escritores de nota que le niegan al socialismo su carácter científico, como lo prueba Seligman al hablar del más notable escritor de la escuela del socialismo «revisionista», doctor Michael-Tugan-Baranowsky, de quien dice que ha abandonado una tras otra todas las pretensiones del socialismo científico. Gran parte de su libro, dedicado a la interpretación económica de la Historia según Marx, tan ilustre escritor afirma «que sostener la versión materialista de la Historia como Marx la sostiene, implica la existencia de la lucha de clases como la única explicación del progreso, lo cual estima como un enorme error. Reconoce, sin embargo, por otra parte, el hecho de que esta segunda doctrina (la lucha de clases) no es en modo alguno una conclusión lógica de la primera (que los factores materiales económicos son los elementos determinantes de la Historia). En otras palabras viene a afirmar lo que ya sostiene Seligman en el libro de *Interpretación económica de la Historia*, esto es, que la versión socialista marxista dada a la Historia no es inevitable ni defendible. El mismo autor Tugan examina luego la teoría del trabajo, del valor, la doctrina de la *plus-valía*, la teoría del empobrecimiento y la doctrina del cataclismo de la sociedad, demostrando que cada una de éstas no podrá sostenerse por mucho tiempo ante las posiciones de los economistas y su constante crítica. El mismo autor pregunta en el libro a que antes se alude, ¿qué resta, pues, del socialismo científico?» (2).

Por las líneas que anteceden veis la interpretación que escritor de tanta autoridad como Seligman da a la escuela materialista

(1) Seligman, obra citada.

(2) Seligman, obra citada, página 190.

histórica, de quien se le antoja que ni el nombre es apropiado; pero los que entienden que son fieles seguidores de la doctrina de Marx dan otra interpretación distinta, que puede resumirse en estas palabras del señor Sánchez Román en su discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas; en él dice: «que la afirmación capital del marxismo consiste en asegurar que un factor único ha determinado la formación y transformación de las sociedades, y que ese factor es la necesidad de vivir físicamente». Que las familias, las tribus, las naciones han sido originadas por esta necesidad, pensamiento que, a mi juicio, concreta todo lo que se supone ideado en el viejo marxismo y que al pretender sus continuadores interpretarle como hijo legítimo de la escuela histórica, incurren en el error de hacer de esta teoría una teoría incompleta, un sofisma incapaz de explicar por sí solo la teoría de la evolución social; con razón afirma Fouillée «que eso de comer tan sólo para vivir, equivale a vivir tan sólo para comer», pues no es sólo la necesidad de conservar la vida lo que ha determinado la formación de las agrupaciones humanas y sus evoluciones.

He aquí por qué Kautsky afirma que la concepción marxista no debe ser todo material y que no puede prescindirse de las tendencias psicológicas (ideológicas), y en tal sentido se declara en este punto, sin dejar de ser marxista, ideólogo y abandona la teoría del materialismo grosero por la Historia y la Psicología.

Alfredo Fouillée completa esta doctrina diciendo que el verdadero principio que explica la teoría de la evolución, consiste en que todo lo que influye sobre los sentimientos e impulsos de los hombres, influye también sobre las acciones y el movimiento humano; que el *homo economicus* no es el hombre completo, que las ideas son también fuerzas; que el materialismo histórico, lo mismo que el idealismo histórico, no son más que aspectos parciales de la Historia, pero no toda la Historia entera, y que el mismo Marx ha refutado virtualmente el materialismo como factor *único y exclusivo* al decir «que la teoría se convierte en una fuerza material cuando penetra en las multitudes».

Otros escritores explican que el materialismo histórico conduce en sistema a la aplicación de leyes físicas que rigen el equilibrio y el movimiento de los cuerpos; es decir, las causas mismas que determinan ese movimiento, *fuerzas* en cuanto son capaces de modificar el *reposo o el movimiento* de los fenómenos económicos, y en su relación con los demás factores sociales.

En este sentido dice León Winiarski que el materialismo histórico a Marx se le debe, y no debe regateársele el mérito de haber descubierto una teoría de relaciones que guardan entre sí los fenómenos económicos y los sociales; pero que esta teoría no deja de ser un empirismo de *interpretación muy estrecha*, que no resiste al más elemental raciocinio. Es más bien una teoría física que pudiera llamarse de mecánica social y que pudiera conducir científicamente a aplicar la teoría de las fuerzas que constituyen el contenido y extensión de esta ciencia a la aplicación de todos los fenómenos que se producen en la vida social para obtener una explicación económica y al mismo tiempo racional de la Historia.

Este principio elemental de la mecánica que consiste en el menor esfuerzo, se aplica también en economía y en todo lo que afecta a la vida social. Este escritor, más adelante «afirma que la economía pura enseña que si un individuo o sociedad tiene varias necesidades con diferente intensidad, no empieza por satisfacer la más urgente en su totalidad para proveer en seguida a la menos urgente, sino que satisface todas al mismo tiempo, procurando el máximo de satisfacción con el esfuerzo mínimo; que, dada cualquiera invención técnica, se trata de sacar todas las posibilidades de ganancia en todos los dominios sociales en virtud del principio del menor esfuerzo, y así se producen mediante ella en la sociedad todos los cambios posibles, en medio de los apetitos no satisfechos de la masa social que tienden hacia el máximo de satisfacción posible; pero en sentido inverso ocurre con toda innovación en los otros dominios sociales, y esta ley de equilibrio y de justicia constituye la fuerza conservadora, la fuerza de inercia del sistema social, haciendo mediante ella que no se pueda pasar indefinidamente a la realización de nuevos descubrimientos y a la satisfacción

de nuevas necesidades antes de que sean satisfechas las anteriores necesidades de la masa social, lo cual ofrece la tendencia hacia la mayor dicha del mayor número, constituyendo desde luego una economía estática que comprende todos los dominios de la vida social en cuanto les hace equilibrarse en virtud del principio del menor esfuerzo».

«La economía dinámica se presenta de otra manera, aunque siempre respondiendo la mecánica social al principio del menor esfuerzo, principio que supone una perfectibilidad siempre mayor, un progreso infinito que necesita una inteligencia más sutil, porque el progreso es la inteligencia, es el moto central de todo el progreso social, ya que una invención técnica no es más que un producto de la inteligencia, y el principio del menor esfuerzo se realiza cada vez mejor por el progreso intelectual, una de cuyas vías mejores es la técnica; que la inteligencia se adapta mejor en lo técnico de las relaciones económicas que en lo abstracto de las verdades psicológicas, filosóficas—estética, moral, derecho y política—, y que si la técnica y la economía tienen preponderancia desde el punto de vista del progreso sobre los otros aspectos de la vida social, verdad sentida vagamente por el materialismo histórico, es preciso buscar en este progreso la fuente definitiva de todo progreso social»; y después de hacer extensas consideraciones para probar el principio del menor esfuerzo y aplicarlo a la Sociología y a la Biología, cierra su pensamiento este brillante escritor sosteniendo que «la mecánica social no es otra cosa que una explicación económica de la evolución de las sociedades, el economismo histórico, y así, el materialismo económico, de ser una teoría metafísica, unilateral y estrecha, se convierte en una teoría científica, racional y comprensiva de los fenómenos sociales, no sólo del lado de la técnica, sino del lado biológico, unido todo por el tantas veces repetido principio del menor esfuerzo» (1). Observación a la que contestan los que interpretan en sentido amplio la concepción materialista de la Historia, en que no todo fenómeno de la vida humana,

(1) Sánchez Román, discurso citado

lo mismo individual que social, ha de explicarse según sus bases económicas. Que esto implicaría atribuir a aquellas primeras manifestaciones del lenguaje o del arte primitivo una base económica, y que las relaciones de la ciencia pura, con las condiciones sociales, es seguramente muy remota. ¿Cómo ha de suponerse que en el hombre lo es todo el factor económico?; esto sería tanto como afirmar que el hombre no es lo que es, debido principalmente a su inteligencia; cuanta mayor es su cultura, mayor es su evolución en este orden de ideas, y el ejercicio de una inteligencia cultivada, altera y transforma las necesidades físicas y fisiológicas, porque éstas no tienen otro camino que cambiar, en gran parte, en «el crisol del razonamiento». Los hechos de la mentalidad deben reconocerse (1). No pueden explicarse los fenómenos económicos entendidos con un estrecho criterio por la ley de la energía, como afirma Labriola, porque esta es una falacia, «un engaño», que pretende explicar científicamente aquella frase de «el hombre económico», ya pasada de moda y completamente anticuada y fuera de tiempo. «Hay—sigue diciendo Seligman—indudablemente una vida económica y un móvil económico que lleva a todo ser humano a satisfacer todas sus necesidades con el menor gasto de esfuerzo», pero ya no es necesario demostrar que en el hombre libre hay otros factores que influyen en su vida además del económico, y a veces no todos pueden medirse por igual ni se dan con la misma fuerza. Si se analiza la vida del hombre, aun influyendo poderosamente sobre ella el móvil económico, no se escaparía a la observación de la más elemental psicología social, el de que ya no hay aquel solo móvil, porque no existe el hombre filósofo, ni el teólogo, ni el económico. El comerciante, el industrial, el obrero, tienen sus relaciones de familia, que le imprimen fines distintos al material, como el filósofo y el teólogo, tienen necesidades materiales que se manifiestan con imperio y necesariamente ha de satisfacer. Interpretar en esta forma, dicen, la concepción materialista de la Historia, es hacerlo con criterio tan estrecho como la de aquellos

(1) Seligman, obra citada.

economistas que pretendían expresar la economía por uno u otro método, inductivo o deductivo, que hoy se ha dejado a un lado, puesto que ambos lo explican por leyes naturales que, según este autor, su inexistencia hoy se ha demostrado.

En este sentido, dicen, hay que tener criterio más amplio para explicar por la teoría de la evolución las instituciones sociales que hoy más bien son categorías históricas que absolutas, y, por consiguiente, la Economía moderna ha facilitado este amplio criterio de interpretación a la concepción materialista de la Historia.

Para terminar esta parte de nuestro trabajo, diremos que según lo que suponen los que creen ser fieles intérpretes del pensamiento de Marx, que a cada hecho, a cada fenómeno, a cada institución histórica la ha precedido o se ha desenvuelto a través de un proceso económico que le ha impreso su carácter, diremos que con tal afirmación se incurría en un círculo vicioso, porque, como dice Sánchez Román (1), «si examinamos cómo estaba constituida la sociedad primitiva (la *gens*) y qué instituciones económicas la eran correlativas (propiedad comunal, comunidad de trabajo, etc.), esto era producto de su organización social, que podría ser más o menos imperfecta, pero que supone, desde luego, la existencia de ideas fundamentales que explican esa organización social, que le dan al condicionarla base de existencia; por consecuencia, esos hechos económicos que se señalan como característica económica en las épocas de la Historia, más bien que considerarlos como causa pueden serlo como efecto» (2).

(1) Sánchez Román, obra citada.

(2) Según De Greef, tres son los períodos o épocas en que puede dividirse la historia de la producción, para las aplicaciones del determinismo histórico, a saber: antiguo, feudal y burgués. Este último dividido en tres fases de sucesivos desarrollos y transformación: la primera, de unión entre el trabajo y el capital. por virtud de las primitivas y nacientes industrias; la segunda, o capitalista, que es en la que nos encontramos, de divorcio o antagonismo y lucha entre el capital y el trabajo, por consecuencia de las grandes industrias, introducción de máquinas, etc., y, en general, preponderancia del capital, que, como factor indispensable en gran escala para montar aquéllas, aspira a

El señor Sánchez Román, haciendo la crítica de esta doctrina, afirma asimismo «que el materialismo histórico prescinde de los elementos ideológicos, de lo que pudiera llamarse la parte espiritual del organismo social del alma de la Historia». Observación de la que se hace también cargo Seligman al afirmar que una de las que parece tener más fuerza para destruir la doctrina materialista, es el de que se haya prescindido en la interpretación económica «de las fuerzas éticas y espirituales de la Historia», si bien este escritor, al hacerse cargo de la objeción, trata de refutarla distinguiendo entre la existencia de la ley moral y su génesis, que, por no estar bien comprendidas, determinan el fracaso de la escuela, en el que no cabe duda dominan las fuerzas éticas y espirituales.

La última observación que se hace a esta escuela, es que es una doctrina monista, que identifica la materia y el espíritu y que al propio tiempo es evolucionista. El señor Azcárate hace su crítica en las siguientes palabras: «o la evolución tiene una base real sobre que asentarse y, entonces, resulta un nómeno solo y único; o lo que le sirve de fundamento es tan sólo un principio pensado y sin realidad; si lo uno, desaparece la variedad de los seres y de substancias y queda la única y sola afirmación de el positivismo ontológico, la materia; si lo otro, se viene a concluir en un idealismo subjetivo, y, consiguientemente, en el escepticismo a que lógicamente va a parar el positivismo crítico». En este sentido, afirma Seligman que toda teoría filosófica que trate de explicar en el aspecto monista la universalidad de toda la vida humana, es un fracaso en el aspecto filosófico, ya que esta universalización de fines, constituye el objeto y contenido de la Sociología, que si bien no está bien definida, trata, por último, de elaborar la ley «de su

absorber la mayor parte de los resultados de la producción, y la tercera, que es la que se vislumbra como ideal del porvenir y por inevitable desarrollo de las anteriores, que consistirá en la socialización de todos los instrumentos de la producción, capital y trabajo, fundidos en una comunidad productora que haga a todos, a los que actualmente se denominan capitalistas y trabajadores, propietarios de los resultados completos de la producción.

existencia en el sentido de querer ser una ciencia positiva y real»; pero si bien es cierto que en el orden filosófico no es defendible el objeto de la ciencia materialista histórica, no así en el económico, porque este factor ha tenido siempre una importancia decisiva en la Historia y la tiene todavía, ejerciendo una beneficiosa influencia en el pensamiento de los investigadores al explicar con amplitud de criterio la importancia de ese factor. «Si no hubiera otros motivos, bastaría éste para ocupar un puesto de honor en la historia del desarrollo moral y del progreso científico» (1).

La concepción materialista de la Historia, aun suponiendo ciertos sus principios, nos parece que exagera sus afirmaciones, porque solamente tiene en cuenta el lado social del hombre, sin tener en consideración el derecho del individuo a la libertad e independencia de sus movimientos. Despoja al hombre de su libertad, para que sea siervo de la colectividad, y al examinar como predominante de los fines humanos el económico, hace de él un simplicísimo instrumento, subordinado a esa gigantesca máquina de las relaciones de producción social. Las dos fases en que el hombre se mueve en la vida, la individual y la social, deben marchar de tal suerte que coincidan en el vértice, como los lados del ángulo, armonizando todos sus fines. Esta armonía es la base inmovible sobre la que se ha de asentar toda razonable reforma de la sociedad.

Schmoller, abundando en esta opinión, afirma que la teoría, tal como la exponen Marx y Engels, es falsa y unilateral. «Desconoce que todo estado técnico y económico no puede tener efecto sobre el desenvolvimiento histórico ulterior, sino mediante el hombre, sér que piensa, siente y obra; que todas las impresiones económicas nuevas, se combinan en el alma con todas las demás ideas, recuerdos y fuerzas psíquicas, y que así en todo momento obran causas morales y políticas, combinadas con causas técnicas». Marx hace del hombre un autómatas del estado técnico y económico, siendo el hombre quien crea este estado, según ideas y fines superiores.

(1) Seligman, obra citada.

«Toda forma de explotación, las relaciones de las clases, la forma de la propiedad, aunque dependiente de la técnica, no pueden explicarse más que por causas intelectuales y morales crecientes» (1).

(1) Posada. Prólogo de Seligman, página 65.

Como prueba evidente de que se han exagerado los fundamentos de la teoría, Engels, influido sin duda por los argumentos que en tal sentido le hacían los adversarios, escribió en 1890 una carta a un estudiante en la que le decía: «Marx y yo somos en parte responsables del hecho de que algunos jóvenes hayan atribuido a veces al lado económico más importancia del que se merece. Al defendernos de los ataques de nuestros contrarios, era preciso hacer resaltar el principio dominante negado por ellos; y no siempre teníamos tiempo, lugar ni oportunidad para fijarnos en los demás factores, los cuales estaban comprendidos en las acciones y reacciones mutuas que nosotros descuidábamos.» (*Seligman ob. cit.*)

II

Perdonad, señores, que haya molestado vuestra atención poniendo de manifiesto lo que dice la ciencia de la Sociología respecto al fin de la vida humana, para demostrar que aquél no se halla comprendido en el económico tan sólo, en razón a que esta ciencia atiende a los elementos subjetivo y objetivo, para dar la unidad necesaria a los fenómenos sociales, buscando especialmente, como dicen los sociólogos, en el hecho subjetivo lo que ellos llaman «la conciencia de la especie», que distingue perfectamente la conducta social como tal, de la puramente económica, política, etc., que comprende como principio determinante motivos de organización en la evolución de la elección social, de la volición social o de política social, manifestaciones sociales que integran la interpretación subjetiva de la sociedad.

Y aun cuando sea fácil suponer que el primer proceso de la evolución comprende fenómenos del orden físico por estar primeramente formados los agregados sociales por condiciones exteriores (objetivas), es lo cierto que inmediatamente viene la reacción en la asociación y comienza el proceso volitivo (subjetivo); esto da lugar a la ampliación y perfeccionamiento por parte de los individuos, de sus relaciones sociales, que al ser elegidas individual y socialmente, llega a combinar un factor importante de causación social (1).

(1) Franklin, *Principios de Sociología*.

Cierto que el elemento o motivo económico es fenómeno físico (objetivo) porque se deriva del deseo de riqueza para satisfacer necesidades físicas, pero le refuerza poderosamente la conciencia de la especie, y entonces aparece en otras formas, pero nunca como único o predominante, como le afirma el socialismo científico.

Habéis visto también cómo la escuela materialista histórica recaba su independencia de la teoría científica del socialismo, y cómo atribuye a la ley del medio social todo el proceso físico y volitivo de los fenómenos sociales; en tales términos, que teogonía y filosofía, política y legislación, son producto del medio social, y es más, hasta la aparición del genio, que investiga en la ciencia la verdad, y el caudillo que conquista imperios y corona su frente el laurel de la victoria, es asimismo también producto del medio social. El fin humano, según esta escuela, no es solamente el económico, ni siquiera el predominante, ya que no todo puede atribuirse a los cambios económicos, porque el factor que en último término es decisivo en la Historia, según Engels, es el de la producción y reproducción de la vida real (1).

Ahora bien, para el socialismo, toda la vida humana se halla contenida en la aspiración final, de todo lo que se halle comprendido en la vida terrestre. Para él no existen otros goces que los terrenales; no hay un más allá. La vida del espíritu es negada por el sistema científico socialista. Socialismo y comunismo son dos términos exactamente iguales, y el socialismo científico que ha dado impulso al movimiento socialista revolucionario actual, parte del comunismo científico surgido de la crítica de Marx, que le diferencia del antiguo utópico y sentimental de Owen y Blanc. Se funda en los siguientes supuestos (2). Leemos en Deville:

«La lucha de clases que, al decir de Marx, está confirmada por la Historia. Lucha de clases, antagonismo de clases siempre ha existido en el pasado; la Historia así lo demuestra, cuando nos enseña que ese antagonismo es tan antiguo como la humanidad, pero la división

(1) Seligman, obra citada.

(2) Deville. Prólogo a *El Capital*.



de la sociedad en clases como hoy la conocemos, es producto de relaciones económicas que fundadas en falsos sistemas económicos mantenidos por la fuerza, unos son los que trabajan y producen y otros se aprovechan sin trabajar del esfuerzo de los demás. La gran industria, las máquinas, el exceso de población industrial, la aglomeración de obreros en las fábricas, ha dado por resultado el acrecentamiento de riquezas en pocos hombres que no son ni los más inteligentes ni los más aptos; ha producido una desigualdad en la vida material, viviendo éstos a expensas del trabajo de aquéllos, convirtiendo a los hombres en dos clases sociales, ante quienes se han levantado barreras infranqueables y convirtiendo en explotados los que trabajan, los que producen, y explotadores a una exigua minoría que nada hace por producir riqueza, acumulando en su provecho el trabajo de los demás. Este modo de producir influye y es causa de relaciones sociales que afectan a las costumbres y a las instituciones políticas, jurídicas y económicas».

La teoría de la plus-valía, en la que Marx expresa que el salario es cosa muy parecida a la servidumbre, y que la condición del trabajador es poco menos en identidad que la del esclavo, que se ve obligado a prestar su mayor energía de trabajo, comprometiendo un mayor esfuerzo que el necesario si ha de satisfacer la imperiosa necesidad física de alimentarse y mantenerse, por cuyo exceso no recibe retribución alguna y constituye, por tanto, una supervalía creciente que aprovecha al patrono, acumulándose, por consecuencia, riquezas no producidas por él, convirtiéndole en monopolizador «del trabajo no pagado». En una palabra, el producto integral de su trabajo (1). La división del trabajo «que engendra las especialidades, las especies y con ellas el idiotismo del oficio» (2).

La misión del proletariado es adueñarse, aunque sea revolucionariamente, del poder político, para poder él disponer de la fuerza

(1) *El Capital*, páginas 30 y 31.

(2) *Miseria de la filosofía*.

que hoy tienen sus adversarios de clase y acabar la obra comenzada de destrucción de esas clases opuestas o antagónicas, y una vez conseguido esto, llegar a la socialización de todos los medios de producción, suprimiendo la apropiación privada capitalista, acabar con la explotación del trabajo generalizando el mismo para llegar a instaurar el colectivismo con una forma de gobierno comunista.

Esta es en síntesis la concepción marxista y la misión histórica que le está confiada al proletariado para alcanzar su redención económica y social, redención que ha de hacerse por él mismo.

No entra en mi propósito hablar aquí de los antecedentes de la teoría. En la copiosa literatura socialista encontraréis los precursores del socialismo científico (Owen, Fourier, Blanc, etc.) que, por no apoyarse en un criterio científico, fracasaron en sus intentos.

Economistas y comunistas, dice el doctor Valverde (1), «aspiran a la realización de estos mismos ideales», pero por caminos tan distintos, que bien puede afirmarse se contraponen alguna vez.

Y hoy más que nunca en que el socialismo revolucionario, hijo legítimo del sindicalismo del mismo nombre, aparece pujante y consolidado en el extremo Oriente de Europa y trata de invadir el resto de las naciones, manifestándose en una actitud marcadamente hostil para la burguesía y el régimen capitalista que ha caído de una manera estrepitosa y sangrienta. La lucha de clases, tal como la proclama la Tercera Internacional, es de guerra a muerte, de lucha sin cuartel, sin que pueda haber términos hábiles para una conciliación de clases, creyendo que así no sólo aseguran el triunfo del proletariado, sino que interpretan fidelísimamente la doctrina marxista; que éste y no otro fué el pensamiento de Marx, dejándole grabado en sus obras con caracteres indelebles y será el punto de partida, para caminar hacia un orden social más perfecto, completo y acabado, que terminará con todas las desigualdades sociales.

(1) Valverde, discurso de apertura, 1912 a 1913.

Pero no quiero adelantar las ideas que he de tratar en esta parte de mi trabajo: La doctrina marxista se interpreta de distinto modo. De un lado los oportunistas o posibilistas. ¿Cómo éstos la exponen? En el notable discurso pronunciado en una solemnidad como esta, mi querido y docto compañero el señor Gay, trataba el revisionismo socialista en estos términos:

«El revisionismo socialista desecha el materialismo histórico. La sociedad no rueda empujada por una causalidad natural, como el mundo animal».

»Una voluntad y una idea hacen posible que se cumplan los ideales que se propone sin sujeción al ritmo fatalista que determina la marcha de otros seres. Marx señalaba, teniendo presente la mecánica naturalista de la *concepción* darwiniana, la evolución humana como consciente; la voluntad sin juego libre de ella».

Esta teoría la desenvuelven los neo-kantianos, afirmando que el socialismo está contenido en la doctrina de Kant, por cuya razón los revisionistas estiman que el socialismo no tiene necesidad de grandes reformas; opónense a esta tesis los socialistas revolucionarios que tienen una raigambre filosófica materialista metodizada en la doctrina hegeliana, difícil de reformar.

Apoya aquel docto catedrático esta opinión con la no menos autorizada de Bernstein, invocando una rectificación de Marx que corrige su doctrina. «La sociedad actual no es un rígido cristal, sino un organismo capaz de transformarse» (1), y más adelante afirma que la reversión al Estado, a los trabajadores de las industrias modernas tal como la ideó Marx, es imposible. Parece que esta frase profetiza lo que había de suceder si medida tan funesta *se llevara a cabo*: pocos años han transcurrido hasta la fecha en que se ha puesto en práctica este sistema; los precursores del actual régimen soviético congregados en el año 1905 dejaron en las imperitas manos de los trabajadores las industrias más importantes

(1) Doctor Gay. Discurso de apertura de 1910 a 1911. Mi querido compañero en este discurso, atribuye a Kant la paternidad del socialismo científico.

de Lodz, Moscou, Petrogrado, etc., y lo mismo entonces que ahora hubieron de abandonarlas para revertirlas a sus antiguos poseedores, mostrándose el proletariado incapaz de gobernar ese gran mundo industrial (1). Han cambiado mucho los tiempos desde que Marx expusiera su doctrina, y el mundo capitalista como el mundo proletario han acentuado grandemente el progreso económico, cuyo complicado elemento no es hoy de tan fácil manejo. «Nuevos métodos—dice Bernstein—para que la sociedad fiscalice todo esto». «La vida económica tiene ciertas leyes, sobre las cuales no puede pasar la pura voluntad de los hombres» (2).

El revisionismo socialista—sigue diciendo este escritor—, no quiere utopías, nada de luchas cruentas que conducen a un sacrificio estéril.

El mundo de la producción, aunque oscuro en su origen, está regularizado; lo necesario, lo imprescindible al socialismo, es adueñarse de la administración pública, del parlamento, de la provincia y del municipio, practicar una labor afirmativa de redención proletaria encauzando con una sabia, justa y prudente legislación el problema obrero, para hacerle llegar, para hacerle subir a la cima de un bienestar próspero, de una máxima felicidad. La negación de todo este revisionismo moderado pero enérgico, es puro sectarismo revolucionario, incapaz de sentir el mejoramiento de la clase proletaria.

El sectarismo—sigue diciendo Bernstein—no conduce a nada práctico, el movimiento revolucionario sectario fué hace mucho tiempo proscrito en Alemania.

«En Alemania no consiguió ningún glorioso recuerdo, como en Francia, donde siempre fué alimentado... alimentado, pero al mismo tiempo y necesariamente inútil, fasto, lucha en vano».

En el mismo sentido revisionista de la doctrina marxista se manifiesta este autor para expresar el concepto de la igualdad, rectificando el postulado marxista, cambiando el concepto de la

(1) Tasin. *Revolución rusa*, página 222.

(2) Doctor Gay. Discurso citado.

plena igualdad de derechos, por el de principio regulador de las fuentes jurídicas y de reconocimiento de derechos.

En cuanto a la jornada de trabajo, reproducen los revisionistas la doctrina liberal de la jornada legalmente máxima, que se traduce en un mínimo de libertad, una prohibición de vender diariamente por más tiempo que el de un número determinado de horas, que aun cuando aparezca como medida coercitiva, tiende al seguro y formación de la libre personalidad, que es el fin que persiguen las medidas socialistas.

En tal sentido el asalariado no es siervo; aceptada así la teoría, está muy lejos de entregarse a la perpetua servidumbre personal.

Expresan los conceptos de libertad, no como la sueña el anarquismo, «libre de todo deber ante la comunidad, sino libre de toda coacción económica en su movimiento y elección de profesión».

Todas las reformas sociales, que según el revisionista Malón están contenidas en su obra el *Socialismo integral*, pueden resumirse en las siguientes (1): 1.^a, abolir gradualmente las deudas de la nación y de los municipios; 2.^a, transformar el interés perpetuo en prima de amortización; 3.^a, retener una parte de las grandes sucesiones a fin de organizar un dominio nacional; 4.^a, suprimir el régimen del salariado y llegar por grados a la nacionalización de la riqueza pública.

Jaurés (2) afirma que estas reformas y todas las reivindicaciones del proletariado solamente podrán realizarse «con la influencia creciente del partido socialista obrero sobre el conjunto de la nación; esa influencia se podrá conseguir con la adhesión más o menos espontánea de la mayoría de la nación, a la reforma sucesivamente propuesta por la minoría socialista. Pero si se comienza declarando *que fuera del socialismo* toda la nación no es más que un bloque refractario y hostil, rechazar de la misma suerte y condenar en el mismo concepto las categorías burguesas que siempre resisten las reformas y a aquellas otras que son susceptibles de

(1) Antoine. — *Economía*, página 302.

(2) Gay. — Notas al discurso citado.

adoptarlas paulatinamente, es matar en germen toda reforma, proclamar que antes que sea sonada la hora de la revolución total, las semillas útiles no serán acogidas en el seno de la tierra, sino devoradas por las aves de rapiña; es acabar con la esperanza del proletariado; es echar sobre él, hasta que venga la *problemática* y súbita emancipación, la carga de nuestros días presentes. Es proclamar hasta la imposibilidad de las reformas que se anuncian y se piden».

Este es en síntesis el catecismo revisionista que ha sido objeto de los más duros ataques y de las más acres censuras por todos los socialistas revolucionarios, que volviendo la vista hacia la vieja concepción de la doctrina marxista, suponiendo que son sus fieles intérpretes, predicán la lucha de clases como lucha a muerte, en la que haya millares y millares de víctimas de la clase antagónica, la burguesa, para edificar sobre las ruinas de un pasado, retardatario y vergonzoso, un presente de bienestar y de riquezas. Así, dice G. Deville (1): «Nosotros somos revolucionarios porque sabemos por la experiencia de toda la Historia, que las clases dominantes sólo se suicidan (sí acaso se suicidan) cuando echan de ver que se les va a matar»... y más adelante afirma «somos partidarios de la fuerza para alcanzar la libertad, y así como hay casos patológicos en que hay que recurrir a la camisa de fuerza para conseguir la curación, así nosotros recurrimos a la fuerza mientras dure el período de tratamiento que exige el cambio o modificación del nuevo orden social; lo contrario sería poner en peligro nuestra reorganización. Somos autoritarios, cierto, pero procedemos así contra la clase enemiga y queremos suprimir las libertades capitalistas, que impiden la expansión de las libertades obreras. Recurriremos también contra la fuerza, hoy al servicio de la sociedad capitalista y contra la legalidad existente, porque si una representa, en toda su organización, *la brutalidad de la fuerza* (el ejército), la legalidad es la misma fuerza sistemática, coordinada en sentencias (justicia)».

(1) Deville, prólogo a *El Capital*.

Este es el programa del partido socialista revolucionario, llamado por algunos sindicalismo revolucionario (1).

¿Pero cuáles son los medios con que cuenta el socialismo revolucionario para instaurar ese nuevo orden social? Nuestro fraternal amigo el docto y sabio Rector que dirige la instrucción en este distrito universitario, en su discurso de apertura de los estudios del curso académico de 1912 a 1913, trató luminosamente cuestión tan interesante.

No podría yo reproducir la teoría, expuesta de manera tan ordenada y clara como él supo hecerlo, aparte de que a mí sólo interesa, por lo que a este trabajo se refiere, hacer una síntesis de lo que sea el socialismo revolucionario.

El socialismo revolucionario, mediante la acción directa, trata de apoderarse del Gobierno de la nación, o mejor aún, constituir el Estado, el menos Estado posible, con una forma de Gobierno, que tiene ya su nombre propio, «Estados federales socialistas», bajo la forma de Gobierno republicana y que se funda, como dice el título II de la Constitución rusa, sobre el principio de la libre unión de naciones libres, que constituye una Federación de repúblicas nacionales de Soviets.

Este socialismo revolucionario se funda, según escritores autorizados, en la escuela materialista histórica, dando a esa concepción una interpretación tan estrecha, tan restringida, que, partiendo del supuesto de la doctrina marxista, solamente por la revolución, acudiendo como antecedente obligado a la huelga general, a quien la consideran como un *mito* (2), pueden instaurar el nuevo orden social, que consiste en la supresión del régimen capitalista mediante la violencia.

El origen del socialismo revolucionario está en el hecho más importante del movimiento socialista obrero. A partir de la fundación de la Asociación Internacional de los Trabajadores, verificada

(1) Dr. Valverde, discurso de apertura, 1912-1913. Para Valverde el origen del socialismo revolucionario, está en el pragmatismo.

(2) Sorel, *Reflexiones*.

en Londres en el mitin que se celebró en Saint-Martin's hall el 28 de septiembre de 1864, y al que concurren obreros de diferentes naciones, que, subvencionados por sus Gobiernos respectivos, se encontraban en Londres para estudiar la gran Exposición Universal que se celebraba a la sazón, está el principio de este movimiento.

El manifiesto inaugural de la Asociación, publicado pocos meses después y en el que habían colaborado Marx y Engels, comienza por sentar el hecho siguiente, como justificante de la Liga Internacional de Trabajadores:

«Es un hecho (1) notabilísimo que la miseria de las masas trabajadoras no haya disminuído desde 1848 (fecha en que se publicó el manifiesto del partido comunista) a 1864, y, sin embargo, este período presenta un desarrollo incomparable de la industria y del comercio».

A continuación afirma «que la conquista del Poder es el primer deber de la clase obrera», que así parecen haberlo comprendido obreros de distintas naciones, entre otras Inglaterra, Italia, Alemania y Francia, en donde se ha reorganizado políticamente el partido de los trabajadores, terminando con la misma frase del manifiesto: «¡Proletarios de todos los países, uníos!», y para que no quedara duda sobre el carácter de la política de esta Asociación, los redactores exponen en el primer considerando «que la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos». Este, según Monatte (2), es el postulado principal del socialismo revolucionario.

Este socialismo es temible, dice el doctor Valverde, «por ser francamente revolucionario; su táctica es la acción directa sumamente perturbadora; el sindicato es el medio de agresión; la bolsa de trabajo un instrumento de agitación revolucionaria y, en fin, dentro de su seno lleva la guerra social y la ruina de las instituciones fundamentales de la sociedad en que vivimos».

(1) J. Mesa, en su prólogo a la *Miseria de la Filosofía*.

(2) Doctor Valverde, discurso citado.

El antagonismo que existe entre el socialismo revolucionario y la forma de gobierno de todos los países, estriba precisamente en que, según ellos, esas tan decantadas democracias no han resuelto sus problemas, y, faltas de fe en los hombres que le guiaron en otro tiempo y que han escalado el Poder, les han vuelto la espalda, alejándose en absoluto de sus teorías y procedimientos. Así, Gustavo Sorel (1), que milita en las avanzadas del socialismo revolucionario, arremete furiosamente contra los políticos franceses que han ocupado los más elevados puestos públicos: dice de ellos, y muy especialmente de Waldeck Rousseau, que había hecho aprobar la ley de 1884, referente a los sindicatos, concebida para amedrentar a las clases conservadoras. Aconseja en esta ley a los prefectos que no sólo se limiten a hacerla cumplir, sino que estimulen y favorezcan el espíritu de asociación obrera, y más adelante asegura «que aun cuando la ley no atribuye a la Administración ningún ejercicio obligatorio en la busca de soluciones para los grandes problemas económicos y sociales, él juzga *deber suyo intervenir*, poniendo sus servicios a disposición de todos los interesados... Que debe procederse con mucha prudencia para no despertar recelos y mostrarles a las asociaciones obreras que el Gobierno se interesa en su desarrollo y que han de dirigirles para que entren en el terreno de los hechos. Los prefectos habían de consagrarse a esta función de consejero y *colaborador de voto* (2) mediante el estudio ahincado de la legislación y los similares existentes en el extranjero». Igualmente afirma en su *Morale*, censurando al colectivismo, de quien dice no es más que una palabra vana, y espera de los sindicatos logren «organizar el trabajo en grande». Y lo mismo dice de Millerand, quien consiguió, mediante *oficios de corredería*, imponerse como caudillo de grupos irreconciliables de socialistas.

En otros pasajes de su obra censura a Vaillant, apoyándose en un reproche que Marx dirigió a sus adversarios de la Alianza, que

(1) Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*, página 214.

(2) Sorel llama al voto arma de papel.

radicaba precisamente en esa separación de directores y dirigidos que restaura al Estado, y hasta publica un fascículo taquigráfico en el cual este hombre afirmó era necesario tener al proletariado a la espalda para vencer, y que no se le tendría si no se le hace ver que el partido no representa ya sus intereses, especialmente en la lucha de clases.

Y, por fin, en otro capítulo de la obra arremete contra Clemenceau y Jaurés, diciendo de este último que forma parte del grupo financiero de *L'Humanité*, colocado entre los intelectuales del partido, y que estos intelectuales «no son, como se dice a menudo, los hombres que piensan, sino las gentes que tienen por profesión pensar y recibir salario aristocrático a causa de la nobleza de su profesión. En suma, que hay que alejarse de lo que él llama *socialismo culto*, porque este socialismo ha dividido a los socialistas en dos clases: una, los que constituyen *núcleo selecto*, organizado como partido político, que vive del ejercicio de su inteligencia, y otra, que está formada por la masa de los productores, que es la que trabaja para mantener y asegurar la vida del núcleo selecto, que por cierto no es muy semejante a la vida de los ascetas». En una palabra, que los sindicalistas desconfían hasta de los jefes del socialismo, cuando estiman que en vez de la lucha de clases, con la que sueña el proletariado a usanza de la vieja teoría marxista, sus caudillos optan por colaborar con ellos para participar de los goces que proporciona el poder ministerial.

Bien clara se ve la razón de por qué el socialismo revolucionario se aleja de la política parlamentaria, porque entiende que al colaborar con las demás clases sociales en este sentido, se acercan más al reformismo, que atenúa, en su concepto, la doctrina de Marx.

De aquí la división o escisión del socialismo contemporáneo, que de día en día se acentúa, llegando a convertirse los camaradas de la víspera en enemigos irreconciliables.

De esto deducen que el socialismo revolucionario como clase es bien distinto del partido socialista, y su base de operaciones son completamente diferentes, porque aquélla se mueve en un medio revolucionario, agrupados en los sindicatos único o federativo, con

sus bolsas de trabajo, que son los órganos propios del proletariado, a la inversa de lo que sucede con el partido socialista, que convive con las demás clases sociales. Y como los partidos políticos, aun en su forma de gobierno más democrática, no han proporcionado la solución anhelada de emancipación del obrero, hay que acabar con tal estado de cosas, fundando ellos otro Estado a base de la *Commune* burguesa; es decir, liberarse económicamente, para lo que es menester dar paso a un nuevo derecho, bajo el lema de «trabajo libre en la sociedad libre».

»La acción sindicalista—dice el doctor Valverde—trata de organizar a su modo la libertad (1) y acabar con la autoridad en el taller, en el Estado y en la sociedad, nacionalizando la industria; ellos serán los que organicen el trabajo y la disciplina capitalista; el empresario obedecerá y estará atento al cumplimiento de las órdenes que en tal sentido emanen de las delegaciones obreras; en la sociedad la formación de federaciones libres que aseguren la libertad del sindicado y de la federación en la gran confederación social (2), y en el Estado su transformación ha de ser total, tal como hoy se manifiesta en la vida; nada de autoridad, nada de poder; todos estos atributos del poder serán destruídos; todo lo que constituye la soberanía será derribado; todo lo que en él se manifiesta como garantía y seguridad del poder, será deshecho y sustituído; los atributos del poder en el Estado improductivo, justicia y ejército, serán sustituídos para que haya el menor Estado posible, y todo mediante el empleo de la fuerza, que para ellos es una necesidad histórica.

»La acción directa del socialismo revolucionario—sigue diciendo el doctor Valverde—puede decirse que la constituyen o forman distintos factores, necesarios para completar la obra que se propone el socialismo revolucionario. El primero es el sindicato único, reunión o agrupación de obreros, de productores, en el sentido técnico en que ellos usan la palabra, en donde se les educa para el

(1) Doctor Valverde, discurso citado.

(2) En esta forma se ha organizado el Soviet ruso.

combate. Segundo, el estado de ánimo o efervescencia del ánimo de los sindicatos para producir constantemente alteraciones en el orden público (terrorismo) que haga latente un estado revolucionario y donde se produce una verdadera selección de sindicatos; de una parte «los más decididos, los más valientes, los más audaces y los más conscientes», que forman la cabeza; de otra la masa; aquéllos para dirigir e inculcar todo lo que es preciso para combatir y vencer; la masa para ejecutar; aquéllos exponiendo constantemente e interpretando como sumos sacerdotes la doctrina de Marx; ésta para recibirla y obrar en consecuencia; aquéllos, en fin, para dirigir todo movimiento obrero; la masa para obedecer ciegamente sus instrucciones. El tercero y último factor de la acción directa es «la huelga general» que representa el último episodio de la batalla y el que ha de conducir al socialismo revolucionario a la victoria final». El socialismo revolucionario cuenta con los siguientes medios para conseguirlo: el terrorismo, la huelga parcial, el boicotage, el label y la caza del zorro, que por ser conceptos conocidos no reproducimos (1).

La huelga general la compara Sorel a una gran batalla, batalla que ha de aniquilar por completo al adversario (2), y así como para llegar a conseguir un triunfo guerrero los actuales escritores militares discurren nuevos métodos de guerra, estudian la perfección del armamento y aconsejan cómo ha de instruirse al soldado para llegar a este final perseguido de alcanzar la victoria, así el sindicalismo revolucionario, discurrendo como los escritores militares, condensa toda su acción socialista en la huelga general y todos aquellos métodos que la preparan y la perfeccionan los diputan como excelente preparación o ensayo para conseguir este resultado; las huelgas parciales son, a juicio de este escritor, el procedimiento más adecuado para preparar el cataclismo final. La huelga parcial rectificada prepara la general, que se convertirá en el triunfo del proletariado.

(1) Doctor Valverde, discurso citado, página 34.

(2) Sorel. *Reflexiones sobre la violencia*, página 121.

En este mismo capítulo expone Sorel que la concepción de la huelga general es la que separa y diferencia la vieja de la nueva escuela marxista, es decir, el socialismo como partido político y el sindicalismo revolucionario.

Si no fuera porque temo abusar de vuestra atención y además porque al objeto de este trabajo no es pertinente otra cosa que la de hacer la indicación, reproduciría aquí los párrafos de Sorel en que censura y abomina de los socialistas utópicos y políticos que ofician en antiguas *capillas oficiales* y sienten horror a la huelga general.

La huelga general para el socialismo revolucionario, se la considera nada menos que como *un mito*: Ellos, que se manifiestan siempre ateos, fustigando aun a aquellos que creen estar más cerca del socialismo por comer carne el día de viernes santo, o contraer matrimonio ante el funcionario civil, no tienen inconveniente en consagrar un altar a la huelga general quemando ante él oloroso incienso.

«Debe—dice Sorel—juzgarse los *mitos* como medios de obrar sobre lo presente», y por consecuencia no interesa cómo el mito se aplicó en lo pretérito. «*Lo que interesa es el conjunto del mito*»; sus partes tienen utilidad, por el resalto que dan a la idea contenida en la construcción». «En este sentido no sabemos—dicen los sindicalistas—el porvenir que está reservado a la lucha social, y si hemos de ser o no favorecidos por la victoria, pero entretanto acojámonos al mito de la huelga general, porque ésta será el ara del sacrificio, mientras la revolución se prepara; en esta para nosotros nueva religión (1), el mito proporcionará el triunfo de todas las aspiraciones del socialismo y nos servirá de elemento de fuerza que dé precisión y rigidez al conjunto de los pensamientos revolucionarios; seguramente que no podríamos encontrar ese conjunto de pensamiento pensando de otra manera».

Esta concepción con que Sorel traza la *deidad atribuida a la*

(1) Lenin en un reciente discurso en Moscou, ha dicho que la religión es un opio. (De *El Liberal*, artículo de Unamuno).

huelga general, que ha de imponerse a la conciencia socialista con la fe del creyente, hace pensar—como afirma el doctor Valverde—en lo absurdo de la tesis. «Tal comparación— dice mi caro compañero—no puede ser admitida por ninguno que profese la religión cristiana, y ni siquiera por los que sin ser cristianos juzguen serenamente los hechos de la Historia (1).

»Querer— sigue diciendo tan docto catedrático—comparar la divina doctrina de Cristo con el hecho humano de la huelga general, es desconocer la base de sustentación de una y otra». Aquella doctrina, impregnada de amor hacia el hombre, que terminó con todo el materialismo del mundo pagano y con los goces sensuales de la Roma de los Césares, redimiendo a la humanidad de la vieja esclavitud, dignificando a la mujer, elevándola a la categoría de compañera del hombre, dulcificando los rigores de la potestad paterna y promulgando una ley que sintetiza el amor al prójimo, tan grande, tan hermoso como el hombre se le puede tener a sí mismo...; entre esa doctrina de amor y la doctrina del socialismo revolucionario, que tiene una moral social desconcertante, una base de sustentación fija, que predica el odio con la lucha de clases, el desenfreno y la licencia con la posesión de goces materiales, de los que nunca se verá satisfecha la humanidad, el interés material que produce el egoísmo, el desorden y la anarquía con el imperio de la fuerza, los sustitutivos de la justicia, con el puñal y el revólver, manejados en la sombra y difundiendo por doquiera el terror; la dinamita colocada en seguro sitio y cuyo certero golpe de destrucción y muerte acaba con la vida de inocentes seres. ¡Ah! entre aquella religión suave, persuasiva, que promete un cielo lleno de venturas a los que abandonan la vida cumpliendo cristianos deberes, y esta que aun en lo terreno no encuentra la solución del problema de la máxima felicidad, media un abismo. «Pretender que el obrero (2) ponga en la defensa de la causa socialista el espíritu de una fe religiosa queriendo convertir en

(1) Doctor Valverde, discurso citado.

(2) Doctor Valverde, discurso citado.

dogma la teoría de la violencia y parangonar el sindicalismo con el cristianismo, es intentar divinizar lo meramente humano», y esto, hablando el lenguaje de la razón, es sencillamente imposible. Y por último, colocar como coloca el socialismo revolucionario frente a frente a los hombres con la teoría de la irreconciliable lucha de clases (proletariado y burguesía), comprendiendo en esta última a los intelectuales, a quien tanto debe la civilización y el progreso económico, suponiendo que en la sociedad humana, no hay más que las dos, es creer—sigue diciendo este escritor (1)— que todo el problema social estriba en el triunfo del proletariado sobre la burguesía, que a tanto equivale como desconocer la estructura de las sociedades modernas y la complejidad de sus relaciones. Y si únicamente se las azuza para conquistar el capital, habrá que decir con Duguit «que a la clase obrera se la explota, excitando sus pasiones mismas e impulsando a las muchedumbres ignorantes al pillaje y a la violencia».

De verdadera visión profética podía yo calificar este elocuente párrafo del doctor Valverde, y vosotros seguramente con vuestro sano juicio lo confirmaréis, cuando a diario se está leyendo en la prensa periódica la sección destinada a crímenes sociales, en que ya no sólo se emprende la lucha contra el capital y los capitalistas, sino que también sufren la persecución los sindicatos, los obreros que no se acomodan a las exigencias del sindicato, los que desean y quieren trabajar aunque no pertenezcan al sindicato, los que se resisten a entregar la cuota que engrose la bolsa del trabajo y hasta aquellos que son representantes de la autoridad y tienen como misión velar por el orden social. Y esto en el siglo xx, después de las afirmaciones que en pasadas centurias se hicieron de los derechos del hombre, y a nombre de una nueva civilización que traerá aparejado un nuevo derecho más humanitario y menos rigurosa que el del pueblo romano o el de las civilizaciones del feudalismo.

Por otra parte, la lucha de clases, que es principio reconocido por el socialismo científico, es un aserto comprobado, porque la

(1) Doctor Valverde, discurso citado.

Historia demuestra que aun cuando esa lucha puede haber tenido su importancia en la Historia de la humanidad, no ha sido ciertamente por perseguir el fin económico, sino más bien por conseguir fines religiosos o políticos; y aunque alguna vez en Grecia y Roma pudo haberlas, es tan circunstancial lo que a este respecto se refiere, que no puede considerarse comprendido en el canon general de la doctrina marxista.

El progreso económico, tan acentuado en las modernas civilizaciones, no ha procedido como brote espontáneo de las luchas de clases, sino que por el contrario han sido los descubrimientos científicos los que han revolucionado y creado un mundo nuevo. ¡Ah!... pero la lucha de clases trae aparejada otra conclusión, la guerra civil, la más horrenda de todas las guerras; la guerra que lleva consigo todos los movimientos populares que abundan en tremendas injusticias.

En cuánta responsabilidad no incurren ante la Historia los que fermentan el odio contra una determinada clase social, declarándola guerra implacable, en la que sucumben tantos y tantos seres inocentes. Los niños, las mujeres, los ancianos, los enfermos, ¿tienen la culpa de las desigualdades económicas, provengan o no de causas en las que haya más o menos producción de riqueza?

Y si esa doctrina que consagra como principio la lucha de clases, abomina contra la guerra que puedan sostener los Estados entre sí, ¿con qué razón quiere llevarla entre padres e hijos, entre hermanos, entre compatriotas?... No, la lucha de clases debe ser condenada por todos los que profesen la religión de amor a los semejantes, en que se asienta la divina doctrina de Aquel que por amor a los hombres derramó hasta la última gota de su sangre. En la religión de amor y de paz, está la verdadera redención de la humanidad.

Lo mismo puede afirmarse de la teoría del plus-valor, que parte asimismo de otra hipótesis improbadada, al suponer que el salario y la servidumbre son cosas muy parecidas o idénticas, y que es igual la condición del trabajador a la del esclavo, porque uno y otro comprometen su propio esfuerzo, dando por resultado que la

inmensa ganancia del capitalista estriba precisamente en el trabajo no pagado. Afirmar esto, es desconocer la multitud de elementos que entran en el factor trabajo, de los que depende su verdadero concepto. El factor jurídico y el económico se completan en él y muchas veces aparece aquél como predominante en cuanto asegura la legítima libertad individual concertada y en armonía con el fin social.

Por otra parte, los gastos de producción, la teoría del valor y precio, las leyes del cambio, las del mercado, el riesgo de la empresa, ¿no son factores para tenerlos en cuenta, por lo mismo que rigen todos los fenómenos de producción y distribución de riqueza? Poner en lucha abierta los elementos de producción o atribuir al capital un influjo absorbente, en mengua del elemento dinámico representado por el trabajo, o a la inversa, proclamar como absoluto o privilegiado cualquiera de ellos, es como querer poner en marcha una locomotora con una sola rueda o mover un molino con una sola piedra. Todos estos fenómenos de producción tan complejos de suyo, necesitan la concurrencia de diversos elementos que hagan posible la creación de la riqueza y el progreso económico, cuyo progreso no podrá acentuarse sino a merced de cultas inteligencias que impriman su marcha, de tal suerte que la realicen. La inteligencia cultivada puede con todas las fuerzas dinámicas.

En el concepto del Estado, son asimismo poco afortunados los marxistas pretendiendo su abolición.

Dos fases, según ellos, tendrá el Estado en la sociedad comunista: la primera lleva aún el sello de la sociedad vieja, de la materia en que fué engendrado; los medios de producción pertenecen a la sociedad toda, y por cada trabajo que ejecuta cada miembro de la sociedad, socialmente necesario, recibe de la sociedad un certificado que le da derecho a percibir de los almacenes públicos los artículos de consumo proporcional a su trabajo. Aun hay derechos que presuponen desigualdad, porque unos recibirán más que otros, y por consiguiente unos serán más ricos que otros. El Estado no ha muerto.

En la fase superior del comunismo, la sociedad y el Estado, regularán del modo más estricto la cantidad de trabajo y la cantidad de consumo. Los obreros armados constituirán el Estado, formado por los Delegados de los Consejos, salidos de su seno. La sociedad toda funcionará como una gran oficina que exigirá igual trabajo y paga igual, y entonces, cuando todos hayan aprendido a regir el Estado, desaparecerá la necesidad de existencia de un Gobierno, sin necesidad de leyes; bastará la costumbre.

Parten del error los comunistas que el Estado, como el individuo, sólo tienen un fin económico, desconociendo el fin jurídico del Estado, que asume otros fines sociales de los que antes hablamos, y que se dan en la vida y en la sociedad. El fin religioso, el artístico, el moral, el científico, etc., suponen distintas clases sociales, como dice el doctor Valverde (1), que exige la formación de diversos hombres con diversas aptitudes, que constituyen el principio de necesidad de un Gobierno que exija, mediante la ley, el cumplimiento del derecho por todos los asociados. Hasta dónde conduce el error de suponer que no hay más que un fin en la vida, el económico, único que el hombre debe cumplir.

Los sindicalistas, además, son antimilitaristas y antipatriotas.

Augusto Vivero, traductor del libro de Sorel (2), afirma que en todo el libro por él mismo escrito, se deja entrever en dónde está inspirado; para Vivero no cabe duda que las fuentes donde bebió el autor de *Reflexiones sobre la violencia*, en lo que respecta a su moral, está en aquellos dos teoremas de Spinoza: «La compasión es por sí mala, inútil en el hombre que tiene a la razón por guía». «La humildad no es una virtud», y siendo en esto, según autorizada opinión del traductor la doctrina seguida por el ferviente discípulo del maestro del panteísmo, claro está que su libro contiene todos los errores de aquella teoría. El Padre Ceferino González en su *Historia de la filosofía*, condensa toda la doctrina de

(1) Doctor Valverde, discurso citado.

(2) Sorel, obra citada.

Spinoza en este sencillo resumen: «Spinoza es el primer representante explícito, genuino y completo del racionalismo moderno, en sus tres fases fundamentales, que son: «el panteísmo en la ciencia, el naturalismo en la religión y el liberalismo en la política».

La libertad para Spinoza es un nombre sin sentido real, y su liberalismo es más bien determinista; por eso su filosofía tiene más como método de doctrina que de doctrina misma, sobre todo en lo que se refiere a la moral, ese manifiesto confuso e irreflexivo, mereciendo por esto duros calificativos de sus contemporáneos (1).

Más adelante dice el Padre Ceferino González, que donde hay algo de original en la doctrina de Spinoza es «en todo lo que se refiere al orden político social, que en nombre de una libertad absoluta permite al hombre tener las ideas más subversivas, y las negaciones más radicales en religión, en moral, en filosofía, en política, en todo...» En ese sentido es precursor de esos hombres que en nombre de la libertad permiten todo lo malo, y en nombre de esa misma libertad reprimen y prohíben la enseñanza de las buenas ideas y de las instituciones en que se encarnan.

Como consecuencia de esta doctrina, Sorel no quiere a los trabajadores compasivos y humildes, porque esto retardaría su triunfo en la lucha abierta contra el régimen capitalista, que ha de hacerse mediante la violencia por la huelga general, a quien califica de dogma que tiene terrible fuerza y que la filtra en el cerebro del proletariado.

En cuanto al patriotismo y el antimilitarismo, Sorel se ha equivocado. He aquí cómo lo expresa Vivero: «Era opinión casi común que el socialismo imposibilitaría las guerras... ¿por qué habían de acometerse, v. g., galos y tudescos en nombre de un ideal estéril y mezquino por referirse al vetusto concepto de la patria? Llegado el instante crítico, ante el paro absoluto de los trabajadores de todos los países, se detendría amedrentada la guerra. El socialismo era la paz universal».

«La hermosa quimera se ha desvanecido al soplo de la realidad.

(1) Leibnitz decía de su doctrina que era detestable, y Malebranche afirmaba «que era una quimera ridícula», citado por el P. González.

Quísose revivir al hombre anhistórico (1) sin historia llamándole sindicalista, y en cuanto amenaza un riesgo a la patria, resurgen los sedimentos históricos que se enlazan tan estrechamente al ideal patriótico, y todos los hombres acuden a las armas para defender la patria. Ya no hay socialistas, sino franceses, belgas, alemanes, ingleses, rusos. Ya no perdura aquello de considerar al mundo como patria común, sino que cada uno, adscrito a la tierra natal y sin curarse de las causas determinantes de la guerra, disputa mercedor de la muerte a quien aspira a desmembrar el territorio patrio».

Y más adelante añade: «Cuanto se ofrecía en los mítines quedó en proyecto, y con la misma docilidad que el socialismo germánico y británico se confunden en la corriente imperialista, el socialismo francés y belga se suman al espíritu guerrero, que vibra con notas nacionalistas... todos retornan a la antigua idea de patria y a los conceptos representativos que con ella se hermanan. Removido el sedimento que la educación ha sentado en los cerebros, rebrota el antiguo ideario y los partidos se disuelven en la mugidora corriente de las aspiraciones nacionales; allí se unen todos para el ataque, enfrente se agrupan para la defensa, y unos y otros no ven más ideal supremo que el de las necesidades patrias, ni más recursos de acción que los fusiles repetidores y la artillería... El hecho consiste en que el socialismo acude a la guerra como medio de garantizar la paz; vuelve, pues, a la concepción antigua».

(1) Para Sorel no existe más que el hombre absoluto, a quien llama anhistórico, y la labor—dice—de las Asambleas constituyentes ha padecido una inmensa equivocación por haber querido dictar leyes para el hombre.

«En el mundo no hay hombre»; habrá franceses, rusos, italianos; «mas hombre—dice con Joseph de Maistre—, no le he visto jamás.» La Constitución creada para las naciones no sirve para ninguna; todas ellas se fundan en la geografía, número de los habitantes, religión, costumbres, riqueza, etc.; así que, buscando estos precedentes, las leyes no son otra cosa que la adaptación a la conveniencia de estos hombres... La Revolución francesa, aun cuando quiso razonar sobre el hombre absoluto, *anhistórico*, se esforzó en satisfacer las necesidades, aspiraciones y rencores del hombre, representado en las clases medias. Tantas y tantas leyes relativas al derecho civil y administrativo, no sobrevivirían a la Revolución si sus autores hubiesen viajado siempre por espacios imaginarios en busca del hombre absoluto.

¿Qué queda de tan decantada teoría? Pues queda, señores, después de las líneas escritas por Vivero, la demostración palmaria de lo falso y utópico de sus postulados, y cuando una doctrina se funda en la utopía o en las hipótesis contrariadas por los hechos, y, además, esas utopías son manejadas por cultivadores inexpertos, la Historia se encarga de mostrar de manera descarnada y cruda la antítesis del hecho con el principio al contrastarle con la realidad.

Lo peor del caso es que a nombre de esas utopías, al parecer fundadas en bases ciertas que ayudan a investigar la verdad, el error sale al paso y consecuentemente la humanidad que le practica padece los más intensos y cruentos dolores, que acaban con el desconcierto, la desolación y la ruina.

¡Malhaya los hombres que, infiltrando en las inteligencias de sus semejantes el veneno del error, soberbios y vanidosos, llevan a la humanidad por esos derroteros que conducen a la desesperación y al desaliento...!

Como veis, en las líneas que anteceden va expuesto lo que constituye la esencia del socialismo científico en sus dos aspectos de posibilista y revolucionario; pero al cristalizar este último en la nación más grande del Oriente de Europa, teniendo ya una realidad en la Historia, parece que tambalea todo el edificio científico ideado por Marx y expuesto como Evangelio por sus discípulos y continuadores.

Claro está que no todos los afiliados que recibieron en el nuevo Jordán el bautismo de la doctrina marxista, están de acuerdo y prestan su conformidad al régimen político-económico de la gran Rusia, estimando que el fracaso a que le conduce el socialismo revolucionario está en razón directa de la interpretación que se ha dado a aquella doctrina. Los socialistas alemanes que gozan de los favores del Poder, han sido y son oportunistas, y Alemania parece camina con paso firme, después de la gran guerra, a su reconstitución. Rusia, por el contrario, después de sufrir también un tremendo desastre y de firmar una paz vergonzosa, por lo que narran autores de gran autoridad, no lleva camino de reconstituirse económica y políticamente (1).

(1) Tasin, *Revolución Rusa*.

III

El sociólogo francés A. Fouillée considera que el socialismo comunista no es otra cosa más que un conjunto de conclusiones apoyadas en premisas inexactas o incompletamente verdaderas que sobreviven «a la descomposición» de sus propios principios (1).

Eso pasa con el comunismo instaurado en la europea y asiática Rusia.

N. Tasin (2), en el libro recientemente publicado acerca de la revolución rusa, cuenta detalladamente cómo se ha producido la conmoción más honda de uno de los pueblos más grandes de Europa, no sólo por la densidad de población (180 millones de habitantes, próximamente) sino también por lo vasto de su territorio.

Para comprender lo que sucede en Rusia, es menester dirigir una mirada al pasado de su historia y muy especialmente la comprendida en la última centuria.

Ya en 1825 se produjo, dice este autor, «la famosa sublevación armada de los *diciembristas*, inspirada en la tradición republicana y jacobina de la Revolución francesa. En esta revolución no tomó parte el pueblo; tanto es así, que cuando algunos intelectuales daban vivas a la Constitución, el pueblo, creyendo que se trataba de la mujer de Constantino, heredero del trono, gritaba «viva Constantino y su mujer Constitución». Esta sublevación fué

(1) Citado en el discurso del doctor Gay.

(2) N. Tasin es socialista, si bien pertenece a la fracción de los minimalistas (mencheviques).

provocada por jóvenes oficiales que regresaban de Francia y que consiguieron comprometer algunos regimientos. Fué ahogada en sangre.

En 1855 sobrevino la guerra de Crimea, y su desastre provocó un gran descontento no solamente entre los intelectuales, sino también entre los elementos populares. Las reformas se imponían imperiosamente; se forman círculos y sociedades, y los jefes de este movimiento, Belinski, Pesaref y otros, puede afirmarse que son los precursores del socialismo ruso, a los que siguieron con entusiasmo los obreros y los estudiantes; las reformas solicitadas consistían en la emancipación de los campesinos y algunas en el orden político. La doctrina marxista aún no había llegado a Rusia. En 1861 los campesinos fueron declarados libres.

Los revolucionarios de esta época se basaban en el *mujik*, masa campesina a la que atribuían un revolucionarismo originario. Todos estos ensayos revolucionarios fracasaban las más de las veces, siendo los propagandistas deportados o encarcelados.

En esta época nace el terrorismo: «la señal la da Vera Zasulich, que en 1879 disparó un tiro de revólver contra Trepov, prefecto de policía en Petrogrado, y que tenía su órgano en la prensa con el título de *Narod naia Volia* (Voluntad del pueblo), que intentó suprimir la autocracia con bombas o tiros de revólver.

A cada atentado terrorista venía la represión dura y fuerte del zarismo, que tuvo su momento más emocionante el 1.º de marzo de 1881, cuando la bomba del nihilista Crinevitsky hirió mortalmente al zar Alejandro II; los jefes de la voluntad del pueblo fueron condenados a muerte. Por otra parte, el despilfarro en la hacienda pública rusa y la corrupción de su corte y las medidas de represión dictadas contra los hombres rusos de avanzadas ideas en estos tiempos y en la época del zar Nicolás II, fueron causa inmediata del revolucionarismo ruso.

Ya en la época con que finaliza el siglo XIX, allá por los años de 1885, el ministro más liberal de Rusia, Wite, dió un impulso a la evolución burguesa, y de esta época data el progreso económico de esta gran nación con la restauración de grandes centros fabriles

e industriales, que reunieron numerosos obreros y que infiltrando en ellos poco a poco la doctrina de Marx, comenzaron por coaligarse y usar el arma de la huelga en sus luchas con el capital.

Plejanov fué el primer propagandista de la doctrina marxista en Rusia, y el primero, según Tasin, que comprendió la importancia del movimiento obrero y el que fundó, en unión de otros terroristas, el partido social demócrata ruso. A Plejanov se atribuyen estas frases pronunciadas en el primer Congreso socialista internacional celebrado en París en 1889: «La revolución política en Rusia triunfará como revolución proletaria, o no triunfará» (1).

Pronto comenzaron a formarse organizaciones del partido en Rusia y a asociarse los obreros en los grandes centros de producción: Petrogrado, Moscou, Varsovia y Lodz iban a la cabeza de este movimiento, que ya no se contentaba con la huelga, sino que organizaba públicas manifestaciones, en las que se exteriorizaban ideas políticas.

Paralelamente a este partido político de la social democracia se fundaba el partido socialista revolucionario por el célebre Pedro Lavrov, muerto en París en 1900, y cuya masa la formaban los campesinos, que, como más adelante se dirá, eran los más necesitados de reformas económicas en Rusia. Los intelectuales rusos dirigían el revolucionarismo.

En 1902 se funda la célebre Organización de combate de los socialistas revolucionarios, a cuya cabeza figuran las más célebres personalidades que actualmente rigen los destinos de Rusia. Desde esta fecha las huelgas se suceden sin interrupción, y el terror reaparece como acción principal del partido socialista revolucionario y como «método de desorganización gubernamental», repitiéndose constantemente los atentados contra los gobernantes. La masa campesina, que fué siempre la que constituía la base de operaciones del partido revolucionario, continúa en esta fecha impasible ante la predicación de los apóstoles socialistas.

(1) Cuenta Tasin que el partido social demócrata se formó en Ginebra, y que le componían Plejanov y otros tres más, que un día paseando por el lago de Ginebra Vera Zasulich, exclamó riendo: «si nos ahogamos, se acabó el partido social demócrata».

Pasamos por alto la guerra con el Japón, que estalló en los comienzos de 1904, cuyo desastre, atribuído al régimen zarista, contribuyó mucho al crecimiento del movimiento revolucionario.

Para N. Tasin, el acontecimiento de la guerra ruso-japonesa hace que se combinen la acción de los socialistas con los Zemstvos (Consejos generales), que son los que juegan un papel interesante en la revolución de 1905 y que constituye el precedente de la de 1917.

Dos líneas para anotar el significado de este movimiento. El malestar era general; el pueblo hambriento, las huelgas y las manifestaciones públicas se sucedían sin interrupción; éstas eran apoyadas por todas las clases sociales; las pasiones sobrecitadas hacían presagiar días históricos, y en esta situación llegó el domingo 22 de enero, «bautizado después con el nombre de domingo rojo», en que centenares de miles de obreros de la capital, conducidos por el pope Gapon, se dirigieron al palacio de Invierno para llegar hasta el Zar bajo un grito unánime: ¡Pan! ¡Queremos pan!

La represión fué terrible, y desde este día puede decirse que el malestar siguió en aumento, y allá a mediados de octubre del mismo año estalla la huelga general, que paraliza toda la vida económica, consiguiendo que Nicolás II concediera al pueblo determinadas libertades y un régimen parlamentario.

En este movimiento tienen su origen los Consejos de Delegados obreros, prototipo de los Soviets, que duraron corto período, y la Unión de las Uniones, que representaba a las profesiones liberales. Aquí comienza a actuar el partido Octobrista. Un levantamiento armado ocurrido en Moscou en diciembre de 1905 y reprimido enérgicamente, y además la impericia de las Delegaciones obreras, dió al traste con parte de estas reformas, quedando sólo la Duma como la conquista más importante de la revolución.

Dejando a un lado las vacilaciones del zarismo ruso durante la guerra con los imperios centrales y la influencia ejercida en la corte por el no menos célebre Rasputin (1) a pretexto del pretendido

(1) Rasputin, en ruso, significa disoluto.

poder milagroso para reintegrar en su salud al desgraciado heredero del trono, fijaremos solamente nuestra atención en los hechos más culminantes que preceden a la revolución de 1917 y a la instauración del comunismo,

Los primeros síntomas de agitación popular acontecen en la tarde del 8 de marzo de 1917. Es el mismo grito de 1905; la muchedumbre grita: ¡Pan! ¡Queremos pan! Los economistas, esforzándose en explicar inútilmente la causa de la carestía de la vida; entre otras, copiosas nevadas, falta de carbón, el tráfico intensivo de las vías férreas paralizadas a causa de los servicios militares, etc.; pero a pesar de todos estos razonamientos el hambre era un hecho, «un hambre atroz, implacable, desgarraba las entrañas de medio millón de obreros, guarnecidos en los barrios bajos de Petrogrado y envueltos por las densas humaredas de las fundiciones (1).

El Gobierno se reúne; el ministro de Estado Pokrovski propone la concesión urgente de lo que justamente pide el pueblo. Protopopof, ministro del Interior, se opone contestando que al primer choque con la guarnición de Petrogrado, los millares de obreros entrarán pronto en razón. Este es el principio de la revolución.

Pero a qué seguir, si esto nos llevaría demasiado lejos; vosotros sabéis tan bien como yo, cómo concluyó aquella semana trágica, uniéndose la guarnición al pueblo de Petrogrado, deteniendo y encarcelando a los ministros del imperio zarista, obligando a la Duma a ponerse al frente del movimiento, ante la que desfilaron regimientos enteros, con el coronel y los oficiales al frente, entonando «La Marsellesa».

«La Duma—dice Chessin (2)—embriagada de ovaciones delirantes, envuelta en la confusión que traen siempre consigo los golpes de Estado, y sintiendo una fe de neófito en la omnipotencia del derecho, dejó sin protesta que surgiera ese organismo plebeyo (se refiere a que paralelamente al comité ejecutivo resucitaba la agrupación socialista de la cámara, al famoso ya casi olvidado

(1) Sergio de Chessin.—*La locura roja*, traducida por Gaziel.

(2) Chessin, obra citada.

soviet proletario que actuó en 1905 durante la revolución invitando a los obreros y soldados para que eligiesen delegados propios), por considerarlo una institución profesional». La Duma—dice más adelante—debió contrarrestar la influencia del Soviet, colocándose a la vanguardia revolucionaria, y erigiéndose en Cámara soberana y Constituyente, creyó que el proletariado era el pueblo entero ruso, sin darse cuenta de que con el Soviet comenzaba la lucha de clases que había de disociar las fuerzas nacionales. La Duma, al sentirse revolucionaria, pensó ser una continuación de la Revolución francesa y no supo o no pudo hacer que se respetase su poder.

El 14 de marzo se constituye un Gobierno provisional bajo la presidencia del príncipe Lvof, y en el que entra Kerensky, uno de los jefes del partido laborista que servía de garantía a los revolucionarios. La revolución en marcha no se detiene; se exige la abdicación del zar Nicolás II; un intento de regencia que el pueblo repudia, una monarquía que no cuaja, un calvario para la familia imperial, la caída de una dinastía tres veces secular, la prisión de los Romanof, la destitución de generales, jefes y oficiales del zarismo al grito de abajo los burgueses, la constitución de los soviets y, por último, el advenimiento de Kerensky y la nueva revolución de los maximalistas Lenin y Trotsky (bolcheviques) dueños del poder (1). Todo esto después de jornadas sangrientas en que se viola, se acuchilla, se muere por una soldadesca ebria pronunciada en Crostadt y un pueblo famélico que pide la paz a cualquier precio y el programa íntegro del comunismo de Marx y Engels votado después en la Tercera Internacional (2).

El comunismo está en marcha y comienza sus reformas sociales por la agraria. La nacionalización de la industria y del comercio, la supresión de la herencia y la nacionalización de las casas burguesas.

(1) *La locura roja*, de Chessin y Sofía Casanova.—*La revolución rusa*. Véase apéndice núm. 2, los hombres de la revolución rusa.

(2) Véase apéndice núm. 3.

A cada una de ellas se han de dedicar muy pocas palabras, porque bastaría para hacer su crítica las frases con que Tasin, socialista marxista aunque minimalista, termina su obra *La revolución rusa* y que pone en los labios del viejo marxista alemán Kautsky, quien en su folleto *La dictadura del proletariado* pronúnciase resueltamente contra los experimentos sociales de los bolcheviques. Si el antiguo régimen queda sustituido no por una democracia abierta a todos, sino por un régimen dictatorial, la situación resultará todavía más grave, ya que lleva entonces como secuela inevitable la guerra civil, que terminará con la anarquía.

En nombre de Marx condena el bolchevismo porque para triunfar el socialismo se necesita el asentimiento de la mayoría del pueblo, y el bolchevismo tiene enfrente a la burguesía, a los intelectuales, a millares de campesinos y a una parte no despreciable de la masa obrera; de donde resulta que la dictadura del proletariado en Rusia no es más que el despotismo entronizado e impuesto al pueblo por una minoría muy limitada que se ha convertido en opresora de las mismas masas populares que consideraban al socialismo como defensor de la libertad de todos los oprimidos. Tasin continúa: «El pueblo ruso, en su inmensa mayoría, rechaza también el bolchevismo. Para prolongar su existencia, vese obligado el nuevo régimen, lo mismo que el antiguo, a recurrir a la fuerza bruta, al terror, a todos los métodos de intimidación y de opresión. La Rusia actual está demasiado débil, demasiado desorganizada y abatida, para poderse sustraer a tamaña tiranía. En la actualidad es como un enfermo desfallecido sin la menor capacidad de resistencia. Sin embargo, no está lejos el día en que ha de recobrar su perdida energía para sacudirse el nuevo yugo».

Como veis, señores, por lo escrito en las anteriores líneas, el poder en Rusia lo tiene una minoría demagógica y tirana a nombre de una teoría cuyos principios se basan en el reconocimiento de la libertad y de la igualdad de todos.

Pero aún hay más; si tenéis la paciencia de seguir escuchándome, oíd lo que cuenta Chessin respecto de las tan cacareadas

reformas del socialismo y muy especialmente lo que se refiere a la reforma agraria.

Con la reforma agraria el comunismo ruso ha procurado atraerse la masa campesina para permanecer en el poder, aun a pesar de que Lenin nunca fué partidario de apoyarse en la masa campesina, con quien observó siempre una actitud reservada y fría por estimar que eran «pequeños burgueses» hostiles al socialismo. Tasin (1) dice que Vladimiro Uliánov (Lenin) era partidario de la proletarización de la masa campesina, convencido de que los aldeanos no podían aceptar el socialismo, sino después de haber sido cocidos en la caldera de la fábrica, «es decir, después de haber abandonado el campo y haber pasado a ser proletarios de la ciudad» ¿Cómo Lenin cambió de táctica y halaga ahora a los campesinos?

Para contestar a este cambio efectuado en Lenin, es preciso fijar los antecedentes de cómo estaba constituida la propiedad de la tierra en Rusia: antes de la revolución los 130.000 terratenientes rusos (pomechikis) eran propietarios de 30 millones de *desiatinas* (cada desiatina, equivale a $1 \frac{1}{14}$ hectáreas, mientras que más de 100 millones de campesinos eran propietarios de 110 millones de desiatinas; el resultado de esta desproporción en la propiedad de la tierra era que mientras había grandes propietarios que contaban por cientos de miles los acres de tierra, a su lado había multitud de campesinos que se morían de hambre.

Esta situación constituía un constante malestar, y en más de una ocasión fué causa de continuas agitaciones y protestas de la clase campesina.

Durante el régimen zarista se procuró poner remedio a este malestar económico y se creó el «Banco campesino» con el propósito de que los colonos y pequeños propietarios pudiesen adquirir las tierras de los grandes terratenientes. Pero este Banco subvencionado por el Estado, y del que recibía sumas considerables, no parece que dió el resultado más favorable para la clase

(1) Tasin, obra citada.

campesina, antes bien, el crédito era utilizado por los terratenientes acomodados.

El ministro Stolypine, asesinado en el teatro de Kiew durante una función de gala y a poca distancia del zar Nicolás II, presentó un proyecto de ley en 1909, que fué promulgada y puesta en vigor, pero parece que no resolvió el problema agrario. Los partidos avanzados trataron de atraerse la masa campesina, y el partido de los cadetes (o partido de libertad del pueblo), tratando de acomodar la reforma agraria rusa a la reforma agrario inglesa establecida en Irlanda, propuso que los grandes terratenientes no pudieran poseer más de 500 desiatinas (532 hectáreas próximamente) pasando el resto a constituir un fondo nacional para repartirlo entre los campesinos pobres, previa la indemnización de ese superávit, que había de pagarle el Estado.

Pero apenas instaurado el gobierno de Kerensky, triunfante la revolución y consumado el hundimiento del régimen, «las grandes masas campesinas—dice Chessin—se entregaron a la única preocupación de convertir en realidad el maravilloso espejismo que se presentaba eternamente ante sus ojos, después de cada evolución o sacudida de la política rusa. La posesión de la tierra (1). Los campesinos comenzaron una serie de insurrecciones rurales, que dieron por resultado el reparto de la inmensa herencia que les había caído inesperadamente en sus manos, para lo que pusieron en práctica todos los medios violentos, como el asesinato de los grandes terratenientes para conseguirlo.

Ya no les era necesario el programa agrario modificado de los cadetes, que redujo la cantidad de desiatinas poseídas como máximo a la suma de 125, encontrando más hacedero el de los laboristas que nacionalizaban toda la tierra útil constituyendo un fondo común accesible a «todo ciudadano ruso deseoso de dedicarse a la agricultura personalmente y por sus propias manos» (2). La tierra en fondo había de ser distribuida entre los que tuvieran

(1) Chessin, obra citada.

(2) Tasin, obra citada.

derecho proporcionalmente a su trabajo. No concedía derecho a ninguna indemnización.

Antes que estas reformas fueran aprobadas por el Soviet, y siendo Chernov jefe del partido laborista y ministro de agricultura con Kerensky, la masa campesina había resuelto la cuestión agraria saqueando e incendiando las propiedades y asesinando a los propietarios, pidió con urgencia su aprobación al Soviet de los diputados obreros, soldados y campesinos, sin esperar la sanción de la Constituyente, la que el día que se reuniera se limitaría a consagrar la definitiva confiscación y repartir las tierras según el trabajo o la capacidad del trabajo del cultivador. Diversidad de comités agrarios, creados a la sazón y compuestos de campesinos, se encargaron de llevar a efecto la confiscación y reparto.

Lenin se encontró con este estado de cosas, y los campesinos que habían hecho el reparto bajo el gobierno de Kerensky, pensaron en su codicia, si con el cambio de régimen que trajo el advenimiento al poder de los bolcheviques la confiscación y reparto practicado, y que tenía la consagración del hecho consumado, quedaría nulo y sin ningún efecto. Por otra parte sabían el pensamiento de Lenin, que estaba más cerca de la miseria aldeana (de los asalariados) que de los propietarios de trabajo y de tierra. Después del golpe de Estado, el Comité ejecutivo elegido por el Congreso de campesinos declara por mayoría la urgencia de convocar la Constituyente y la instauración de un Gobierno homogéneo, en que no tengan participación los bolcheviques, culpables del golpe de Estado. Veían en peligro la reforma y se apresuraban a solicitar el alejamiento del poder de los nuevos amos de Rusia, y se aprestan a reunir el Congreso de diputados campesinos, que apruebe la actitud del Comité ejecutivo. La parte más importante del proletariado ruso, la masa campesina, no quiere el bolchevismo, pero Lenin y los suyos no se dan por vencidos, convocan otro Congreso, en el que asisten más de quinientos delegados, muchos de ellos soldados recién venidos del frente, y en este Congreso, celebrado en Petrogrado el 9 de diciembre, los bolcheviques eligen presidente del Congreso a la célebre terrorista María Spiridonova.

Apoyado Lenin por los elementos de la izquierda, en la que figuran muchos estudiantes e intelectuales, fervientes partidarios de éste, se pronuncian discursos en favor de los campesinos y del reparto de la propiedad, tal como se había llevado a efecto, les aconsejan que rompan definitivamente con los elementos de Kerensky, por ser enemigo de la revolución, les prometen concesiones de todo género, y los campesinos, dejándose seducir por la oratoria de los partidarios de Lenin, se incorporan a los Soviets de obreros y soldados en el III Congreso de campesinos celebrado en enero de 1918. Tassin concluye esta parte de su *Historia de la revolución* con estas palabras: «El peligro de oposición por parte de la democracia rural queda, al menos de momento, conjurado. Al echar por la borda los bolcheviques toda su intransigencia tocante al conservadurismo aldeano, aquéllos han dado con el secreto de que una buena política de Estado consiste en saberse adaptar a las circunstancias»; con esta actitud de transigencia Lenin ha reproducido la célebre fórmula de cualquier politicastro: «transigir es gobernar».

Lenin cumple lo prometido a los campesinos, y en su periódico oficial *Izvestia* (las noticias) publica el decreto en que el derecho de propiedad privada sobre la tierra queda anulado.

¿Cuáles podían ser los efectos de esta quimera legislativa?

Chessin dice en la obra citada, que «según los cálculos del economista Alexandrof, la confiscación de la propiedad territorial del Estado, de la Iglesia, de las ciudades y de los propietarios rurales (sin exceptuar la de los campesinos ricos) puede constituir un fondo de 49.160.000 desiatinas, de las cuales correspondería poco más de media a cada trabajador».

«La inmensidad territorial de Rusia resulta, pues, incapaz de satisfacer las aspiraciones del pueblo. Después de tan formidable operación agraria, y de haber vuelto del revés todo lo existente, el hambre y la miseria continuarán siendo lo mismo que antes».

Ya las tierras son de la nación, todas quedan confiscadas sin indemnización, no pueden transmitirse ni arrendarse y pasan a los cultivadores que las trabajan. Todas constituyen un fondo agrario,

que habrá de repartirse, y sobre este último punto preguntan los socialistas demócratas revolucionarios: Está bien, ese es nuestro programa, pero ¿dónde está la especificación referente al carácter y atribuciones de ese fondo agrario?, si esto no lo especificáis, no sois socialistas.

«He aquí—dice Chessin (1)—cómo Lenin, con una docena de líneas, trazadas por mano febril, ha resuelto todo el problema agrario que generaciones de hombres de Estado y economistas, habían derrochado su ciencia y consumido en vano su ingenio para solucionarlo».

¿Pero está resuelto? Leemos en Tasin: «El Gobierno bolchevique se había apresurado a hacer esas concesiones para mantenerse en el poder. Sentía una necesidad urgente e imperiosa de apoyarse en su actuación (2) en aquel enorme ejército rural, capaz el solo de evitar a las ciudades, especialmente a las dos capitales, los horrores del hambre». Es decir, que en este sentido practicaba todas las malas artes de los estados democráticos condenados por Marx y Engels, y se dejaba seducir por el canto arrullador del goce del Poder. ¿Qué queda aquí de la doctrina de Marx sobre el Estado de la burguesía? El Estado debe ser irreconciliable, porque es producto de los antagonismos económicos de clase. El Estado conciliador es el Estado burgués, y como burgués y buen burgués se manifiesta Lenin al conciliar los intereses de los aldeanos miserables con los de los pequeños burgueses, a quienes se les concede el territorio agrario ruso. Una prueba más de que Lenin y los suyos están muy a gusto en el Poder y sienten dejarle, está en las mismas instrucciones que da a los emisarios enviados a los pueblos. «Demuéstrese—decía a los campesinos—que una vez hayan recibido la tierra, es absolutamente necesario aumenten todo lo posible y apresuren los envíos de trigo a las ciudades, porque es el único medio de evitar la amenaza del hambre.» Es decir, que Lenin, como buen político, puso precio a las concesiones. «Os

(1) Chessin, obra citada.

(2) Tasin, obra citada.

damos tierra, dadnos trigo». Los nuevos agricultores no dieron tan rico cereal; despreciada la moneda, por un lado, y no pudiendo entregar en cambio el Gobierno otros productos, porque el mismo desbarajuste que en la tierra se produjo también en la industria nacional, y careciendo los campesinos de máquinas agrícolas, ganados, simiente, etc., tuvieron buen cuidado, en su egoísmo de hombres, de guardar para sí tan preciado producto.

Se adoptaron medios violentos para obligar a los campesinos a entregar su trigo, se organizaron expediciones armadas para arrancar de las manos de aquéllos el trigo retenido, guardado o escondido; diéronse numerosas batallas entre la guardia roja y la población rural, y el resultado ha sido que la masa campesina está enfrente de los gobernantes, y el trigo, donde lo hay, continúa guardado, mientras las poblaciones se mueren de hambre.

El dictador quiere aprovecharse a todo trance de esas primeras materias, y en un discurso pronunciado en Petrogrado en junio de 1918, llegó a calificar esta actitud de los campesinos de francamente hostil a la revolución; a éstos les llama burgueses a quien es menester despojar, para lo que cuenta con los miserables para someter a aquéllos con mano de hierro, con el propósito de que al fin impere la dictadura del proletariado y triunfe la revolución social.

Es decir, que aun a pesar de las reformas agrarias dadas por los Comisarios del pueblo, la población rural rusa continúa dividida en castas: la de los pequeños propietarios y la de los míseros de la campiña, y a éstos últimos recurre Lenin para mantenerse en el Poder y despertar en ellos la pasión de lucha, y lucha a muerte contra los campesinos, reproduciendo así y en todo momento el terror y el bandidaje: antes la masa campesina contra los terratenientes; hoy los miserables contra los pequeños propietarios, y esto en nombre de la igualdad económica, que, como veis, señores, no parece por ninguna parte.

Hemos procurado reflejar en estas líneas la situación rusa después de la reforma agraria, según lo refiere N. Tasin, autor nada sospechoso; pero si queréis oír relatos más espeluznantes acerca

de la miseria y hambre que pasa el pueblo ruso después de la revolución, escuchad lo que dice Chessin (1): «Como en los últimos días del zarismo moribundo, vuelve a producirse la sorda irritación de las masas burladas. Las panaderías sin pan y las trágicas escenas ocurridas en las oficinas de distribución de bonos, ante las cuales se agolpa una caterva de seres amarillentos, pálidos, envejecidos, raquíuticos, mendigando la limosna de un suplemento que sólo servirá para entretener el hambre. Las mujeres lloran a grandes gritos, y los hombres, exhaustos, hacen un esfuerzo supremo para contener las lágrimas. Petrogrado agoniza».

Pero a qué seguir; después de una paz vergonzosa para terminar la guerra mundial (2), se vuelve a declarar por el poder una nueva, feroz, implacable; un verdadero duelo a muerte, de donde surgió un nuevo frente: el frente campesino; en todas las poblaciones rurales se libran combates a diario donde ferozmente se destrozan los hombres de un gran pueblo, contándose por centenares los heridos y muertos: los cadáveres se colocan a la puerta de los graneros para salvaguardar las provisiones, y el dictador Lenin sigue su camino, imponiendo por cuantos medios lícitos e ilícitos encuentra a mano, la dictadura roja, temiendo, sin duda alguna, la confirmación de una profecía que alguna vez invoca en sus discursos melodramáticos y que la pone en labios de un compatriota ruso, en la que afirmaba «que la mano descarnada del hambre estrangularía la revolución» (3).

El desbarajuste y descontento producido por las reformas agrarias, se nota más en la industria. La industria rusa recibió el golpe de muerte con la instauración del comunismo. La mínima jornada de trabajo (~~era~~ en muchas fábricas no se trabajaba más que cuatro horas diarias), el control de las delegaciones obreras, la confiscación

(1) Chessin, obra citada, página 296.

(2) La paz de Brest-Litowsk, en que se desmembró grandemente el territorio nacional y se suprimió a Rusia como gran potencia europea. Chessin, *Locura Roja*, páginas 250 y siguientes.

(3) Chessin, obra citada, página 300; se refiere al liberal ruso Riabuchinsky.

por el Estado de las fábricas para entregarlas a los obreros, la impericia de los mismos para asumir la dirección técnica y financiera, el espíritu de venganza hacia los capitalistas, son causas que paralizan por completo la industria nacional llevándola a la ruina más inminente, y, por último, la desorganización de los transportes, que aísla a las empresas industriales de todos los centros vivificadores y de los mercados. En vano se organiza un Soviet (Consejo) que delega a su vez en un Comité obrero, para la vigilancia y dirección del personal y para llevar a efecto, mediante un *modus vivendi*, la organización y marcha de la fábrica o del taller, porque a cada momento se suceden las disputas, se enardecen los ánimos, y el antagonismo entre directores y obreros sale al paso a cada hora. Apenas una delegación obrera concierta un *modus vivendi*, cuando se ve destituida y una nueva delegación sucede a aquélla, para concertar nuevos contratos de trabajo. Resultado: las fábricas se cierran, se despiden a los obreros y la dictadura de los proletarios sólo puede ejercerse sobre ruinas. Los ingenieros huyen, porque a menudo son maltratados, injuriados y puestos en carretilla (1), y como consecuencia de ello la productividad disminuye en grandes proporciones. Las delegaciones obreras acuden al Gobierno, y éste, asustado ante tal desbarajuste, nombra nuevos Comités con amplísimos poderes, a quienes conceden cuantiosos créditos para atraerse a los antiguos especialistas y formar otros nuevos; todo en vano, las fábricas rusas estaban entregadas a la anarquía económica. Los extremistas, al apoderarse de los axiomas de Marx, para aplicarlos en seguida sin el menor retoque a la realidad social, ésta les sale al paso, para patentizar el error en que se funda; «porque unos y otros, ministros y obreros—según cuenta Ches-sin—no quisieron o no supieron darse cuenta de que una fábrica por sí sola separada de sus puntales financieros a causa de la nacionalización de los Bancos, sin pedidos por haberse eclipsado los

(1) Procedimiento clásico en las fábricas consagrado por la tradición; cuando los obreros están indignados contra un ingeniero o un capataz cualquiera, se le coloca en una carretilla y se le pone a la puerta de la fábrica (Tasin).

clientes y sin materias primas a consecuencia de la desorganización de los transportes, no es en realidad otra cosa que un montón de ladrillos improductivos y de hierro estéril. De suerte que la flamante dirección fiscalizadora de los extremistas sólo pudo ejercerse sobre ese armatoste inútil de las fábricas en ruinas».

De un testigo presencial, por cierto nada sospechoso para la causa del bolchevismo, copiamos lo siguiente (1): «El desorden material y técnico no es más que una de las consecuencias, y no la más grave, de la crisis engendrada por el bolchevismo. Este régimen estropea, destruye, diríase deliberadamente, el capital material de la industria rusa; pero sobre todo y ante todo, debilita, agota el capital del trabajo, el capital humano. Puede decirse que la revolución bolchevista es aceptada con tanta pasividad por la masa del pueblo ruso, únicamente porque representa, a sus ojos, el régimen de la pereza, de la especulación, del tráfico, del bien adquirido sin trabajo. El soldado, el marinero, el obrero, el dvornik (portero), el mujik, todos trafican, engañan, especulan con todo y por todo. El obrero no aspira a otra cosa que a trabajar menos horas y ganar más salario. Toda la táctica obrera colectiva, como también la individual, va orientada en este sentido. Cuando un obrero toma posesión de un empleo, puede afirmarse, al cabo de unos días, que todo su esfuerzo, toda su ingeniosidad, que es grande, tienden a reducir la intensidad de su trabajo, aunque redunde en perjuicio de sus ganancias. Es este, según parece, el peligro más temible de la crisis económica engendrada en la atmósfera moral del bolchevismo. Esta crisis no lleva consigo un trastorno brutal en el régimen económico anterior, una revolución, sino una simple regresión, un retorno a las formas de las civilizaciones somnolientas del Oriente. Y con ello las consecuencias económicas y sociales del régimen bolchevista se prolongarán, con toda probabilidad, más allá de la caída del mismo régimen de Lenin, Trotsky y sus amigos».

(1) Mr. Etienne Antonelli.

El resultado final de lo que viene sucediendo, es el de que los obreros emigran por millares, dispersándose por la inmensidad caótica de Rusia, «cargando antes en los vagones—dice Chessin—hatillos y herramientas, desmantelando las fábricas y huyendo sin saber adónde, lejos de Petrogrado, hacia el destierro provinciano e inseguro», y en lugar de los 365.000 obreros que constituía la población asalariada en 1917, sólo quedan en Petrogrado 140.000 hambrientos «haciendo funcionar un saldo escaso de máquinas estropeadas y enmohecidas». «Las delegaciones obreras al intervenir con sus Comités de trabajo en la dirección técnica y financiera de la industria, le condujeron voluntariamente a la ruina. Nada les importa la organización de la producción; en sus cálculos no entra otra cosa más que una mínima jornada de trabajo y un exceso de salario, y cuando esto no se consigue, la expoliación y el robo» (1). La prensa de estos últimos meses, trae la rectificación del comunismo obligando Lenin a los obreros a trabajar mayor número de horas, imponiendo por la fuerza el trabajo, suprimiendo el control, militarizando el personal obrero y atrayendo a los especialistas, técnicos y financieros. ¿Qué queda en Rusia de las promesas demagógicas en relación con la industria? Contestamos con R. Labri (2): «Toda la vida industrial entorpecida y paralizada y la asfixia del comunismo» (3).

(1) Rafael Calleja. *Rusia, espejo saludable para uso de pobres y de ricos*, página 293.

(2) R. Calleja, obra citada, página 287.

(3) M. Rykoff, director de los Soviets superiores de Economía nacional, ha publicado recientemente un documento sobre la situación industrial de Rusia, en el que dice, entre otras cosas, las siguientes:

El Gobierno de los Soviets ha nacionalizado 1.125 fábricas en 1918. Esta cifra ha llegado a 4.000 al fin de 1919. Se puede decir que, de esta manera, todas las Empresas de importancia grande o mediana se encuentran hoy nacionalizadas en la política rusa.

De estos 4.000 establecimientos, solamente trabajan 2.000. Los otros están cerrados. La industria metalúrgica apenas produce la tercera parte de lo que producía antes de la guerra. La industria textil sufre aún más, pues su actividad está reducida a una décima parte de lo que antes fabricaba. Esto es debido a que Rusia atraviesa una gravísima crisis de combustible. M. Rykoff declara que el último invierno

Paralelamente a la agricultura marcha el comercio. El Estado es el único comprador y el único vendedor, y este sistema, como todos, ha fracasado. Existe el comercio que vende a precios fantásticos los productos, porque la población, acosada por el hambre, paga cuanto se le exige, y aun cuando existe la tasa, ésta no da resultado alguno, pues los artículos tasados desaparecen del mercado pasando a las manos de especuladores inaprensivos que revenden para aumentar sus ganancias poniendo en juego toda clase de medios ilícitos, y

en Moscú, faltó el combustible aun para la calefacción de los hospitales. Las Administraciones no pudieron acopiar más que la mitad de la leña que estaba prevista.

La crisis de los ferroviarios, que es también gravísima, no permitió transportar más que la tercera parte de dichos acopios. M. Rykoff señala las cantidades considerables de hulla disponibles actualmente en la cuenca del Donetz, que él calcula en cien millones de *pouds*. Pero el mal estado de las vías férreas obliga a dejar el carbón en boca mina.

Por otro lado, faltan obreros, especialmente obreros hábiles. La crisis de la mano de obra capaz y experimentada ha alcanzado en la industria rusa proporciones considerables. Todo el mundo se dedica al comercio, y sobre todo a las explotaciones agrícolas, para asegurarse una alimentación más abundante. La Rusia de los Soviets se va convirtiendo de día en día en una Rusia campesina, que tiene necesidad del resto del mundo para procurarse los productos industriales que le son necesarios. (De *A B C*, 31 de junio de 1920).

En relación con la industria, el Gobierno rojo evoluciona hacia un derechismo oportunista y posibilista, que acaba de exteriorizarse con una medida de manifestación sintomática.

«Lenin y su Consejo de comisarios, han decretado pura y simplemente la abolición de los Consejos de fábrica y taller. En lo sucesivo los obreros no ejercerán intervención alguna en la organización del trabajo. Tendrán como patrono al Estado, que no les tolera huelgas y les impone, porque no hay otro remedio, jornadas larguísimas.

»Un artículo de *Pravda* (La Verdad) explica las razones de esa decisión radical. Consejos de fábrica perturbaban y disminuían la producción y eran origen de una indisciplina lamentable. Los operarios, escudándose tras de ellos, trabajaban lo menos posible, desobedecían a los técnicos y se dedicaban a discusiones interminables y estériles... «Y así va volviendo lenta pero paulatinamente el occidentalismo»... (De un artículo publicado por *El Sol* en 9 de marzo de 1920, reproducido por R. Calleja, en su libro *Rusia, espejo saludable para uso de pobres y ricos*).

aun cuando se persigue la reventa, hoy en Rusia todos son comerciantes ante el inmoderado afán de acarrear múltiples riquezas. Los empleados, miembros de comisiones, soviets, soldados, agentes de la autoridad bolchevista, etc. — afirma Tasin — « todos especulan valiéndose de la situación privilegiada, que les permite obtener los productos con más facilidad que las demás clases sociales. En provincias reina la más completa anarquía, y todas las órdenes y decretos del Gobierno son letra muerta, y los comerciantes provincianos se burlan de ellos tantas veces cuantas les viene en gana ». En una palabra, que el desorden y la imprevisión son las características en todo lo que se refiere a esta reforma bolchevista. Tasin lo expresa en estas breves y elocuentes palabras: « Según la ley, el comercio privado ya no existe; pero de hecho continúa funcionando como en el antiguo régimen. La realidad se burla de todas las leyes y prescripciones » (1).

El decreto relativo a la nacionalización de los Bancos, fué publicado en 27 de Diciembre de 1917; « establece que las operaciones del Banco quedan declaradas monopolio del Estado ».

« Todos los Bancos privados constituídos en sociedad por acciones y las sucursales bancarias quedan adheridas al Banco del Estado ». Así funciona en un solo Banco todos los establecidos en Rusia, obligando a los tenedores de valores, y cuentarrentistas a abrir sus cajas de caudales y depositar aquéllos en el Banco del Estado en el término de siete días, y de no verificarlo, se procede a la confiscación y pasan los valores a ser propiedad del pueblo. Con tan descabellada medida, que no se atrevió a llevar a efecto ni la *Commune* de París, el crédito, alma de la circulación de la riqueza, desaparece totalmente; el rublo, siguiendo la ley de Gressan, huye para esconderse en las arcas de los particulares o en las bolsas de los campesinos. El impuesto sobre la renta es ilusorio, pues no hay ya en Rusia, ni dividendos, ni cupones, ni intereses; se han suprimido los rentistas, y el impuesto sobre la renta se mueve en el vacío. El pueblo, alimentado por una lamentable

(1) Tasin, ob. citada

ignorancia, entiende que los sótanos de los Bancos están abarrotados de tesoros, pero apenas comienzan los inventarios, se desvanece la ilusión.

Todos los impuestos suntuarios fallan, y en su apuro el Gobierno de los soviets, inventa el impuesto personal sobre la clase burguesa, menudea las contribuciones, tan execradas por el marxismo, y banqueros y comerciantes se ven obligados a satisfacer una contribución que asciende a 400 millones de rublos para remediar los apuros del erario extremista. El papel moneda se edita con frecuencia inusitada; en la Casa de la Moneda no hay ni descanso dominical, ni jornada de ocho horas; la avalancha del papel moneda es insólita; la cifra es de 4 billones por mes y 48 al año, siendo así (1) «que en tiempo normal 2 billones y medio escasos, bastaban para cubrir todas las necesidades de la circulación». «El maximalismo, incapaz de crear riqueza, vese obligado a multiplicar los signos aparentes de ella».

Al suprimir la herencia, como consecuencia de la supresión de la propiedad privada, desconociendo los factores ético y jurídico, que a una y otra institución informan, los rusos soslayan la ley, porque en vez de nombrar heredero, «extienden cartas de crédito o cheques del Banco a su favor, como si el dinero fuese producto de un negocio entre ambos realizado. Las casas nacionalizadas pasan a poder del Estado, pero el proletariado no las ocupa, prefiriendo vivir en una miserable bohardilla a morir de hambre en espléndidas habitaciones entre cortinajes de seda y de suntuosos tapices. A los Comités de pobres de cada barrio les está encomendada la misión del traslado a las habitaciones burguesas, pero hacen oídos de mercader» (2), porque no tienen gran confianza en la duración del régimen comunista.

Para amparar el nuevo régimen se ha organizado una justicia arbitraria que corre parejas con las demás instituciones. He aquí cómo se administra. Las antiguas leyes han sido abolidas. «El

(1) Chessin, obra citada.

(2) Tasin, obra citada.

código civil y el derecho común han sido declarados nulos» (1). Los nuevos tribunales juzgan a capricho, fundándose en una falsa equidad. El tribunal está compuesto de unos cuantos obreros, que en poco más de tres horas examina doce causas (2).

En lo que se refiere a juzgar delitos especiales que atentan al poder ejecutivo de los Soviets, se han creado unas comisiones especiales, que fallan las causas en juicio verbal rapidísimo; está presidida esta comisión de encuesta por Dzerjinsky, jacobino fanático, cuyo solo nombre inspira terror, llegando en su furor, y a título de represalias contra la burguesía, a ejecutar sentencias de muerte por centenares de hombres.

El órgano oficial de los bolcheviques, *Izvestia*, publicó en 3 de Septiembre de 1919, a raíz del asesinato de Uuritsky, miembro de los Soviets, la siguiente noticia: «La Comisión extraordinaria de Petrogrado ha fusilado a más de 500 hombres entre los rehenes. Los periódicos publicarán los nombres de los fusilados, así como los de los candidatos al fusilamiento que se verificará tan pronto se registre un nuevo atentado contra los jefes de los Soviets».

En provincias es mayor aún la injusticia reinante. Tasin la describe en la siguiente forma: «Existen también comisiones análogas completamente independientes del Gobierno central, que ejercen por sí un poder ilimitado sobre los derechos que el hombre tiene en más estima, su vida, su libertad, la honra y la propiedad caen bajo el imperio de estas comisiones sin responsabilidad alguna». Así, el diario oficial del Soviet de Moscou—según Tasin—confiesa, en un artículo publicado el 15 de octubre de 1919, que «el carácter inorgánico del terror antiburgués, la ausencia de toda regla en las detenciones, muchas de las cuales se han llevado a cabo por equivocación, lo propio que todas estas expulsiones, requisas arbitrarias, han ejercido una acción destructora, aun desde el estricto punto de vista de los Soviets». Teme el periódico

(1) Tasin, obra citada.

(2) Del *Diclo Naroda*, periódico ruso del 19 de noviembre de 1919, citado por Calleja en su obra *Rusia, espejo saludable para ricos y pobres*.

que el santo y seña: «todo el poder para los Soviets» no venga sustituido por el de «todo el poder para las Comisiones extraordinarias».

La institución de los abogados ha desaparecido; éstos son unos sin trabajo innecesarios. Lenin ha resuelto el hondo problema de la libertad de profesión. Los defensores salen a veces entre el público a requerimiento de la Comisión de justicia, los que sin conocimiento del derecho informan o hacen que informan a nombre del reo.

En ninguna sociedad, en pueblo alguno, por bárbaro y atrasado que haya estado, se condena al reo sin oírle, ni permitir su defensa, sin concederle tiempo en que se le dé toda clase de facilidades para justificarse.

Los pueblos que así obran, qué duda cabe que están corroídos por el virus ponzoñoso del despotismo, incompatible con todo principio de organización social; esos pueblos llevan en sí una poderosa fuerza de disociación que engendra la muerte, porque las leyes, y sobre todo las leyes procesales, son esenciales para la vida social. «Los pueblos—dice López Moreno—que no son regidos por leyes civiles justas, son míseros. Los pueblos que no tienen buenas leyes procesales, son esclavos» (1).

¿Cómo se vive en Rusia? He aquí una pregunta a la que contesta Chessin en un título de su obra *La locura roja* (2). «Sobre el fondo rojo de la nueva bandera rusa, cinco mayúsculas doradas resumen la Constitución maximalista R. F. S. R. S., que quieren decir República Federativa Socialista Rusa de los Soviets. Y efectivamente, el Soviets, declara textualmente Lenin, es una forma muy superior al Gobierno democrático». «Es un Gobierno sin burgueses y contra los burgueses». «El dualismo inicial de la revolución rusa se resuelve por fin en la unidad, bajo la férula implacable del leninismo».

Este Gobierno así constituido, no representa más que a una clase, al proletariado, a la que se la ha dado en llamar el cuarto poder del

(1) López Moreno, *Tratado de procedimientos judiciales*.

(2) Chessin, obra citada.

Estado, con la única misión de defender los intereses de esta clase social, con exclusión de las restantes. El proletario es el único que puede formar parte de los Soviets; ni los intelectuales, ni ninguna otra clase social, tienen derechos civiles y menos políticos; el Soviet es un organismo omnipotente; es una red densísima que comprende del centro a la periferia, desde la capital a las últimas aldeas, con toda clase de facultades; es legislador, órgano del poder ejecutivo y del judicial; es la intransigencia y la intolerancia, suprime la prensa que no le es adicta, mata la libertad de imprenta, no permite que fiscalicen su gestión; eso sí, vota leyes y reglamentos, confisca propiedades, impone multas, encarcela y fusila a discreción, sin formación de causa y sin preparación de juicio. Lenin, tan enemigo de las libertades e instituciones de Occidente, ha negado con su tiranía todo el derecho público. El comunismo retrocede en el progreso que trajeron centenares de generaciones, para resucitar en todo su ocaso las primitivas civilizaciones.

La vida de los ciudadanos nadie mejor que Lenin la describe en un reciente discurso por él pronunciado (del libro de Rafael Calleja *Rusia, espejo saludable*, etc.): «Recorred los barrios obreros de Moscou y veréis un hambre atroz, una miseria horrible, que se agrava ahora por la falta de combustible. Desde este punto de vista, atravesamos una crisis espantosa. No sé cómo vamos a satisfacer nuestras necesidades. Es una verdadera catástrofe, y aunque trabajamos enérgicamente para conjurarla, estamos todavía lejos de la solución satisfactoria...

»Una nueva plaga nos amenaza, son los parásitos y el tifus, que diezman nuestras tropas. ¡Camaradas! Podemos imaginar desde aquí los horrores que tienen lugar en las ciudades donde reina el tifus, donde la población está debilitada, aniquilada y carece de todo».

En un recorte de la *Izvestia* publicado en *El Sol* el 31 de enero de 1920, dice: «En el distrito Blesky se azota por orden del Comité ejecutivo a los campesinos.

»Los campesinos de la aldea de Berezovka han sido pegados y martirizados por los miembros del Soviet local; luego encerrados, en pleno invierno, en los sótanos...

»Los miembros del Soviet local Galajov, Mogol y otros se entregan a requisaciones arbitrarias, que no son más que un pillaje bárbaro. QUITAN a los campesinos todo lo que encuentran en las casas».

Y de N. Tasin, con referencia a un periódico socialista, son estas palabras: «Puede afirmarse que las nueve décimas partes de la energía del pueblo ruso y de todas las fuerzas están actualmente empleadas en buscar pan; todos, absolutamente todos los miembros de las familias, incluso los chiquillos, no tienen más que ese pensamiento persistente e irresistible, el de encontrar pan».

Por último, todos los autores que han escrito acerca de cómo se vive en pleno comunismo, lo expresan en la siguiente forma. A continuación se ve en un gráfico, en el que se expone el plan de alimentación a que viven sujetos todos los ciudadanos.

DENOMINACIÓN	Para los obreros y empleados	Para los miembros de las familias de obreros y empleados	Para los demás ciudadanos	Para los vecinos de los pueblos	Para los soldados	
Pan.	1 libra los obreros 3/4 los empleados	3/4 libra	1/2 libra	—	2 libras	Al día.
Pescado y carne.	4 libras	4 »	2 »	1/2 libra	15 »	Al mes.
Azúcar.	1 »	1/2 »	1/2 »	1/8 »	2 1/2 »	» »
Té y café.	1/4 »	1/8 »	—	—	1/8 »	A la semana.
Sal.	3/4 »	3/4 »	1/2 »	1/2 »	2 1/2 »	Al mes.
Jabón.	1/4 »	1/4 »	1/4 »	1/8 »	1/2 »	A la semana.
Aceites vegetales	1/2 »	1/2 »	—	—	2 »	Por quinceña.
Petróleo.	1 »	1 »	1 »	1/2 »	1/2 »	Al mes
Chanclos de goma. 1 par	1 par	1/4 de par	1/4 de par	1/4 de par	—	
Zapatos	1 »	1/2 »	1/2 »	1/8 »	2 pares	
Tela de algodón.	17,5 archines	15 archines	10 archines	8 archines	4 1/4 archines	Cada 10 meses
Paño, lana.	1 »	1 »	1/2 »	1/10 »	6 1/4 »	
Tela de hilo.	4 »	4 »	1/2 »	1/3 »	15 »	
Hilo de coser.	4 carretes	4 carretes	2 carretes	1 1/4 carrete	7 1/2 carretes	Al mes.
Algodón en rama.	1/2 de libra	1/2 de libra	1/5 de libra	1/14 libra	2 1/2 libras	» »
Fósforos.	2 cajas	2 cajas	1/4 caja	1 caja	10 cajas	» »
Tabaco.	250 cigarros	—	100 cigarros	—	50 cigarros	» »
Makhorka.	—	—	—	1/24 libra	1 1/4 libra	» »

Con el título «El ocaso de un pueblo» termina su obra Chessin, y en él, de una manera gráfica, que pone espanto en el alma, describe el marasmo de un gran pueblo que agoniza famélico y enfermo.

El nuevo régimen, laboratorio del comunismo, que amenaza invadir todo el continente con la sola idea de su fuerza revolucionaria y que no lleva en esa idea gérmenes de aliento que esperancen y consuelen el alma de tanto desgraciado.

Ved aquí una lúgubre descripción de lo que sucede en la gran ciudad de Petrogrado: «Las muchedumbres desfilan por la ciudad con las miradas tristes, sin destello alguno, los rostros obtusos y embrutecidos y en el encorvamiento de las siluetas se ve una espantosa apatía. Durante horas, días y noches, hombres, mujeres y niños aguardan, con sus cestos vacíos, llorando a la puerta de las tiendas medio cerradas. A veces el agotamiento les rinde: uno de los hambrientos se desploma y agoniza sobre la nieve, ante las miradas de una muchedumbre indiferente. Después de las crisis epilépticas que conmovieron a la capital, nada parece ya raro: ni los ataúdes amontonados por docenas sobre una carreta, camino de la fosa común; ni las cadenas de especuladores paseados por la ciudad bajo escolta, con este letrero colgado del cuello: «soy un ladrón»; ni el crepitar constante de los escopetazos; ni los lynchamientos diarios; ni los ahorcados en las farolas públicas; ni las condesas auténticas vendiendo periódicos; ni los generales que recogen estiércol; ni los cadáveres de animales pudriéndose en medio de la calle».

Todo a los habitantes de Petrogrado les es indiferente; lo que piden, lo que desean es pan, y no les conmueve ni lo favorable o adverso de sus armas en la guerra que sostiene con Polonia (1),

(1) En la guerra que actualmente sostienen los comunistas rusos, maravilla la manera en que obligan a prestar el servicio militar.

En el régimen bolchevique, se abolieron hace ya tiempo los Consejos de soldados. Éstos ya no eligen sus jefes y oficiales. El Consejo militar presidido por Trotzky acuerda los nombramientos.

El Ejército soviético está organizado mediante un sistema de quintas aplicado a cañonazos y del que forman parte contingentes

como no les conmovió el anuncio de la gran ofensiva alemana, en los días trágicos en que se sacrificaba a la gran Rusia, después de la firma catastrófica de una paz en que se desmembraron los grandes y vastos territorios que constituyeron el imperio de los zares. Cuando por la ciudad centenares de famélicos obreros pasean las rojas banderas en el que débilmente entonan las mágicas estrofas de la Marsellesa, el pueblo mira indiferente aquella procesión de almas muertas, no pide más que pan haciendo cola a las puertas de las tiendas vacías, indiferente y sordo a todo lo que pasa en el interior y en el exterior de esta gran nación; las gentes, con el hambre devoradora que corroe sus entrañas, persigue unos arenques podridos o un pan imposible de adquirir. Las privaciones materiales y la obsesión del terror, envuelven a este pueblo en trágicas convulsiones de muerte.

«¿Adónde va Lenin?»—pregunta el genial Unamuno en un artículo publicado recientemente en *El Liberal* (1)—. «Pues ni él mismo lo sabe —contesta este escritor—, como tampoco sabe adónde llevará a su patria». «A nombre de un evangelio—el de Marx—, cierra contra el capitalismo burgués, para tener al cabo de seguro que transigir con él». «Recordará—sigue diciendo—una carta que se atribuye a Marx, dirigida a su amigo Beesly, que había publicado un artículo sobre el porvenir de la clase obrera y en la que dijo: «Quien compone un programa para el porvenir, es reaccionario».

Atribuye a Lenin, en su dictadura, una fe religiosa a usanza de la de Mahoma y Cromwell, religión que tiene su dogma y sus ritos en el materialismo histórico, «que, a semejanza del alcohol, que produce la anestesia y convierte a los hombres en idiotas y

extranjeros: húngaros, chinos, mogoles y alemanes que reúnen un total de un millón doscientos mil combatientes, fogueados en duras luchas con polacos, ingleses, franceses, griegos, rumanos, ucranios, cosacos, estonios y zaristas. Muchos jefes y oficiales del zarismo, son los que mandan este Ejército, única manera de obtener en Eslavia un sueldo que permita comer. (Del libro de Calleja citado).

(1) *El Liberal* del domingo 1 agosto de 1920.

epilépticos»; en este misticismo alcohólico de la religión marxista, «parece que va a anegarse una civilización que se preocupó demasiado de la diversión y del alivio de la vida».

Como veis, señores, por el cuadro que he presentado a vuestra consideración, eso es lo que ofrece la teoría del comunismo al encarnar en la realidad y ocupar una posición histórica en uno de los pueblos más grandes de Europa, que, brotando del extremo Oriente, amenaza invadir al mundo entero.

La doctrina es contagiosa, y así lo dijo Trotsky en la Conferencia de la paz de Brest-Litowsk, ante los militares alemanes, que le calificaron de enfermo y exaltado, y no solamente es de temer su contagio, sino que, a pesar del tiempo transcurrido desde que la revolución se hizo, el comunismo sigue triunfante su camino y se sostiene en Rusia bajo la forma de un Gobierno tiránico y demagógico. «¿Qué es lo que origina su vitalidad, a pesar de la insuficiencia científica en que se apoya?», contestaremos con Fouillée: «El comunismo subsiste precisamente porque en vez de ser un conjunto de verdades demostradas, es una fe popular, una esperanza, un amor desgraciadamente inficionado por el odio». En esta nueva religión comulgan las clases desgraciadas; en ella están representadas todas las necesidades sentidas, y la aspiración de reivindicaciones que rediman a todos los que sufren sed de justicia social. La ciencia, la verdadera ciencia social, debe encontrar el remedio que solucione estos problemas. Entretanto, es menester oponerse a toda utopía que pretende erigir en el mundo el reinado de la miseria.

De lo dicho se infiere, que el socialismo científico, al derivar en un comunismo utópico y bárbaro, para en firme la obra progresiva de la civilización. El error que contienen sus falsos principios, se revela en la tremenda crisis por que atraviesa, en la que jamás pudieron pensar sus apóstoles, y el fracaso se acentúa tanto más, cuanto se observan actualmente los síntomas de descomposición que le llevan a su derrumbamiento.

La Segunda Internacional reunida en Amsterdam ha salido del gran conflicto, según afirma Trotski, «herida de gravedad,

dislocada, desunida y hasta algunos creen que ha muerto y que nada podrá ya resucitarla» (1); pero el comunismo votado por la Tercera congregada en Moscou, ha sido el que con sus sofismas, falacias y desvaríos ha enterrado el cadáver del concepto científico del socialismo.

Hay que cerrar el paso a los falsos principios en que el mismo se apoya, inspirado en la teoría marxista que tiene su raigambre en el viejo materialismo, derivado de un panteísmo exótico, en el que, desde luego es negada la moral cristiana y sustituida por la atea moral epicúrea. En todo el sistema campea el imperio de la materia y de las pasiones en vez de la del espíritu y de la razón, buscando la humana felicidad, en la vida presente o en las evoluciones ascendentes de la materia, sin contar para nada, como dice el P. Ceferino González, «con la vida del espíritu que aspira a la posesión de Dios, Bien infinito, y a la Verdad eterna después de la muerte» (2).

¿No es hora, pues, señores, de que moralistas y sociólogos, economistas y jurisperitos, cada uno en la esfera de acción en que le coloca su posición científica, busquen soluciones consecuentes con la verdad científica?

¿Es que hemos de seguir esos derrotados de la falsa filosofía, que afirma que el acto humano y sus reglas de moral deben ajustarse a lo que está en armonía con la naturaleza física del hombre y por consiguiente deificar todo lo que conduce a alcanzar y poseer la felicidad terrena?

¿No es tiempo ya de afirmar que no está la felicidad tantas veces anhelada por la humanidad en favorecer inclinaciones, instintos y pasiones, sino al contrario en lo que con tanto acierto aconseja la moral cristiana, y que «consiste en proclamar y ensalzar la represión de los malos instintos, la subordinación de las pasiones a la ley y a la razón, la abnegación de sí mismo, el sacrificio y la

(1) *El triunfo del bolchevismo*, por León Trotski, traducción de «Biblioteca nueva».

(2) P. Ceferino González, obra citada.

sujeción de la razón al espíritu»? (1). Sobre estas bases, pues, debe reconstruirse la sociedad actual fundándola en el concepto de la dignidad humana, de los que la libertad e igualdad son el testimonio más brillante y la palanca más poderosa de todo progreso; sin desconocer que los hombres, ricos y pobres, sabios e ignorantes, deben sujetarse a los principios inmutables y eternos de la ley natural, que aun a pesar de los falsos principios se mantiene con firmeza, y cuando se infringen, la realidad se encarga de mostrar al mundo sensible su vigencia.

Pretender la igualdad absoluta del hombre, como pretende el comunismo, en el sentido de que nadie llegue mas allá de donde pueden llegar todos, es desconocer las grandísimas diferencias que salen al paso en cuanto le estudiamos en la realidad; ¿qué duda cabe que todos los hombres tienen la misma esencia, el mismo origen, el mismo fin y las mismas leyes naturales, que amparan sus derechos y exigen sus deberes esenciales? «El hombre—dice Catthrein (2)—tiene derecho a ser tratado como hombre», y por consiguiente derecho a todos aquellos medios que aseguran su existencia en la vida. ¿Pero el disfrute de esos medios de existencia son siempre iguales? Ahí está, pues, la desigualdad natural de los hombres. Tratar desigualmente a los *iguales*, es el principio donde está contenida la verdadera igualdad, o como Aristóteles dice en su política: «que el legislador debía poner toda diligencia en armonizar las aspiraciones con sus facultades». Debemos huir de una igualdad a ras de tierra, producida por la evolución descendente del comunismo, que pudiera aceptarse si se fundara en el propósito de alumbrar fuentes de producción que crearan riqueza y bienestar, que sería lo menos malo, en vez de cegarlas, para así disputarse mejor los hombres el derecho a la miseria.

Cierto que el hombre puede evolucionar en el sentido de llegar a su mayor perfección, aunque conserve siempre en lo esencial la misma naturaleza. Pero esto no quiere decir que no

(1) P. Ceferino González, obra citada.

(2) *El socialismo*, obra citada.

haya principios tan inmutables y eternos como la misma eterna Verdad en que están contenidos. Por consiguiente, como demuestra la filosofía cristiana, es un error afirmar que todas esas ideas cambian de valor, influyendo, para que ese cambio se realice, un medio ambiente determinado, y muy especialmente el económico.

El problema social obrero se ha agudizado en estos últimos tiempos; todos sabéis las causas: La guerra, esa gran catástrofe mundial y el afán constante e immoderado, que domina e impera en las sociedades actuales, de buscar en la riqueza la satisfacción y goce de los fines materiales humanos, son el origen del malestar social. En tal sentido nada más natural y legítimo es admitir que el asalariado tiene derecho a reivindicaciones justas, que han de ser acometidas resueltamente por una potente y vigorosa reforma social contenida, según Calthrein, en un solo principio: «El de que tenga garantida su vida y la de su familia en el respeto y en el cariño a que tiene derecho el hombre tan sólo por ser persona», para cuyo efecto el poder público ha de producir una legislación obrera que ponga un freno a la sed de riqueza del patrono, y en ella tenga una participación el obrero, facilitándole la instrucción técnica o profesional que puedan elevarle de rango en la categoría social, armonizando de esta suerte todos los elementos creadores de riqueza que hoy parecen estar en un antagonismo irreconciliable.

En esta legislación social—dice el señor Sánchez Reina, catedrático de la Universidad de Granada, en el discurso de apertura del curso de 1912 a 1913—o en las doctrinas publicadas sobre el particular por la Iglesia, puede encontrar la presente sociedad, enferma y desequilibrada, el posible alivio de los males que le afligen; terminando tan elocuente trabajo con un llamamiento para que haga el socialismo su última, que será la más meritoria y transcendental evolución: «la evolución cristiana».

He terminado, excelentísimo señor, pero antes de descender de esta tribuna, permitidme que dirija un cordial saludo a esa juventud escolar que puebla nuestros centros de cultura.

Para ellos especialmente están escritas las líneas de este trabajo (modesto por ser mío), y en el que he procurado contrastar los valores científicos que, como rico caudal, nos legaron hombres de tan vasta cultura como los en él citados.

No pesan, no, sobre nosotros, esas generaciones de sabios como cosa muerta, sino que como faro luminoso nos guían en el proceloso y agitado mar de la duda para indagar el verdadero conocimiento científico.

Ellos transmiten una herencia que vosotros habréis de aumentar con nuevos descubrimientos de verdades, verdaderas verdades, que aún permanecen ignoradas en los fértiles campos de la ciencia.

Días críticos son por los que actualmente pasa la humanidad, y sois vosotros, sólo vosotros, los que por inescrutables designios de la Providencia estáis llamados a resolver los arduos problemas que en el mundo se agitan.

Pronto, muy pronto, en el próximo año, Valladolid se honrará en congregar en su recinto a los abogados españoles, que vienen a celebrar en esta ciudad su segundo Congreso. Los temas que se reciben acusan la preocupación de los juristas en el estudio de la cuestión social, muy especialmente en el aspecto económico, en cuanto se refiere a las transformaciones que pueden sufrir el derecho de propiedad y otros comprendidos en el llamado derecho obrero.

Los jurisconsultos españoles se apresuran a buscar soluciones compatibles con las aspiraciones legítimas a que tiene derecho el proletariado, evitando los males a que pueden conducir las perniciosas doctrinas de un comunismo exagerado, que lleva en sus entrañas sangre inficionada de odio y destrucción.

A todos, pues, nos interesa el estudio de los problemas que seguramente han de plantearse y que ojalá resuelvan las diversas tendencias de las nuevas doctrinas. En el contraste de las ideas, por el que un viejo mundo parece derrumbarse, y en el de las nuevas, que traen aparejada otra distinta civilización, en las que se apresurará a despertar un moderno derecho, estará seguramente

contenida la afirmación de verdades, nuncio de una rica era que haga al hombre dichoso y feliz en la tierra. Dios querrá conceder tiempos de bonanza que aseguren la paz social.

A los escolares de hoy, intelectuales del mañana, les está encomendado aportar a la ciencia ese oro puro que trae una nueva civilización, hoy sometido a los reactivos químicos de las ideas yuxtapuestas, que forma la doctrina de la verdadera y falsa filosofía y de las quiméricas utopías.

Que la Verdad, una y eterna, alumbre la inteligencia de los hombres del porvenir en aras de un progreso social que armonice todos los fines humanos.

HE DICHO.